



— LAS
MANOS
DE MI
MADRE
— KARMELE JAIO —

TVARTTALO

KARMELE JAIO

LAS
MANOS
DE MI
MADRE

KARMELE JAIO



Este libro ha recibido una ayuda a la traducción
del Departamento de Cultura del Gobierno Vasco

Título original: *Amaren eskuak* (Elkar 2006)

Colección: Borja Goitia

Portada: Unai Arana

© Karmele Jaio Eiguren

© Traducción: Karmele Jaio Eiguren

© Ediciones TTARTTALO

© Colección Abra

Portuetxe, 88 bis 20018 Donostia

Tel. 943 310267 | Fax 943 310216

ttartalo@ttartalo.com | www.ttartalo.com

I.S.B.N.: 978-84-9843-213-8

*“Las manos de mi madre
son como pájaros en el aire”*

Mercedes Sosa

1

Veo una niña en la orilla de la playa. Levanta un muro de arena mojada, lo moldea con sus manos hasta construir la proa de un barco, y se sienta dentro, de cara a las blancas olas, con los pies al frente. Tiene los pies arrugados, como sus manos. El agua se le acerca, y una ola ataca la parte izquierda de la proa, pero la niña vuelve a levantar el muro y se queda de rodillas, con el tirante del bañador caído del hombro, preparada para hacer frente al siguiente ataque. Sabe que el mar acabará ganando la batalla y que las olas arrastrarán su barco de arena como la lengua se lleva un helado, pero, aun así, defiende con uñas y dientes su pequeño reino. Con las mandíbulas bien prietas.

Huele a verano. Recuerdo el olor de la crema de sol mientras la mano de mi madre resbalaba por mi espalda. Mi padre paseando por la orilla y mi madre tumbada en una hamaca. Hoy, treinta años después de haberse tomado esta fotografía, mi madre también está tumbada, aunque no en una hamaca de playa, sino en la cama de un hospital. Y el calor se ha hecho frío, el ocre de la imagen se ha vuelto blanco. Es un blanco casi violento, como el de la silla en la que estoy sentada y desde la que miro las manos de mi madre, mientras guardo en el bolso la vieja fotografía en la que una niña se atreve a retar al mar.

Están posadas sobre las sábanas, sin mover un dedo, parecen manos de piedra, como si la sangre de sus venas se hubiera convertido en agua estancada. Esconde con sus manos el nombre del hospital estampado en el embozo, como si quisiera ocultar dónde se encuentra. Como si, incluso dormida, hiciera todo lo posible para no preocupar a nadie. Esconde con sus manos la palabra *Ospitalea* estampada en las sábanas, igual que ha ocultado durante años tantos suspiros y lágrimas, secándolas en el delantal de cocina. Pero entre los dedos ha dejado al descubierto parte de la palabra: *...tale*. Y me hace gracia, porque la palabra *tale* significa “cuento” en la lengua de mi marido, y desde que la ingresaron, mi madre también vive en una especie de cuento.

Cuando me acerco a ella, me parece ver en sus ojos siluetas de niñas jugando en el patio de un colegio, e incluso me parece oír sus gritos y sus risas. Cuando abre los ojos, nos sonrío a Xabier y a mí, pero no nos reconoce, aunque seamos sus hijos, aunque un día nos diera la vida en este mismo hospital, antes de que lo reformaran. Aun así nos sonrío, y su sonrisa aligera la carga que sentimos sobre los hombros desde que la ingresaron. En parte, al menos.

Mi madre lleva ya más de una semana rodeada de sábanas blancas y azules, y si las cosas no cambian mucho, nos van a dar las Navidades aquí, sin salir del hospital. Estamos solas en la habitación, y ella duerme. Duerme casi todo el día, como los bebés. La cama de al lado de la ventana está vacía y solo las toses de otras habitaciones rompen este silencio incómodo. Escucho mi respiración, también la de mi madre, y no consigo concentrarme en nada más que en mirar sus manos. Soy incapaz de leer dos líneas seguidas de una revista, o seguir contemplando con tranquilidad las fotografías que he traído para enseñarle, para hacerle recordar, tal y como nos

pidió el doctor.

Las venas de sus manos parecen carreteras llenas de curvas. Son las mismas manos que alzan la barbilla de una niña en una foto en blanco y negro. “Levanta esa cabeza, Nerea”. Recuerdo las manos de mi madre en mi barbilla, animándome para que mirara a la cámara.

Miro a la cama vacía que hay junto a la ventana e imagino a una niña y un niño saltando sobre el colchón. Se lanzan cojines y ríen, ríen sin descanso. La habitación se llena de risas infantiles, y tras ellas, oigo al fondo la voz de mi madre, “no hagáis tanto ruido que subirán los vecinos”, pero la niña y el niño siguen saltando, y riendo, como si estuvieran en el patio del colegio. Y me veo riendo, saltando sobre la cama. Mi hermano desaparece, también la voz lejana de mi madre. Salto con fuerza sobre el colchón, y me quedo en el aire, colgada del cielo, como si me hubiesen crecido alas en la espalda, y un fuerte viento me arrastrara de repente por la ventana.

Sobrevuelo la ciudad buscando algo, como una gaviota sobre el mar. Paso por encima de tejados rojos y chimeneas humeantes, hasta llegar a la ventana entreabierta de una casa. Me vuelvo y aparezco en una sala de estar. Hay un televisor de la marca Telefunken enfrente y sobre él una foto, en un marco. Ahí están. Nada más verlas descubro qué es lo que buscaba. Son las manos de mi madre. Manos en blanco y negro que alzan la barbilla de una niña que apenas se atreve a mirar a la cámara. Y de repente todo se vuelve blanco y negro y escucho una voz lejana, “Nerea ¿quieres hacer el favor de levantar la cabeza?”. La voz me pide que mire al fotógrafo, por favor, y cojo aire y aspiro el olor a lejía y jabón de Marsella de las manos de mi madre que me sujetan la barbilla.

Una melodía proviene de la cocina. Mi madre escucha allí la radio, mientras remienda los calcetines de fútbol de mi hermano con las gafas en la punta de la nariz. Cierro y abro los ojos y la veo apuntando en un cuaderno los gastos de la compra, “tomates cinco pesetas, huevos siete pesetas”, dejando casi sin punta el lápiz afilado con cuchillo. La veo en una habitación, sentada al borde de la cama de una niña, acariciando con su mano su frente y susurrándole una canción. No callará hasta que la niña se duerma.

La melodía me sobresalta. Miro a mi madre, tumbada en la cama del hospital, y compruebo que no es ella la que canta. No ha abierto la boca. Sigue quieta como el muro de una iglesia centenaria. Pero yo sigo oyendo la voz que susurra una canción de cuna. No callará hasta que la niña duerma. Y por un momento, siento las manos de mi madre acariciando mi frente, a pesar de que están quietas sobre la sábana. A pesar de que parecen de piedra.

Y mis ojos siguen sin apartarse de sus manos. Las miro con tanta atención que hasta llego a creer que sus dedos van a echar a hablar en cualquier momento, que voy a encontrar en las manos de mi madre la respuesta a todas las preguntas que nunca le hice, que voy a poder escuchar los pensamientos que ha guardado durante años. Todo eso simplemente mirando con atención sus manos. Mirando esas mismas manos que ocultan ahora la palabra hospital estampada en la sábana. Entre sus dedos se puede leer la palabra *tale*, “cuento” en la lengua de mi marido, y no puedo evitar sonreír, porque desde que la ingresaron, mi madre también parece vivir en un cuento. Con la sonrisa congelada, alzo la vista y miro hacia la cama vacía junto a la ventana. Las sábanas están revueltas, como si alguien hubiese estado saltando sobre ellas.

No me acostumbro al olor a puré y medicamentos de los hospitales. Nada más olerlo, el mundo se me vuelve frágil, y ni siquiera me atrevo a pisar con fuerza el suelo de esos largos pasillos blancos, por miedo a que se derrumben de un momento a otro. Por eso avanzo por el pasillo casi de puntillas, como si la superficie fuese de celofán. Como si lo construyeran por las noches con el celofán de los ramos de flores que regalan a las recién estrenadas madres.

Tan frágil como Maialen. Recuerdo haber sentido este mismo olor, mezcla de puré y medicamentos, cuando me trajeron precipitadamente en una ambulancia en el octavo mes de mi embarazo. Maialen tuvo prisa para salir al mundo. Le conté, con la mano en la tripa, demasiadas cosas sobre el mundo que le esperaba, y nació con ganas de conocerlo un mes antes de lo previsto. Prisa. No es de extrañar que la tuviera, tras ocho meses en los que sintió a su madre corriendo de un lado a otro. En la redacción del periódico me preguntaban cuándo pensaba coger la baja y siempre les contestaba que todavía no, que era pronto, que aún me sentía muy bien.

Ocho meses y ocho horas. Fue un parto de ocho horas, aunque solo recuerdo algunas imágenes. La luz intensa sobre mi cara y los dedos de látex de las matronas vaciando mi cuerpo. El sudor y las voces, empuja ahora, ánimo. No recuerdo mucho más. Apenas recuerdo la presencia de Lewis en el parto. Ver por primera vez a Maialen borró de mi memoria casi todo lo anterior. Al ver parte de mi cuerpo convertido en otro cuerpo, ya fuera de mí, no lloré de emoción, como en las películas, sino de cansancio, de dolor. Lloré al sentir mi cuerpo vacío. Sentí que aquellos guantes de látex me habían vaciado por dentro y que junto a la niña se habían llevado parte de mi alma.

Hace ocho días que volví a entrar a este hospital, después de recibir la llamada telefónica de mi hermano. No sé ya si son nueve, he perdido la medida del tiempo, pero el momento se ha quedado grabado en mi memoria. Camino por la calle. La voz al otro lado del teléfono me llega al estómago. Las piernas se quedan quietas y yo paralizada en medio de la acera, como si me hubiese caído enfrente un tronco recién cortado, como cuando mi madre quería llevarme al médico de pequeña y me quedaba estancada en medio del pasillo. Es la voz de mi hermano. “Han encontrado a *ama* en la calle, perdida como una niña”. Me lo ha dicho con voz neutra, medida, como si estuviera leyendo un informe profesional. Como si temiera la apertura de un pantano de sentimientos estancados durante años, y prefiriera que salieran poco a poco, por las grietas. Tras la llamada de Xabier, llamo a Lewis y le pido que recoja a la niña de la *ikastola*. Que no voy a poder, que ya le contaré luego, que mi madre está en el hospital. “*Yes, in hospital*”.

Hace ocho días, o nueve, no sé, que llegué a este hospital aún con el teléfono en la mano, apretándolo fuerte. Pregunté por Luisa Izagirre, y una enfermera me habló de la planta de neurología. Me pareció una palabra demasiado pesada. Neurología. De medio kilo por lo menos, o una libra, como dicen mi madre y la tía Dolores. Y sentí el peso de una piedra de una libra sobre mis espaldas, al reconocer que llevaba tiempo pensando que a mi madre le pasaba algo o que le podría pasar. Desde el primer momento en que vi mi rostro en el espejo de los servicios del hospital, me reconocí culpable. Culpable porque en ese momento no quise ver que tenía encendida una luz roja que me avisaba de que algo le estaba sucediendo. Pero no hice nada. Puse mis dedos en los oídos como hacen los niños, para no oír nada. No quise ver las señales aunque las tuviera enfrente. El miedo me impidió verlas.

Durante esta semana he recordado continuamente situaciones como la del día en que a mi madre se le fue el santo al cielo mientras cocinaba en su casa unas croquetas. La encontré mirando fijamente una pelota de bechamel que tenía en sus manos, sin saber dónde meterla, si en el pan rallado, en el huevo o en la harina. –En la harina, ama...–me atreví a susurrar. Y todavía no sé ni cómo me atreví a decirle a mi madre cómo se hacen unas croquetas. A quién y a una Izagirre, a la hija pequeña de los Izagirre, los del restaurante. Me miró fijamente, sin soltar la pelota de bechamel de las manos, y creo que si la sartén no hubiese empezado a echar humo, se habría quedado así para siempre. No he olvidado esa mirada perdida. Se me ha quedado congelada en la cabeza, y ahora me atormenta. Me sonrió al darse cuenta de la situación, para ocultar su pavor. Le respondí con una sonrisa, para que no se diera cuenta de mi preocupación.

La luz roja estaba encendida desde entonces, pero, al igual que los niños, me tapé los ojos con las manos para no ver su reflejo. Y ahora llevo arrastrando la palabra neurología como un castigo, del hospital a la redacción del periódico, de la redacción a casa, de casa al hospital, todos los días, dejando tras de mí el rastro oscuro de la culpa. Un rastro tan oscuro como el azul de la camisa de los pescadores.

Recorro el pasillo, casi de puntillas, y llego a la habitación de mi madre. Casi vuelvo a salir, creyendo que me he confundido de habitación, al encontrarme allí con dos mujeres desconocidas, una de ellas en la cama junto a la de mi madre y otra de pie a su lado. Hasta ayer mi madre estaba sola en la habitación, por eso me extraña encontrar allí a más gente. Además, me extraña también no encontrarme a mi hermano Xabier. Iba a quedarse toda la noche.

Me saludan las dos a la vez, como si fueran la misma persona. No hay duda de que la mujer más joven es hija de la que está ingresada. Tiene la misma cara, aunque treinta años más joven.

–¿Eres la hija? –me pregunta la más joven, con claro acento gallego.

Le respondo que sí con la cabeza. No quiero hacer ruido. Mi madre duerme, como lo hacía Maialen esta mañana. Veo una revista caída debajo de su cama, y con esa excusa me acerco a ella, sonriendo tímidamente a las dos mujeres.

La mujer más joven me habla desde el otro lado de la habitación, sin miedo a despertar a mi madre. Me dice, antes de que le pregunte nada, que mi hermano Xabier se ha marchado de madrugada, que ella misma le ha dicho que se fuera.

–A ver para qué íbamos a estar los dos en vela, con que haya una... –comenta.

Que es una pena, me dice. Una pena lo que le ha pasado a mi madre. Y que ya le ha contado Xabier que desde que murió nuestro padre ha vivido sola, y que eso sí que es una pena... Que ella vive con su madre, que ahora la tienen en observación... Llena la habitación de palabras. Me ahogo. Hace mucho calor aquí dentro. Me quitaría la ropa y pondría mis pies descalzos en el blanco suelo. Acerco mi mano al pelo de mi madre, necesita un tinte, se le ven ya las raíces blancas. Miro su boca. Está relajada, algo poco habitual. Siempre recuerdo esa boca tensa, los labios apretados, las mandíbulas prietas. Y la recuerdo siempre haciendo algo, nunca quieta como ahora. Creo que solo la he visto tan quieta en las fotografías y ahora mismo parece formar parte de una de ellas.

Sin embargo, empieza a moverse, como si hubiera sentido mi llegada. Y abre los ojos. De repente. Asustándome casi. Me acerco aún más a ella, con la mano en el pecho. Mi corazón es un conejo saltarín. Salta y salta, como si quisiera salir por mi garganta. Me mira y por un momento creo que me reconoce. Me sonrío y yo le digo: “Ama, ama...”, casi sin abrir los labios, pero ella no me responde. Solo me sonrío. Su sonrisa me recuerda a la que he visto en alguna foto antigua, en la que aparece junto a todas las chicas que trabajaban en el restaurante Izagirre. Me ha

enseñado esa fotografía un montón de veces. Allí aparecen, junto a mi madre, su hermana Dolores, su madre Petra, y su tía Bittori. Tengo que encontrar la foto en casa y traérsela, para que recuerde aquellas viejas historias del restaurante Izaguirre que tantas veces nos han contado ella y la tía Dolores, para que recuerde quién es.

No me ha reconocido. Separo la mano del pecho y la llevo hasta su mano. Me la toma y la acaricia, igual que me acariciaba la frente por las noches, de pequeña, cuando me cantaba aquella canción para hacerme dormir. Siento un clavo en la garganta al recordar aquellas notas, susurradas, tarareadas. Miro hacia la ventana y compruebo que la más joven de las dos mujeres me mira. Me siento como si estuviese desnuda en el pasillo de un supermercado. Me gustaría echar una cortina, cerrar el telón.

La más joven, vuelve a hablar.

–Tu madre ha debido de tener hoy sueños muy bonitos, porque sonreía mientras dormía –me dice, y añade que ella, sin embargo, casi no ha pegado ojo, cuidando a las dos–. Luisa, ¿verdad? Tu madre se llama Luisa, lo he visto en su informe. Mi madre se llama Pilar, yo también, pero a mí me llaman Pili.

No sé cuántas cosas más dice, no oigo más. Estoy acostumbrada a cerrar los oídos y aparentar que escucho. La práctica del periodismo me ha ayudado mucho a depurar la técnica, cuando creo que he recibido suficiente información, en una rueda de prensa, por ejemplo, cierro los oídos y empiezo a pensar en mis cosas. Hago lo mismo con Pilar o Pili, o como se llame.

Estoy deseando que calle. Es como si esta mujer se estuviese metiendo, a empujones, en la foto en blanco y negro de las mujeres del restaurante Izaguirre, que intento recrear en mi mente. Su voz, afilada como el sonido de una gaita, se está mezclando en mi cabeza con la canción que me cantaba mi madre por las noches y no lo soporto. Que calle de una vez. Es lo único que pido. Que Pili calle y hable por fin mi madre, es lo único que deseo.

Pero mi madre no abre la boca. Me mira a los ojos, pero en medio segundo su mirada se pierde de nuevo en el espacio blanco de esta habitación de hospital, y siento que pierdo algo más que una mirada de mi madre. Siento que algo se me escapa irremediabilmente de las manos, igual que el agua se escapa de entre los dedos.

Y mientras Pili sigue hablando, su madre Pilar no abre la boca. Y tampoco sonrío como mi madre. Simplemente mira a la ventana, que está ahora llena de gotas de lluvia, en silencio, como si ella tampoco escuchara el chaparrón de palabras que sale de la boca de su hija. Como si ella también tuviera la cabeza dentro de una fotografía en blanco y negro.

Pero en un momento, de entre el chaparrón de palabras, me llega una frase. Solo se queda esa frase en mi cabeza de entre todas las palabras, como las pepitas de oro se quedan en el tamiz. Ha dicho que mi madre ha hablado por la noche. Y, por un momento, no sé si hablaba de mi madre o de la suya, pero me sale la pregunta sin pensarlo dos veces.

–¿Ha hablado? –le pregunto, sin soltar la mano de mi madre. E intento imaginar por un momento la voz de mi madre y se me hace imposible recordarla, como si no la hubiera escuchado hace siglos.

–Sí, ha hablado, sí. No sé si estaba dormida, yo creo que sí. Nada más irse tu hermano, se ha puesto a hablar, y pronunciaba una y otra vez un nombre. ¿Cómo era? –se pregunta, mirando al techo de la habitación.

Daría dinero por saber cuál es ese nombre, por saber a quién llamaba mi madre, pero no se lo pregunto. Siento la lengua de un metal pesado, soy incapaz de preguntarle.

–¿Cómo era? –repite Pili, tapándose los ojos con la palma de la mano–. ¿Cómo era?

Es la primera vez que quiero que hable. La primera vez desde que la conozco. Mis oídos y mis

ojos están abiertos. Y cuando menos lo espero, su madre, Pilar, sin quitar la mirada de la ventana y sin mover apenas los músculos de la cara, lanza un nombre:

–Germán.

Ha lanzado el nombre como una piedra. Germán. El nombre cae en la habitación como una piedra a un lago helado.

–Eso es, Germán –dice Pili–. Germán. Ha repetido ese nombre una y otra vez. Será tu padre ese Germán, ¿no? Ya me contó Xabier ayer que falleció hace unos años...

No escucho nada más. Solo una voz lejana llega a mis oídos, y, por un momento, sospecho que Pili solo existe en mis sueños y que soy yo la que está soñando, no mi madre, como ella dice. Al oír ese nombre, el suelo del hospital me parece más frágil y más de celofán que nunca.

La miro, pero no le digo nada. Otra vez tengo la lengua de un metal pesado. No le puedo decir que el nombre de mi padre no era Germán, sino Paulo, Paulo Etxebarria, y que ese nombre se lo habrá inventado ella, o que habrá oído mal, que mi madre no ha conocido nunca a ningún Germán. Pienso todo eso, pero no le digo nada. Me muerdo el labio y salgo de la habitación hacia el servicio. Y me fumo un cigarro sentada en la taza.

Viene mala mar, le dijo el marinero al capitán del Urkiolamendi. El capitán, sin alzar la vista del horizonte, no le respondió. El joven Germán, que estaba junto a ellos en la cubierta, vio un abismo en los ojos del capitán, un agujero negro y profundo, y consciente de que el barco se balanceaba más cada vez, pensó en lo que había dejado en tierra y le vino a la cabeza la imagen del baile del domingo en la plaza del pueblo, y sintió sus manos de lija en la cintura de una joven morena. El movimiento fue a más. Las olas golpearon el barco cada vez más fuerte, ladeándolo, convirtiéndolo en una peonza. Sintió en un momento cómo le caía el agua por la cabeza abajo, como un chaparrón salado. Sin tiempo a secarse el agua de los ojos, otro chaparrón le cayó encima. Con sabor a salitre en los labios, y apenas pudiendo abrir los ojos, oyó el grito del capitán: que se atara con la cuerda, que se atara al barco con la cuerda, por el amor de Dios. Y como si se tratase de un cordón umbilical que le uniera a la vida, comenzó a atarse la cuerda a la cintura, pero en ese momento, el golpe de mar fue superior a los anteriores, *damba*, se le soltaron las manos de la cuerda, y como si una mujer le robara el hijo a otra, el mar se llevó a Germán del Urkiolamendi. Germán no oyó nada más. No oyó los gritos del capitán, gritando su nombre, ni siquiera los ladridos de Txiki desde la cubierta. Lo último que vio fue un flotador que bailaba sobre las olas, y queriendo alcanzarlo, todo se le oscureció.

Me he despertado con un dolor de cabeza terrible, como si en vez de cerebro tuviese una madeja de lana revuelta en mi cabeza. He soñado. He soñado mucho. Intento recordar lo que he soñado mientras me calzo las zapatillas, sentada en la cama, pero no lo consigo. Me imagino un gran signo de interrogación encima de mi cabeza, como los que aparecen en los dibujos animados que ve Maialen. Lewis, aferrado a su almohada, me dice algo, pero no le entiendo, no porque me lo diga en inglés, sino porque apenas abre los labios, sellados por el sueño. Me quedo mirándolo, a la espera de que repita lo que ha intentado decir, pero Lewis calla, y tras hacerse con el trozo de cama templado que acabo de dejar libre, se ha vuelto a quedar dormido. Aunque realmente dudo de si realmente se ha despertado en algún momento. Ya ha invadido mi lado de la cama. Debe de ser el imperialismo inglés, que lo lleva metido en las venas. A veces pienso que está deseando que me levante para pasarse a mi lado.

Pongo el café al fuego y me acerco a la habitación de Maialen, como todas las mañanas. Duerme. Bajo su cama, caído, hay un libro. Me agacho y compruebo que es *Alicia en el País de las Maravillas*. Se lo ha leído Lewis por la noche. Se le ha doblado una página al caer al suelo. Paso mi mano por la página, para alisarla, y me fijo en la ilustración. Alicia mira al gato que está encima del árbol y no puedo evitar leer unas líneas:

–Podría usted indicarme la dirección que debo seguir desde aquí?

–Eso depende –le contestó el Gato– de adónde quieras llegar.

–No me importa adónde... –empezó a decir Alicia.

–En ese caso, tampoco importa la dirección que tomes –le dijo el Gato.

La conversación de Alicia se me hace familiar, se parece a algo que he soñado. Yo también me he despertado como esperando una respuesta. Pero no recuerdo a quién ni qué le preguntaba. Mientras intento descubrirlo, miro al gato, cómo sonrío. Hasta que me llega el olor a café. Dejo el libro en la mesilla y me voy a la cocina. El olor a café ha invadido toda la casa. Me gusta.

Entre sorbo y sorbo de café, no me quito al gato de la cabeza. Y su sonrisa. Y eso que le dice a Alicia de que si no sabe adónde quiere llegar, es igual el camino que tome. La verdad es que no sé qué hago pensando en lo que dice el gato con todo lo que tengo hoy para hacer. Es culpa de Lewis. Casi todas las noches le lee a Maialen algún capítulo del cuento de Alicia, mientras espera a que yo llegue de trabajar. Debería pedirle que variara un poco y que no le contara el mismo cuento siempre, antes de que Alicia nos vuelva locos a todos, pero ya sé lo que me va a contestar. Me va a decir que en Oxford su madre le leía el cuento de Alicia todas las noches, y que quiere que Maialen se acabe aprendiendo el cuento tan bien como lo aprendió él. Además, difícilmente puedo controlar yo lo que hace o deja de hacer por las noches al acostar a la niña, ya que casi siempre estoy aún en la redacción del periódico, terminando alguna crónica, escribiendo algún pie de foto pendiente, esperando la última noticia de agencia.

Como ayer. También llegué tarde a casa. Maialen ya estaba dormida, igual que me pasa tantas veces. Después de pasar toda la mañana en el hospital, me tocó el cierre de la edición. Lewis me abrió la puerta antes de que pudiera meter la llave en el cerrojo. Cuando lo vi allí, esperándome,

tan tieso y educado al lado de la puerta, me recordó a un mayordomo inglés. Los años que ha vivido fuera de su país no han conseguido borrar su alma inglesa. A veces incluso me parece oler a té y a galletas de mantequilla cuando paso a su lado.

Entreabrí la puerta de la habitación de Maialen y por la rendija la vi dormir, tranquila. Y no pude evitar el recuerdo de mi madre, también dormida en el hospital. Siempre que llego tarde del trabajo le pido a Lewis el parte del día, quiero saber lo que ha hecho Maialen, lo que ha dicho. Y siempre que Lewis me empieza a contar que si Maialen esto y que si Maialen lo otro, me pregunto cómo me las arreglaría si Lewis no trabajara en casa con sus traducciones. Si, como yo, trabajara fuera. Me pregunto qué pasaría si él también llegara tarde de trabajar, como llego yo un día sí y otro también. Y un escalofrío se apodera de mí. Por eso evito pensarlo.

Envidio a Lewis. Trabajar en casa le permite estar más horas con Maialen, le permite contarle cuentos por la noche. Pero él me dice que preferiría trabajar fuera, que salir de casa es también un alivio. Me lo dice en inglés, *a relief*, y me lo repite en castellano, con ese acento que no logrará quitarse nunca de encima. Solo pronuncia una palabra sin acento inglés: Maialen. No tiene en su cabeza traducción para ella.

Siempre hemos hablado en inglés entre nosotros, ya que, desde el día en que nos conocimos el año que pasé estudiando en Oxford, nos hablamos en ese idioma, pero Lewis habla cada vez más castellano y hasta un poco de euskera. Ha empezado este año sus clases en el *euskaltegi*, casi obligado, es cierto. He utilizado la excusa de que no entenderá los deberes que Maialen traiga de la *ikastola*, aunque aún así me ha costado convencerlo. No sé si alguna vez entenderá el esfuerzo de tanta gente para que una lengua no muera. Muchas veces entiendo que no lo comprenda, ya que su lengua se habla en todo el mundo.

Es difícil entender así que una lengua pueda ser algo tan frágil como un recién nacido, que necesita protección, como la necesita su hija.

Aún me río de él muchas veces cuando pronuncia mal una palabra. Tal vez lo haga porque todavía no he olvidado cómo se reía de nosotras en Oxford cuando mi amiga Maite y yo hablábamos en inglés. Recuerdo que nos llego a decir que, además de beber cerveza como los chicos, teníamos ambas un acento muy gracioso cuando hablábamos en inglés. Y se reía después. Lewis reía con los labios empapados en espuma de cerveza. Cuando nos vio a Maite y a mí por primera vez en un *pub* de Oxford, se sorprendió de nuestra forma de beber. Una vez que nos conocimos, nos confesó que era la primera vez que veía a dos mujeres beber tanto y que, en lugar de ponerse a bailar o a gritar, se quedaban sentadas en el taburete del *pub*, apoyadas en la barra, sujetando con una mano la jarra de cerveza y con la otra un cigarro. Como los hombres, decía Lewis, como los hombres ingleses. *Like English men*.

Mientras yo intentaba digerir el estereotipo de mujer que aquel chico rubio tenía grabado en su mente, Maite intentó explicar a Lewis que nosotras estábamos más entrenadas que las chicas de allí, que nosotras habíamos visitado mucha *txosna*, como si Lewis supiera lo que era una *txosna*. Conocí a Lewis estando junto a Maite. Podría decir que lo conocí gracias a ella, ya que ella provocó que Lewis se nos acercara aquella noche en el *pub*.

Muchas veces he pensado que si Maite no se hubiera venido conmigo a Oxford, no habría superado un año que fue tan duro para mí. Y es que tomé la decisión de marchar a Oxford tras la desaparición de Carlos. Tras cuatro años juntos, desapareció de un día para otro. Desapareció del pueblo y de la vida cotidiana. Marché a Oxford con la idea de borrar un rostro amargado, reflejo del vacío que sentía dentro de mí. Y allí me di cuenta de que la herida que pretendía cerrar con la espuma de la cerveza de los *pubs* ingleses, era más profunda de lo que pensaba. Me di cuenta de que era de esas heridas que, cuando parecen haber cicatrizado, se vuelven a abrir.

Salía con Carlos desde los diecisiete años y desapareció justo cuando faltaban pocas semanas para cumplir los veintidós. No dio explicaciones a nadie, como tampoco las dieron los otros dos jóvenes del barrio que desaparecieron con él. La situación política de aquel momento lo engulló, y se lo llevó, como el desagüe del lavabo se lleva el agua, a algún sitio oscuro y misterioso, a un segundo mundo. Dio un salto y cayó por un agujero hasta aparecer en un mundo nuevo, igual que Alicia, un mundo que he intentado imaginar mil veces. Nadie me preguntó por él. Solo lo hizo Beltza, su perra, y la policía. Aparecieron en casa y me hicieron mil preguntas para intentar descubrir dónde estaba Carlos. Pero nunca lo encontraron. No como yo, que lo encontraba cada noche en mis pesadillas más horribles.

Llegué a Oxford con el nombre de Carlos tatuado en la mente. A veces pienso que si no me hubiese escapado al extranjero, seguiría así, esperando a Carlos, socia del club de las viudas. Las pesadillas sobre Carlos viajaron conmigo a Oxford. También allí Carlos aparecía en mis sueños con un arma en sus manos, con humo o fuego a su alrededor. A veces aparecía sudando, escapando de la policía, corriendo, herido por el monte; otras, oculto tras unas gafas de sol entre la multitud de una gran ciudad. Alguna vez incluso soñé que aparecía en la puerta de nuestro piso de Oxford y me pedía que le dejara dormir allí una noche, solo una noche, que después me iba a librar de él, que no lo iba a volver a ver. Me despertaba sudando, sobresaltada. Maite intentaba tranquilizarme pasando su mano por mi frente sudada, sin saber qué decirme. Sé que hubiese hecho cualquier cosa para que yo olvidara definitivamente a Carlos, para que lo hiciera desaparecer de mi cabeza.

Y de alguna manera lo hizo, haciendo que yo conociera al chico que años más tarde sería el padre de mi hija. Poco podía imaginar Maite que precisamente fuera un *irrintzi* de esos que tanto le gustaba echar lo que provocara el primer acercamiento de Lewis. Ocurrió una noche en que perdimos la cuenta de las pintas que nos bebimos. Maite no pudo aguantarse más, y en una de estas echó un *irrintzi* apoyada en la barra de aquel *pub* oscuro de Oxford. Todos los clientes que hasta ese momento tenían los ojos a medio gas, los abrieron de repente, sobresaltados, como si a aquel *pub* oscuro hubiese entrado un pájaro exótico agitando las alas violentamente. Al poco tiempo, un chico rubio y alto se nos acercó interesadísimo por saber qué era aquello que acababa de escuchar, si era algo espontáneo o un grito de guerra. Aquel chico delgado y rubio al que le pareció muy exótico todo lo que le contamos sobre nuestro país era Lewis. Y hoy, que vive en él, sigue mirándolo de lejos, como se mira en Europa a un insecto africano. Creo que aún no se ha acostumbrado a vivir aquí. Y es que el pobre es inglés-inglés, y no hay manera de cambiarlo.

Ayer, mientras cenaba y le contaba la locura de día que había tenido, me miraba con hambre de conocerlo todo, como el preso engulle las noticias del exterior que le traen los que lo visitan. Le conté que apenas había podido comer, que del hospital salí corriendo a la redacción, y que Xabier y yo habíamos pensado llamar a la tía Dolores a Alemania para contarle que su hermana está en el hospital. Que no quisimos llamarle antes para no asustarla ni precipitar su viaje. Mientras le hablaba a Lewis, notaba los latidos del corazón en las sienas. Me pasa cuando fumo demasiado.

Tengo ganas de ver a la tía Dolores. No la veo desde el verano. Antes solo venía en Navidades, pero desde que murió nuestro padre, el tío Sebastián y ella han venido más. A mi madre se le encendía la cara al ver a su hermana. Se contaban historias de cuando vivían en el pueblo, la mayoría historias de la época en la que trabajaban en el restaurante de la familia. Aquellas famosas historias del restaurante Izaguirre. Las dos salieron del pueblo nada más casarse, dejaron un pequeño pueblo costero para vivir en dos ciudades, bien distintas, pero ciudades al fin y al cabo las dos. Viendo cómo se emocionaban contando las historias de aquella época de su juventud, pienso que quizá fueron los años más felices de sus vidas. Espero que ver a su hermana le sirva a mi madre para despertar de nuevo aquellos recuerdos y para escapar por fin

de la especie de sueño en el que está inmersa.

Le he llamado esta mañana, nada más desayunar. La tía Dolores se ha sobresaltado en un principio, como era de esperar, cuando le he dicho que su hermana está en el hospital, y me ha dicho que tomará el primer avión para Bilbao en cuanto pueda, y que a ver cómo no le hemos llamado antes. He intentado tranquilizarla, como si no supiera que tranquilizar a la tía Dolores es una misión imposible. *Impossible job*, como diría Lewis.

Los aeropuertos se parecen mucho a los hospitales. También aquí hay salas de espera, la mayoría de las personas están pálidas, como en el hospital, y las azafatas y los pilotos se pasean con el mismo gesto altivo que las enfermeras y los médicos por los pasillos del hospital.

El vuelo de Frankfurt viene con retraso. Lo ha dicho la mujer de la megafonía, la misma voz de todas las megafonías. La misma voz que daba las ofertas en el supermercado Tesco de Oxford y la misma que llama a los médicos en el hospital.

Intento recordar la cara de la tía Dolores, y me viene a la mente el brillo de sus ojos negros. Los mismos que aparecen en la fotografía que quiero enseñar a mi madre, la antigua fotografía tomada en la cocina del restaurante Izaguirre en la que aparecen todas las mujeres del restaurante. En la foto sonrío, agarrada a mi madre. Tiene su mano en el hombro de su hermana, y mi madre tiene la cabeza ladeada hacia ella. Son dos pero parecen una, como si estuviesen unidas por un hilo fino y transparente. Como si las dos pertenecieran a un mismo cuerpo.

Tengo ganas de fumar, pero ninguna gana de buscar la zona de fumadores. A saber en qué esquina del aeropuerto está escondida. Vuelvo a meter en el bolso el paquete de tabaco que he sacado por inercia y, en ese momento, siento una mano que se apoya en mi hombro.

—¡Tía!

Intento adivinar de dónde ha salido. He estado mirando a la puerta de llegada todo el rato y no la he visto. Habrá llegado volando. Mi tía es igual que la Campanilla de Peter Pan, aunque con unos cincuenta años más. De perfil, por un momento, me ha parecido que ha envejecido desde la última vez que la vi, pero en cuanto me ha mirado de frente y he visto sus ojos negros brillantes, me he dado cuenta de que sigue tan joven como siempre. Los ojos de la tía Dolores no envejecen nunca, porque en todos los años que ha vivido en Alemania ha tenido sus ojos aquí, esperándole. Porque solo envejecen los ojos de los que se quedan en su tierra, los que ven cómo cambia el pueblo que los vio nacer, cómo envejecen los amigos y conocidos, como los de mi madre. Los ojos de las personas que emigran se quedan en casa, y así, lejos de su propietario, difícilmente pueden envejecer, como los ojos de la tía Dolores, que han estado esperando su llegada desde que marchó a Alemania.

Nos abrazamos y de nuestros labios salen una tras otra breves preguntas ¿Y tú? ¿Y tú?, como si fueran cohetes pirotécnicos. Al verle abrir los brazos me ha parecido ver una nube de polvo dorado esparciéndose por el aire. Es el polvo dorado de Campanilla.

—¿Cómo está? —me ha preguntado, sin soltar su mano de mi hombro.

—Ahora lo verás —le he contestado.

—Ya he traído las fotografías y todo lo demás —dice, mirando a la vieja maleta que trae consigo.

El médico nos recomendó que mostráramos a mi madre viejas fotografías o cualquier cosa que le hiciera recordar quién es. Seguro que la tía Dolores ha traído la fotografía en la que aparecen todas las mujeres que trabajaban en el restaurante Izaguirre. Tengo que tener una copia en casa.

Con cada paso, la tía Dolores da un pequeño salto, como si quisiera escapar de la gravedad de la tierra. Al salir del aparcamiento del aeropuerto, sus brillantes ojos negros se fijan con atención en el exterior, como si buscaran algo conocido, algo que le indique que ha llegado a casa. Pero no

ve más que carteles publicitarios de las mismas empresas que se anuncian en Alemania. Al final, tras un gran cartel de Ikea puede ver un caserío, que le confirma que sí, que ha llegado a Euskadi. Y suspira.

La miro de reojo y veo que se muerde el labio inferior. Los ojos se le cierran y se le abren rápidamente. Está nerviosa. Está preocupada por la situación de su hermana.

–¿Seguro que no quieres pasar por casa, dejar la maleta, ducharte...?

–No, vamos al hospital –me responde con decisión, sin levantar la vista de la carretera.

La vieja maleta de la tía Dolores. De cuero. Siempre viaja con la misma maleta. O con alguna parecida. Siempre que venía en Navidad con el tío Sebastián y la prima Igone, me quedaba absorta mirando aquella maleta de cuero, como si allí dentro hubiera un tesoro. Y no andaba muy descaminada, porque en una maleta como esa cabe una vida entera.

Le pregunto por Igone, por mi prima, su hija. Y más que de Igone, me habla directamente del hijo de esta, de su nieto. Que ya ha empezado a ir a clase. Que es un chico muy listo. Pero que solo habla alemán. No lo conozco, no he visto a la prima desde que se casó. Los ojos se le agrandan cuando habla de su nieto. Es lo que los mantiene a ella y al tío Sebastián, ya jubilado, allí. Como si fuera un ancla.

–Cuidado, ¿no vas un poco rápido?

–Tranquila, tía, que ya sé lo que hago.

–Sí, a ver si tú también vas a empezar como tu padre –ha empezado a moverse en el asiento, sin dejar de mirar a la carretera, como si estuviese conduciendo ella–. No sé si tu madre te ha contado alguna vez esto, pero cuando tu padre se sacó el carné de conducir, se empeñó en que nos tenía que llevar a tu madre, entonces su novia, y a mí en coche por toda la carretera de la costa. Y entonces él también nos decía eso que me acabas de decir de que “Tranquilas, ya sé lo que hago, ya sé conducir”, mientras nosotras rezábamos en cada una de las curvas, porque, la verdad, es que no se lo veía muy seguro llevando el coche.

Las manos de mi tía se mueven arriba y abajo, haciendo sonar las pulseras que lleva, mientras me sigue contando que una vez que mi madre y mi padre se casaron, éste le confesó que él también estaba aterrorizado en aquel primer viaje en coche, que sentía que apenas podía controlar el coche en cada una de las curvas, y que mientras les decía que estuviesen tranquilas, cada vez que lograba pasar una curva sin irse por el acantilado, se decía a sí mismo: “¡Otra que pasamos!”, como si él mismo se asombrara de haber pasado sanos y salvos la curva, mientras le caían gotas de sudor por la frente.

–¿Tú te crees? “¡Otra que pasamos!”, pensaba el muy sinvergüenza, mientras nos decía que estuviésemos tranquilas, que él ya sabía conducir.

No puedo aguantar la risa con la tía Dolores.

–Tranquila, tía, que yo de verdad sé conducir.

Escuchar la voz de la tía Dolores me tranquiliza. Siempre contando historias de otros tiempos. La tía Dolores invariablemente encuentra alguna historia del pasado para explicar el presente. Escuchas de su boca esas historias antiguas, y te da la impresión de que el mundo no ha cambiado nada en los últimos cien años.

Sin hacer caso a las advertencias de la tía Dolores, mantengo la velocidad. Me han entrado ganas de fumar, pero he pensado que ya sería demasiado. Seguro que si empiezo a fumar mi tía me dirá que a ver qué hago conduciendo con una sola mano y seguro que recordaría alguna vieja historia del algún manco del pueblo, o algo así. Mientras pienso en el manco, nos metemos en una curva bien cerrada y nada más salir de ella, y como si lo tuviésemos ensayado, las dos gritamos:

–¡Otra que pasamos!

Y nos morimos de risa. Qué buenas son las risas con la tía Dolores. La tía es como un bálsamo. Un ungüento efi caz para las heridas.

–¡Cómo ha cambiado esto! –comenta la tía al entrar en el hospital.

Mira hacia arriba y hacia abajo. Hacia la izquierda y hacia la derecha. Con gran rapidez. Como las palomas que se posan en los tejados.

–¿Sabes cuándo entré yo por primera vez a este hospital? –me pregunta al meterse en el ascensor.

–¿Cuándo?

–El día en que tú naciste. Hace ahora...

–Hace ahora mucho tiempo –le corto.

Sin dejar de mirar los números que van cambiando a medida que el aparato sube, me cuenta que tras el parto mi madre tuvo que pasar bastante tiempo en el hospital. No debió de ser el mío un parto muy fácil. Me dice que, comparado con el parto tan sencillo que tuvo con Xabier, lo mío fue complicado, que parecía que no quería salir de allí, como si temiera salir al mundo. Como si el mundo me diera miedo. Bien pronto empezó a darme miedo, según me cuenta.

No he sabido hasta ahora nada de esto. Mi madre también me lo ha ocultado, como oculta ahora la palabra *Ospitalea* estampada en las sábanas. Siempre intentando no preocupar a los demás. Me gustaría saber cuántas cosas más se ha guardado para ella.

Al llegar a la habitación de mi madre, desaparecen las sonrisas de nuestros labios. Antes de entrar, la tía Dolores se frota las manos, como si fuera a levantar una piedra pesada o algo así. Está nerviosa.

Entramos por fin. La tía mira primero a las mujeres de la cama de al lado de la ventana y, acto seguido, su mirada se escapa a la cama en la que está Luisa, su hermana. Por la cara que pone, me da la impresión de que le cuesta reconocerla. Mirándola, sin acercarse aún a ella, susurra su nombre, Luisa. No me extraña que casi no la haya reconocido. Mi madre siempre iba a la peluquería el día anterior a que nos visitara la tía Dolores y ahora la ve ahí, con el pelo desarreglado, ese camisón, tantos días en el hospital...

Pili no se aguanta sin decir nada. Saluda a la tía, le dice que pase sin preocuparse por despertar a Luisa, que ha dormido toda la mañana. Nos habla como si entráramos en el salón de su casa.

Tras preguntarme si es la tía de Alemania, no puede reprimir sus preguntas. Que a ver dónde vive en Alemania, que ella también tiene parientes allí. Pero cuando la tía le comenta que vive en Frankfurt, niega con la cabeza.

–No, mis tíos viven en otra ciudad... No me acuerdo ahora el nombre. ¿Cómo era? –dice Pili.

Y en ese momento su madre, Pilar, sin levantar la mirada de la ventana, dice:

–Hannover.

Lo ha dicho como quien tira una piedra, Hannover.

–Eso, Hannover, Hannover –repite Pili.

Las dos miramos a Pili, hipnotizadas, pensando en cuándo va a acabar el chaparrón de palabras que sale por su boca, cuando, de repente, de entre sus palabras rescatamos una frase:

–Ya se ha despertado.

Otra vez aparecen las palabras de oro entre las piedras. Mi madre se ha despertado, tiene los ojos totalmente abiertos y nos mira. La tía se acerca lentamente. Muy lentamente. Parece que en

los dos metros que las separan están todos los kilómetros que hay desde Frankfurt hasta aquí.

–Luisa –le dice al llegar al borde su cama. No le dice nada más, y coge su mano. Y lo ha dicho de una manera tan suave, que siento un escalofrío dentro de mí que me llega hasta el dedo meñique del pie.

Mi madre se queda mirando a la tía. Mirando a los ojos de la tía que estaban esperándola aquí. Al ver a las dos hermanas cogidas de la mano, me parece como si el tiempo se hubiese detenido o, mejor dicho, como si hubiese dado marcha atrás, como si las dos mujeres que veo frente a mí se hubieran escapado de aquella vieja fotografía en blanco y negro tomada en la cocina del restaurante Izaguirre, para encontrarse años más tarde en la habitación de un hospital. Y por un momento me parece verlas en blanco y negro, una agarrada a la otra. Unidas por un fino hilo invisible, como entonces, como en aquella vieja foto.

Mi madre se moja los labios con la lengua. Estamos todas calladas. Trago saliva y me da la impresión de que todas las personas de la habitación han oído el sonido que sale de mi garganta. Y en ese momento, ha ocurrido. Mi madre, por fin, ha hablado. He oído finalmente la voz de mi madre, la que creía olvidada.

–Dolores –ha dicho, sonriendo. Y he pensado que si pesara esa palabra tendría más de un kilo. Más de dos libras, como diría la tía.

La reconoce. Conoce a su hermana. Es la primera persona que reconoce, y la primera vez que puedo oír su voz desde que está en el hospital. Siento que me van a estallar las venas de la garganta. Dolores, le ha dicho. Una palabra de dos libras. Y luego me ha mirado a mí, y entonces yo he repetido mi nombre mil veces en mi interior: Nerea, Nerea, Nerea..., como si, repitiendo mi nombre, pudiera construir un puente hasta mi madre, un puente de palabras para acercarme a ella. Pero no me dice nada, no me llama por mi nombre, no me reconoce. Y vuelve a mirar a la tía.

–Dolores –le vuelve a decir, y frunce el ceño, preocupada–. Pero, ¿dónde vas a dormir hoy?

Nadie habla. El silencio es total. Y con él vuelve a los labios de mi madre una sonrisa perdida. Se queda mirando la pared de enfrente, perdida en su sonrisa. Y otra vez siento que se me ha escapado, como se escapa el hilo de un globo de gas de entre las manos.

La tía Dolores sale fuera. Casi corriendo y sin decir nada. Apuesto que no quiere llorar delante de nadie. Tomo la mano de mi madre entre las mías y, en ese momento, siento que se recupera, que vuelve. Será la primera vez que me hable directamente, aunque piensa que sigue hablando con la tía Dolores.

–¿Cuándo vamos a ir? –me pregunta.

–¿Adónde? –y mi pregunta es un anzuelo que quiere sacar las palabras de mi madre de la cueva oscura en la que están escondidas. Como hibernando.

–Al faro –me responde, como si no hubiera otra respuesta posible.

Y se queda de nuevo sin fuerza, como si hubiese hecho un gran esfuerzo al decirlo. Su mirada vuelve a perderse en el blanco de la pared.

Realmente tiene un lío en la cabeza, y creo que repite lo que oye aquí y allá, sin sentido. Seguro que eso del faro se lo ha oído a Pili, aunque ha habido algo en la forma en que lo ha dicho que me ha parecido especial, distinto. Al citar el faro me ha mirado y me ha parecido ver en sus ojos el brillo de los ojos de la tía Dolores.

No entiendo las palabras de mi madre, pero me alegro tanto de escucharlas por fin... Y en esto, seguro, tiene mucho que ver la tía Dolores. Es como si por la blanca pared del hospital hubiese entrado por una fina grieta un rayo de luz. Es como si Campanilla hubiese entrado a esta habitación y hubiese dejado su estela dorada en el aire.

—¿Se puede saber quién se lleva las flores del jarrón? ¿Me queréis decir quién es?

Bittori entró gritando a la cocina del restaurante Izaguirre, con el jarrón de flores de la barra en las manos. Luisa escondió rápidamente bajo el delantal la novela que tenía entre manos. Bittori le tenía terminantemente prohibido leer aquellas novelas en la cocina. Alzó los hombros, igual que Dolores, queriendo demostrar que ellas no sabían nada de las flores, y se pusieron a pelar las patatas que tenían en un montón sobre la mesa.

Bittori compraba flores a la aldeana que pasaba todos los jueves por el restaurante con acelgas, tomates... Luego las ponía en el jarrón de cristal que tenía sobre la barra, convencida de que aquellas flores daban categoría al restaurante. Pero últimamente algo pasaba con las flores. Un día sí y otro no, al ramo le faltaba alguna flor, y tenía ya sospechas de las chicas de la cocina.

Enfadada, Bittori salió de la cocina con el jarrón entre los brazos, y lo volvió a dejar sobre la barra, moviendo y ahuecando el ramo, para que no se notara que faltaban flores. Al comprobar que Bittori ya estaba fuera de la cocina, Luisa lanzó un suspiro de alivio, y se quedó esperando el mejor momento para poder escapar hasta el faro, con la excusa de tener que hacer recados.

La voz de Fidel. Tan desagradable como el *after-shave* que usa. Con los años se le ha agriado la voz, igual que se ha agriado él.

–¿Qué tal tu madre? –me pregunta, acercándose a mi mesa.

Cómo le ha cambiado la voz y la actitud desde que le nombraron redactor jefe. Hasta camina de diferente manera por la redacción del periódico: toma aire y parece que no lo suelta, que lo contiene en su interior, mientras anda entre mesa y mesa, con la cabeza alta, con las cejas levantadas, con esa manera de andar de los profesores cuando cuidan un examen.

Recuerdo perfectamente el día en que entró en este periódico como becario, con la cabeza gacha, dispuesto a hacer lo que le mandaran. Y ahora anda a un metro del suelo, vigilando que la gente trabaje y no pierda el tiempo. Ha cambiado hasta su forma de sentarse en la silla. Antes apoyaba únicamente medio trasero, dispuesto a levantarse en cualquier momento. Ahora su cuerpo se desploma sobre la silla como un rey sobre su trono.

Si no lo conociera tanto, agradecería su interés por la situación de mi madre. Pero lo conozco demasiado y sé que esa pregunta lleva implícita otro mensaje. Quiere decirme que a cuenta de mi madre estoy metiendo menos horas en la redacción de las que debiera.

–Bueno –le respondo–. Ahí anda.

Y al escucharme a mí misma decir “ahí anda”, me pregunto dónde anda realmente mi madre. Ayer estuvo unos minutos con nosotras, recobró la conciencia, pero se volvió a perder, como un teléfono que se queda sin cobertura. Se perdió en su mundo. En el Mundo de Nunca Jamás.

Llevo más de diez años en este periódico y he pasado en este período por todas las secciones. A veces pienso que solo me falta inventarme los horóscopos para decir que realmente he pasado por todas ellas. Menos mal que dejé hace tiempo la sección de política. Los años en que me tocó hacer política, tenía pesadillas con el día en que me tocara escribir algo sobre Carlos. Siempre temí que me correspondiera escribir la noticia de su detención o de alguna incluso peor. Me imaginaba escribiendo en la pantalla del ordenador: “Carlos Lizarribar, presunto autor del atentado...” o “Carlos Lizarribar, uno de los detenidos en la operación policial...”. Solo pensarlo me revolvía el interior.

Ahora escribo en la sección de sociedad, y a veces tengo mis más y mis menos con Fidel en algunos temas, cuando me recuerda cuál es la línea editorial de la casa, pero la verdad es que escribo mucho más tranquila que antes. Por lo menos sé que no me va a tocar escribir sobre Carlos. En todo este tiempo que llevo trabajando en el periódico, el último año ha sido el que más humillada me he sentido profesionalmente, casi siempre gracias a Fidel. De la mano del agrío Fidel. No puedo ocultar mi cara de rechazo cuando lo veo acercarse a mi mesa con una página en una mano y un rotulador rojo en la otra. Cada vez me propone más cambios en mis artículos, y se me hincha la vena del cuello al decirle que no, que no estoy de acuerdo con los cambios, y cuando Fidel me contesta: “Pero ya sabes dónde trabajas, ¿no?”, me entran ganas de decirle que se ha dejado la ética periodística en alguno de los ceniceros de la mesa en que se reúne con la dirección, y que por esa misma razón ocupa hoy el puesto que ocupa, porque se ha convertido en ceniza su ética periodística, si es que alguna vez la ha tenido. Fidel se ha adaptado perfectamente a las leyes que rigen el periodismo de nuestros días. Le diría todo esto, pero me quedo siempre

callada, aguantando las correcciones de su rotulador rojo.

Hoy, sin embargo, no puedo callarme. Algo explota en mi interior. Tras preguntarme por mi madre me ha recomendado cambiar el titular del reportaje que he escrito sobre los modelos lingüísticos basándome en los datos que ha dado a conocer la Consejería de Educación. El cambio que me propone modifica totalmente el sentido del reportaje, interpreta los datos casi de manera opuesta a como se interpretan en el texto.

–No, eso no –le contesto–. El titular, no.

–Sabes perfectamente que no podemos publicar eso así –me responde, alzando las cejas y dando golpecitos con sus dedos a la parte alta del folio que trae entre manos.

–Bueno, pues entonces quita mi firma del artículo. Si quieres publicarlo así, tendrá que ser sin mi... –el móvil empieza a sonar y me impide terminar la frase. Es la tía Dolores. El médico quiere reunirse con nosotras, nos quiere mostrar el último informe sobre mi madre.

Apago el ordenador, bajo la atenta mirada de Fidel. Le digo que me tengo que ir, sin más explicaciones y Fidel me sigue de camino al ascensor. Al verlo así, detrás de mí por toda la redacción, me viene a la cabeza la típica estampa de las redacciones de Estados Unidos que aparecen en las películas. La gente camina adelante y atrás por los pasillos de la redacción, y unos les hablan a otros con los papeles en las manos, pero sin mirarse a los ojos. Pero no estamos en el Wall Street Journal ni en el Washington Post. Y la verdad es que ni el que me sigue ni yo tenemos pinta de actores de Hollywood.

Nos quedamos quietos ante el ascensor, que no llega.

–Mira, Nerea, entiendo que no estás pasando el mejor momento y, no sé, si te quisieras coger una excedencia o algo...

Al escuchar la palabra excedencia se me enciende algo en el estómago. Una llama. Sé perfectamente que soy una persona bastante molesta para Fidel en esta redacción. Soy de las pocas que lo conoce de su época de becario y creo que a veces, cuando me mira, ve en el reflejo de mis ojos a ese becario que no quiere recordar. Y no le gusta nada. Aprovecharía cualquier oportunidad para quitarme de en medio. Una excedencia. Cualquier oportunidad para no verme por aquí.

Entro en el ascensor, lo miro y le recuerdo que no quiero ver mi firma en el reportaje sobre los modelos lingüísticos.

–Firmad “agencias” y cambiad lo que queráis, pero yo no quiero ver mañana mi firma en ese artículo –le digo con decisión. Y pienso que si hubiese levantado el dedo al decirlo aún habría sonado con más fuerza, más autoridad. Pero no me he atrevido a tanto. Bastante con haberme lanzado a decirle a Fidel todo lo que le he dicho. Hace unos meses no me hubiese arriesgado. La verdad es que el asunto de mi madre me está sacando realmente de mis casillas.

En diez minutos que llevo en el coche no he avanzado ni doscientos metros.

–Estoy atrapada en un atasco –le digo a Lewis por teléfono–. Vóy directamente al hospital. No sé a qué hora llegaré a casa.

–Tranquila –me responde–. Llama si vas a venir muy tarde. ¿Te preparo algo para cenar?

Cada vez que se enciende la luz de freno roja del coche de delante me muerdo el labio inferior y echo el aire con fuerza después. Solo me falta esto, llegar tarde a la cita con el médico.

Fidel me ha encendido algo que llevaba tiempo apagado ahí dentro. A veces me pregunto qué hago en este periódico, ofreciéndole las mejores horas de mi vida, para que luego un mediocre como Fidel eche por tierra todo mi trabajo. Y, aunque no esté Fidel de por medio para desvirtuar mi trabajo, me doy cuenta de que invierto horas y horas de mi vida en artículos que solo unas

pocas personas van a leer en profundidad. Dejo mis fuerzas en artículos con fecha de caducidad de unas pocas horas. Artículos que acaban secando el suelo embaldosado recién fregado de una cocina o llenando un contenedor de papel junto con envases de galletas. El trabajo de un día entero, o de varios días, se lo lleva el viento al día siguiente. Es bastante frustrante este oficio. Y no sé ni si me sigue gustando.

Apago el cigarro en el cenicero del coche al llegar al hospital. De tanto humo, parece que una nube se haya colado allí dentro. Al salir, me da la impresión de que me sigue por detrás una estela de humo blanco, como si fuera el velo de una novia. Pero no veo frente a mí gente aplaudiendo, lanzando vivas a la novia. Un hombre que entra con muletas al hospital, una embarazada que sale, un anciano apoyado en el brazo de su hija... Eso es lo que ven mis ojos al salir del coche.

—No puede tardar ya mucho más —le oigo que dice la tía Dolores al médico, cuando entro por la puerta de su despacho.

El médico está sentado al otro lado de una gran mesa blanca. Entrelaza sus manos, las apoya sobre la mesa, y dice vamos a ver para comenzar su exposición. No me gusta la gente que dice “vamos a ver” antes de empezar a hablar, como si hasta que hablaran ellos no se hiciera la luz, como si viviéramos en las tinieblas hasta el momento de escuchar sus palabras clarificadoras.

Lo que dice después lo disfraza con terminología científica. Toma las palabras técnicas como si fueran guantes de boxeo y empieza a golpear. A golpearnos fuerte. En dos palabras, el médico nos dice que seguramente antes de que encontráramos a mi madre perdida en la calle, aturdida, ya le ocurría algo en la cabeza, ya había algo ahí dentro que le acabó por explotar ese día. Y que es una pena que no nos hayamos dado cuenta de nada antes, porque estaríamos hablando de otra cosa en caso de haber podido tratarla desde el primer síntoma.

—El reloj de Luisa se ha retrasado de repente —dice. Ha utilizado esa metáfora cuando se le han acabado las palabras científicas— Aunque hay que tener en cuenta que estamos hablando de la teoría y que cada caso evoluciona de manera diferente.

Habrá que ver cómo evoluciona...

Cuatro, tres, dos, uno. Nos deja KO.

Mientras habla, mueve de un lado al otro las gafas que tiene en su mano. Ahora las alza, ahora las baja... Como una batuta. Y mirando al director de orquesta de bata blanca que tenemos enfrente, me viene a la cabeza una melodía. La de la canción que mi madre me cantaba en la cama. Y en un solo golpe, con el sonido del bombo de la banda, el mundo se me pone patas arriba. Me imagino a mi madre en la cama y ahora soy yo la que le canta, la que le acaricia la frente. Es como si mi madre se hubiese convertido en mi hija de la noche a la mañana. Siento que el cuerpo se me hunde un centímetro en el suelo, es tan pesada la carga que siento de repente sobre mis espaldas...

Salimos de la reunión y nos quedamos en el pasillo. No puedo olvidar las palabras del médico: si lo hubiésemos sabido antes, si hubiésemos percibido algún síntoma antes... Yo sí había percibido algo antes, pero no dije nada. Como una niña, tapé mis oídos con los dedos. Y ahora no puedo evitar sentir el peso de la culpa sobre mis espaldas. Y lo llevo encima, del hospital a casa, de casa a la redacción..., dejando un rastro oscuro en el camino. Más oscuro que el azul de las camisas de los marineros.

—¿Quieres un café? —me pregunta mi tía, a punto de introducir una moneda en la máquina de bebidas del pasillo.

—Un cortado —le respondo, sin mirarle a la cara.

Mientras tomamos el café veo salir de la habitación a Pili, y no puedo evitar pensar de dónde habrá sacado aquel nombre, Germán. El café me revuelve las tripas. Está más amargo que el olor del *after-shave* de Fidel. Tiro el vaso de plástico medio lleno a la papelera y saludo a Pili, que ha

pasado por delante. Antes de que Pili empiece a hablar, tomo el camino del servicio, con el paquete de tabaco entre las manos.

Las seis mujeres sonríen a la cámara, mirando hacia arriba, mostrando sonrisas en blanco y negro. La fotografía está tomada desde arriba, como si el fotógrafo se hubiese encaramado a la mesa de la cocina. Mi madre, su hermana Dolores, su madre Petra, la tía Bittori y otras dos chicas que trabajaban en la cocina son las protagonistas de la fotografía tomada en la cocina del restaurante Izaguirre. En la parte posterior de la fotografía se puede leer: 1951, Restaurante Izaguirre, escrito con tinta negra y una letra de mujer, de caligrafía cuidada y perfecta. La he encontrado al fin entre las fotografías que guardo en casa.

Está tomada en los primeros años del restaurante Izaguirre, tres años después de que pasara de ser una fábrica de limonadas a restaurante. Gaseosas Izaguirre. Así se llamaba la fábrica de limonadas. Luis Izaguirre, mi abuelo, fabricaba allí limonada y la repartía junto al vino que almacenaba también allí por todo el pueblo, e incluso por los caseríos y pequeñas localidades de alrededor. Muchos hombres del pueblo, la mayoría pescadores, se reunían por las tardes en la fábrica de gaseosas para tomar un trago de vino y la merienda, que traían de casa. Unas banquetas, unas mesas, y poco a poco el almacén se fue convirtiendo en una especie de taberna. Con el tiempo, decidieron instalar allí una pequeña cocina y empezaron a dar meriendas. Y así, poco a poco, aquel lugar pasó a convertirse en un restaurante. Pasó de Gaseosas Izaguirre a Restaurante Izaguirre. Sin embargo, el abuelo no dejó nunca de fabricar limonada, en las máquinas de la parte trasera del restaurante, junto al almacén.

Como un ramo de flores. Así aparecen las mujeres del restaurante Izaguirre en la fotografía, recogidas unas junto a otras. En medio de todas está la famosa tía Bittori. Parece la reina del cuento de Alicia, con la barbilla bien alta, con el moño blanco bien recogido, mirando desafiante a la cámara, como diciendo “aquí estoy” y “estas son mis chicas”. Y era realmente ella quien mandaba en la cocina, como me ha contado tantas veces mi madre. Mandaba allí desde que volvió al pueblo, después de servir en casa de un matrimonio bien avenido en Bilbao. Volvió al pueblo bastante mayor, tarde para encontrar un hombre y casarse. Así que dedicó su vida por completo al restaurante.

Tras ella se ve una vieja radio, entre cacharros y cazuelas. Recuerdo la anécdota que la tía Dolores ha contado tantas veces sobre la radio y la tía Bittori. Es un clásico de las reuniones navideñas. Cuenta la tía Dolores que un día entró en la cocina y se encontró a Bittori oyendo la radio. Hablaban algo de Franco. Bittori siempre tenía la radio encendida en la cocina. Le gustaba mucho oír hablar castellano. Entonces Dolores le preguntó a ver qué decían, y Bittori le explicó que Franco debía de andar mal, algo enfermo, porque en la radio estaban diciendo que estaba de régimen. Que repetían una y otra vez lo del régimen de Franco. Y se le acercó con la mano puesta en la boca, y le dijo que seguramente Franco se moriría pronto, pero que no se lo dijera a nadie, porque nunca se sabe, que ¡hasta Lázaro llegó a levantarse de la tumba!

Nos reímos mucho siempre que Dolores cuenta esta anécdota, aunque nos la sabemos de memoria. Mi madre se moría de risa cada vez que se la escuchaba y le pedía siempre a su hermana que la contara.

Bittori está seria en la foto, con gesto orgulloso. “Aquí estoy yo con mis chicas”. Los años que pasó de sirvienta en Bilbao le daban una especie de autoridad respecto a las demás mujeres de la

cocina que no habían salido del pueblo en la vida y ella se empeñaba en demostrar al resto todo lo que había aprendido en los años que pasó en la ciudad. Si entraba en el restaurante algún extranjero, algo que solía ocurrir en los meses de verano, se quitaba el delantal de encima y abandonaba la cocina para salir a servirles. No importaba que fueran ingleses, franceses... Ella hablaba a todos en español, muy despacio, pronunciando exageradamente cada sílaba:

–Tenéis bo-ni-to con to-ma-te.

Creía realmente que estaba hablando en inglés o en francés, y volvía a la cocina con la cabeza bien alta, orgullosa, como diciendo a las demás con la mirada “¡qué haríais vosotras si yo faltara aquí!”. Mi madre y la tía Dolores le llamaban *La filósofa de la cocina*, porque le gustaba mucho hablar de los vaivenes de la vida y terminar cada frase con un “¡qué no llegaremos a ver!”.

Mi madre y la tía Dolores están abrazadas en la foto. Los ojos de Dolores son los mismos que he visto esta mañana en el aeropuerto. Grandes, negros y brillantes. Tiene las cejas bien altas y su mano izquierda rodea el cuello de mi madre. Mi madre sonríe. Tiene el pelo largo, negro, recogido en una trenza. Esta foto de mi madre me recuerda a una mía que Carlos me sacó en una acampada que hicimos en el alto de Urkiola. Rodeo a Beltza con mis brazos y miro a la cámara sonriendo, igual que mi madre. Realmente nos parecemos en estas fotos.

Estoy a punto de dar un sorbo al café con leche del desayuno, sin alzar la vista de la vieja fotografía, cuando mi tía me sorprende por la espalda.

–Vaya chicas más guapas, ¿eh? –me dice.

Ya se ha vestido. Ya está preparada para salir a la calle. Desde que está en nuestra casa no la he visto nunca en camisón o pijama. La veo entrar por la noche a su habitación vestida y sale vestida por la mañana. He llegado incluso a sospechar que duerme con la ropa de calle.

Me levanto para servirle café. Ha tomado la fotografía entre sus manos y se ha sentado. Mira fijamente a la imagen, como si fuera a traspasarla con su mirada.

–Fue en esta época cuando tu madre empezó a servir las mesas del restaurante. A ella no le gustaba servir las mesas, prefería estar en la cocina, y, sobre todo, le gustaba salir a hacer recados. Le gustaba porque siempre aprovechaba para hacer alguna escapada al faro o algún otro punto donde se viera el mar. Como decía ella, para oler el mar. Pero, aunque no le gustara nada, Bittori la puso a servir las mesas, para ver si se quitaba de encima de una vez esa vergüenza que parecía darle presentarse ante la gente. “¡A ver si te sacudes esa timidez, chica!”, le decía. Y así, sirviendo mesas, es como conoció a tu padre. Paulo venía mucho al restaurante, por lo menos una o dos veces a la semana, y todos sabíamos que era para ver a Luisa. Bittori bien lo sabía, y mandaba por ello siempre a tu madre a servir a Paulo. No solo eso, cada vez que aparecía Paulo, cogía el jarrón de flores de la barra y le mandaba a tu madre que lo pusiera en la mesa de Paulo. Y sonríele, por lo menos, le pedía Bittori. Le gustaba aquel hombre para Luisa.

–¡Amaa!

Maialen me reclama desde su habitación.

–No te preocupes, ya voy yo –me dice la tía.

Y a los pocos segundos, oigo unas risas de niña. Se ríe con la tía Dolores más que con los dibujos animados. Seguro que le está contando alguna vieja historia.

Es domingo. Y me gustan los domingos en los que no me toca trabajar. Cuando me toca, se convierten en el peor día de la semana. Mientras estoy en la redacción, no puedo evitar pensar en que Maialen no tiene que ir a clase y que, si no fuera por el trabajo, estaría con ella y con Lewis disfrutando juntos de un día de fi esta. Pero hoy tengo fi esta.

Desayuno y salgo de casa para pasar por el hospital. Estaré allí hasta la hora de comer y luego

se quedará la tía Dolores.

Lo que parecía un domingo tranquilo, sin embargo, se tuerce cuando paso por el estanco para coger los periódicos. En el coche, antes de arrancar, busco el reportaje sobre los perfiles lingüísticos y la supuesta tranquilidad del día se escapa por los conductos del ventilador. El reportaje se ha publicado con mi firma, y el titular es el propuesto por Fidel. Tiro los periódicos al suelo del coche y salgo hacia el hospital. Mi rabia apretando fuerte el acelerador.

Con la excusa de hacer un recado, la joven Luisa montó en su bicicleta y, como hiciera otras tantas veces, se escapó hacia el faro. Con la mirada fija en el horizonte, los ojos clavados en la fina línea donde acaba el mar, respiró profundamente. Cerró entonces los ojos, para sentir con más intensidad el olor a salitre, a mar. El golpe de las olas contra las rocas llegó hasta sus oídos, el sonido del agua corriendo después sobre la piedra. Echó la cabeza hacia atrás y metió la mano en su pecho, de donde sacó una flor. Abrió los ojos, se llevó la flor a la nariz y en el momento en el que el viento sopló con más fuerza, la lanzó al agua. Luego gritó un nombre, mirando hacia el noreste. Mirando hacia el lugar en el que el Urkiolamendi se encontraba faenando.

Aunque no lo haya querido reconocer, he seguido esperando. Aún estoy esperando, consciente de que algún día tenía que pasar, tenían que llegar noticias de Carlos. Aunque no lo haya querido reconocer, siempre he sabido que llegaría el día. Porque los desaparecidos siempre acaban apareciendo. De una manera u otra, pero aparecen. Porque el tiempo, como el mar, lo acaba devolviendo todo. He estado todos estos años esperando como la esposa del pescador tras el naufragio del barco. Como esa mujer que quiere que le lleguen noticias, pero al mismo tiempo no quiere. Y un día le llegan. Porque un día aparecen unas ropas en la orilla de la playa y esas ropas borran todas las preguntas, porque la camisa que ha traído la marea es la de su marido. Una camisa azul oscura.

–Tendrás que recoger esas hojas de periódico, ¿no? –me dice la tía Dolores, al entrar al coche. Nos hemos despertado temprano para ir al hospital, y al entrar al coche la tía se ha encontrado bajo sus pies los periódicos que tiré al suelo la víspera.

–Sí, tía, más tarde –le respondo, acelerando al mismo tiempo. A mi madre también le respondía así de joven. “Sí, *ama*, más tarde”, le solía decir cuando me pedía que limpiara y ordenara mi habitación. Me invaden constantemente recuerdos de situaciones similares, y en todas me veo respondiéndole sin ganas, ignorándola a veces, contestándole con monosílabos y desgana. Y ahora me duele. Ahora que una palabra suya merecería toda mi atención, una sola palabra. Estaría ahora dispuesta a hacer cualquier cosa que me pidiera.

Me pregunto dónde está. Dónde se ha quedado la timidez de aquella joven que servía las mesas en el restaurante Izaguirre, dónde se ha quedado la calidez de la mano que acariciaba mi frente de niña por las noches, dónde ha quedado la risa de la mujer que escuchaba las historias que contaba su hermana en Navidad. Dónde se han quedado. Las veo ocultas bajo una sábana, en un espacio blanco y brumoso.

Tengo la agenda llena de citas y cosas que hacer escritas en bolígrafo azul. Dos ruedas de prensa y un reportaje que tengo que tener listo para el fin de semana, entre otras cosas. Odio los días llenos de tinta azul en mi agenda, de horarios, de notas, de *post-it* amarillos pegados en cualquier parte.

–Y ¿qué tipo de cosas traduce Lewis? –me pregunta la tía al ver que no le doy conversación. Solo miro a la carretera en nuestro camino hacia el hospital.

–Ahora está traduciendo una biografía, pero traduce de todo. A veces le toca traducir textos técnicos, mucho más aburridos, pero ahora está con una biografía.

Con la pregunta, creo que la tía quiere averiguar si todo va bien con Lewis. Está deseosa de sacar el tema. Se ven a la hora de la cena y la tía comprueba cada noche que Lewis cena rápidamente y abandona la cocina cuanto antes, con la excusa de seguir trabajando. La tía quiere saber si eso es así siempre, o es que Lewis escapa porque está ella estos días en casa. Creo que lo ve huidizo, y querrá saber si es que los ingleses son así o si es que hay algún problema. Pero al llegar al hospital, abandonamos rápidamente el tema de Lewis. Nada más entrar a la habitación, Pili nos da el informe de la noche. Que ha dormido bien y que no ha hablado en sueños como hizo la otra noche.

–¿Pero es que ha hablado alguna noche? –pregunta la tía Dolores, sorprendida, y yo me doy

cuenta de mi error. Tenía que habérselo contado.

Pili le responde que sí, y me mira, como buscando una explicación. Aclara que ella ya me lo contó, que Luisa habló por la noche en sueños. Me miran las dos y en ese momento me suena el móvil.

–Perdonad –me excuso, y salgo al pasillo.

Al cerrar la puerta, lo último que oigo es la voz de Pili diciendo que mi madre estuvo llamando a alguien en sueños pero que no recuerda su nombre.

–¿Cómo era? –oigo que pregunta en el momento de cerrar la puerta.

Es Maite. Mi amiga Maite. Mientras escucho su voz al otro lado del teléfono, me da la impresión de que cada vez es más intensa la luz que entra por la ventana. Cada vez es más blanca e ilumina una gran planta de hojas verdes que decora el pasillo. Hojas verdes, muy verdes. Por un momento me han recordado las flores del restaurante Izaguirre, las que según cuenta la tía, solía poner Bittori en la barra. Maite me da fuerza. Al igual que fue capaz de dejar a todo el mundo boquiabierto con un *irrintzi* en aquel *pub* de Oxford, es capaz de inyectar energía en cualquiera.

–¿Cómo va todo, guapa? –me pregunta. Siempre me llama guapa. Se vuelve a ofrecer para cualquier cosa, me dice que cuente con ella para estar unas horas en el hospital si hace falta o para lo que sea. –Tranquila, Maite, ha venido la tía Dolores. –¿La de Alemania? –Sí, y gracias a que ha venido. Y, ¿sabes? *Ama* la ha reconocido. La llamó por su nombre cuando la vio.

–¿Es cierto? ¡Pero eso una señal buenísima, Nere! No sabes cómo me alegro... Oye, ¿cómo tienes el día? ¿Podemos quedar un rato? ¿Para comer? Tenemos que hablar.

–¿Qué pasa? ¿Pasa algo? –la voz de Maite me pone alerta. Hay algo que me quiere contar y es algo importante. Si algo no sabe hacer Maite es disimular.

–No, bueno... ¿Podemos quedar?

–Tengo que ir a una rueda de prensa en el centro. Si quieres comemos algo rápido cuando salga.

Hemos quedado para comer algo rápido. Algo rápido, le he insistido a Maite, porque hoy tengo el día muy liado. Tengo el cronómetro puesto. Menos mal que Maialen come en la *ikastola*, si no mi vida sería más imposible aún de lo que ya lo es.

Hace tiempo que no he visto a Maite. Hablamos mucho por teléfono, pero nos vemos poco. La verdad es que se nos hace difícil encontrar un hueco para vernos. Con todas las horas que tiene el día y no encontramos un hueco para un café. Su llamada me ha puesto alerta. Algo pasa. Quizá tenga problemas con Iñaki y necesite hablar. No andan muy bien últimamente. Desde que supieron que no pueden tener hijos parece que no avanzan. Desde entonces a Maite le ha dado por engordar, presa de la ansiedad.

–Y ¿qué tal anda Lewis? –me pregunta, ya sentadas a la mesa del restaurante.

Parece que hoy está todo el mundo empeñado en preguntarme por Lewis.

–Bien, anda bien. En casa, ya sabes.

–Ya, ¿y tú?

–Bueno, no te voy a mentir. Mi vida se ha convertido en un pequeño lío. Un terreno de arenas movedizas.

Le confieso que desde que mi madre está en el hospital he tenido pocas oportunidades de desahogarme hablando con alguien, y que no logro sacarme las espinas que me pinchan por dentro.

–No sé, Maite. A veces me gustaría parar el reloj, que se parara el mundo por un momento, para poder respirar y pensar. Solo para poder respirar y pensar. El día no me da para todo lo que tengo que hacer. Voy de la redacción al hospital, del hospital a la redacción... Y para cuando llego

a casa estoy derrotada, agotada, como vacía. Y muchas veces, para cuando llego, Maialen ya está dormida, y cuando me ocurre eso, siento que he perdido un pedazo importante de mi vida, que la estoy malgastando. Siento que alguien me ha robado esa parte que me pertenece. No sé, antes también andaba muy agobiada y justa de tiempo, pero desde lo de mi madre se me ha puesto el mundo al revés. Todo es complicado. De repente todo es complicado, Maite.

Saco un cigarro del paquete y le doy fuego. Echo el humo con fuerza. Maite me mira con un gesto de compasión.

—...Y Lewis, pues, no sé lo que nos pasa últimamente. Nos decimos cuatro cosas por la noche antes de acostarnos. Nos contamos lo que hemos hecho durante el día, pero poco más. No nos da para más. Pasamos el día separados y cuando nos juntamos parece como si no tuviéramos nada que decirnos el uno al otro. Y así se nos van los días.

—Tranquila, Nere. Es normal, no es una situación fácil. Verás cómo se arregla todo cuando tu madre vuelva a casa.

—¿A casa? ¿A qué casa? Esa es otra. ¿A la suya? ¿A la nuestra? ¿Dónde irá cuando salga del hospital? —las preguntas me salen con la urgencia de un estornudo.

Me preocupa qué pasará cuando mi madre salga del hospital. Aspiro el humo con fuerza y lo vuelvo a echar. Maite me mira con el ceño fruncido, como si un hilo invisible le tirara de la piel de la frente. El camarero trae dos platos combinados. Aplasto el cigarro contra el cenicero y me paso luego la mano por la cara. Mis manos huelen a humo. Por un momento me viene a la mente la imagen de los dedos amarillentos de un anciano fumador. Y me da asco. Me doy asco.

—No me quedan más que veinticinco minutos —le advierto a Maite, mirando al reloj. Espero que vaya al grano y me cuente lo que está intentando contarme desde que hemos quedado. Pero parece que Maite no entiende la indirecta y sigue dando rodeos.

—¿No te vas a comer las patatas? —me pregunta con el tenedor en la mano. Lo levanta y me recuerda a Neptuno con su tridente. Solo le falta la barba.

—No, ya me he llenado.

—Chica, tendrías que comer más —me dice, y tras pedirme permiso, clava su tridente en mis patatas fritas. Neptuno pescando. Y con la boca llena, ha seguido hablando.

—Bueno, la verdad es que Lewis tampoco ha sido nunca muy hablador, ¿no?

No tiene intención de ir al grano y es extraño porque Maite es una persona directa. Va siempre al grano con la misma decisión con que ha ido a clavar su tenedor en mis patatas fritas. Sin embargo, hoy no encuentra el camino.

—Bueno, Maite y tú, ¿qué tal?

—Bien... —ha hecho un intento de iniciar una frase pero se ha callado. Realmente tiene algún problema que le está costando escupir.

—¿Qué tal con Iñaki? ¿Va todo bien? ¿Algún problema?

—No. El problema no es Iñaki... El problema es Carlos.

Los músculos de la cara se me han tensado en un segundo. Una gran ola me golpea por la espalda y me lleva dando vueltas entre la espuma hacia la orilla de la playa. Trago agua constantemente. Agua salada. Hace mucho tiempo que nadie pronunciaba el nombre de Carlos en mi presencia. Carlos. ¿A qué viene ahora Maite con Carlos? Y en un momento lo he entendido. El mar ha traído finalmente el rastro de Carlos a la orilla de la playa. Y allí estoy yo, queriendo ver lo que ha llegado y, al mismo tiempo, sin querer verlo. Como la mujer del pescador.

—Te lo quería decir antes, pero no sabía cómo empezar. Han visto a Carlos. Está de vuelta. He estado pensando si decírtelo o no, porque bastante tienes ya con lo de tu madre, pero he pensado que era mejor decírtelo, no vaya a ser que te lo encuentres en la calle y te dé un ataque al corazón.

–¿Dónde lo han visto? –la voz me sale del estómago, profunda.

–Pues por aquí, no sé.

–Pero ¿es que puede estar aquí? ¿A qué ha venido? –siento que los ojos se me salen de las órbitas.

–No sé muy bien cómo es el tema, Nere, pero por lo que he oído han prescrito las órdenes de detención contra su persona o algo así, pero no me hagas mucho caso.

El cigarro está a punto de quemarme los dedos. Han pasado los veinticinco minutos que me quedaban, pero ya me da igual, sigo en el restaurante, sin poder moverme. Veo en mi mente una escena de hace quince años. El último día en que vi a Carlos. Estamos frente al portal de casa de mis padres. Carlos me dice que no nos podremos ver mañana, que va a Hendaya, al dentista. Y me da un beso, un beso tembloroso. Le digo que no sea miedica, que si ir al dentista le pone tan nervioso, estamos arreglados. “Menos mal que vosotros no tenéis que parir”, le digo, “si no, se acaba la humanidad”. Le digo esas cosas. Bromas. Me río y meto la llave en la cerradura del portal y no miro atrás para ver cómo Carlos se aleja por la calle mojada por la lluvia. Porque no sé el viaje que Carlos inicia en ese momento, porque no sé que es la última vez que lo voy a ver en muchos años, porque no sé que el joven que va calle abajo va a convertirse en un fantasma que me perseguirá durante mucho tiempo. Carlos Lizarribar, presunto autor del atentado... Si lo hubiese sabido, habría ido corriendo tras él y agarrándolo del cuello, le hubiese rogado que no lo hiciera, que no se marchara, que no iniciara un viaje sin retorno.

A partir de aquel día mi vida cambió completamente. Tensión, miedo, la frente arrugada todo el tiempo. Hasta dos años más tarde, cuando conocí a Lewis, mi vida no empezó a normalizarse. Incluso con Lewis, durante todos estos años, no he podido quitarme de la cabeza la preocupación por Carlos, el dolor, la rabia, el vacío que me dejó.

¿Por qué no dijo nada? No me dio la oportunidad ni de despedirme. “No seas miedica”. Esas fueron las últimas palabras que le dije, pensando que iba al dentista. No seas miedica. Una frase que se me ha aparecido en mil pesadillas. No es de las frases que quedan para la historia y que se dicen en las películas. No seas miedica. En los momentos más importantes de nuestras vidas soltamos frases como esa.

Carlos siempre ha estado en mi cabeza, como una gran preocupación. En los momentos clave de mi vida, siempre lo he recordado y me he preguntado si le llegarían noticias sobre mí. ¿Sabrá que me he casado? ¿Sabrá que he sido madre? ¿Sabrá...? Y aunque me cuesta reconocerlo, siempre que he tenido que tomar una decisión importante en los últimos años, he pensado qué opinaría Carlos.

–Tendrás que ir a trabajar ¿no? Se te va a hacer tarde –Maite me saca de mis ensoñaciones.

–¿Quién lo ha visto? ¿Iñaki? –le pregunto.

–No, su primo, Martín.

–Y ¿han hablado?

–Sí, creo que dos palabras –Maite suspira–. Dos palabras tras quince años.

Aplasto con fuerza el paquete de tabaco vacío entre mis dedos. Me gustaría saber si Carlos ha preguntado por mí. Me gustaría saberlo, pero al mismo tiempo no lo quiero saber.

Salimos del restaurante. Lanzo la pelota que he hecho con el paquete de tabaco a la papelera. Ha rebotado en una esquina, y ha caído a la acera.

–Mierda –digo, entre dientes, y me acuerdo de lo que le decía la sabia Bittori a la tía Dolores. Que nunca se puede estar tranquila, que cualquier cosa es posible, que hasta Lázaro se levantó de la tumba. Cuánta razón tenía.

Veo de lejos a Fidel, en su pecera de cristal, hablando por teléfono. Pensaba entrar directamente a su despacho, pero voy a esperar a que cuelgue. No quiero estar a su lado de pie, esperando, oyendo sus palabras huecas. Prefiero entrar con carrerilla, con fuerza, y no ablandarme poco a poco en contacto con su voz.

Dejo el cuaderno y la grabadora en la mesa y enciendo el ordenador. Suena *bloom*. Ya me gustaría poder ser capaz de encender y apagar así la mente. Apagarla cuando se ofusca repitiendo constantemente las mismas imágenes, una detrás de otra, como una exposición de diapositivas. Apagaría con gusto mi mente para evitar ver la imagen de la mirada perdida de mi madre, la de Fidel en su pecera con el auricular en la oreja, la de Carlos. La imagen de Carlos se ha entrometido entre las demás imágenes que me atormentaban hasta el momento. Su imagen invade las demás, las empapa, como el agua empapa y arruga un periódico.

Siempre he sabido que llegaría el día en que tendría noticias sobre él, pero han llegado en el peor momento. No lo quiero ver. Ahora no. Y aunque no lo quiera ver, no puedo quitarme de la cabeza mil preguntas: cómo estará, qué aspecto tendrá, habrá envejecido tras tantos años de huida, habrá alguna mujer a su lado, querrá verme, querrá ver a la chica que dejó en el portal de casa de sus padres una lluviosa tarde de otoño, aquella que le llamaba miedica...

La vida de Carlos se ha vuelto a encender, como un ordenador, en mi mente. Ha hecho *bloom*. Después de tantos años apagado o en reposo, se ha vuelto a encender, aunque quizá con los programas caducados.

Recuerdo sus ojos. El temblor de su mirada una noche de verano en la que nos besamos por primera vez. No entiendo cómo aquel chico tímido, incapaz casi de darme un beso, se ha convertido con los años en un fantasma, que me asusta y al que temo ver. Recuerdo sus manos. Sudaban. Cuánto sudor habrá corrido por esas manos desde que desapareció. Cuánto sudor frío. Me parece oír su voz, aquella noche de verano, pero estoy equivocada. Es otra voz la que llega a mis oídos. Es la de Fidel, que pasa como un rayo por el pasillo de la redacción hacia la calle. Dice que tiene una cita.

–Santi se queda al mando –nos recuerda–. Preguntadle a él cuánto espacio tenéis.

Sale corriendo. Y corriendo se van también todas las palabras que tenía para decirle. Volando, convertidas en gas.

El teléfono. Es la tía Dolores. Esperaba su llamada, porque hoy pasaba el médico a ver a mi madre, pero tras las noticias que me ha dado este mediodía Maite, casi me había olvidado.

–¿Cómo está?

–Bien. Dice el médico que estemos tranquilas –la tía intenta confortarme– que necesita tiempo, pero que poco a poco irá reconociendo a la gente. Que tenemos que ayudarle entre todos. Tenemos que ayudarle a recordar quién es.

Que tenemos que recordarle quién es. Esa última frase me ha escocido. Me pregunto dónde estará mi madre. Porque en algún sitio tiene que estar, no puede haber desaparecido así, de repente. Quizá esté en la cocina del restaurante Izaguirre pelando patatas, con una novela romántica escondida bajo el delantal; quizá se encuentre ahora mismo recorriendo la carretera de la costa en coche, con mi padre; o quizá esté alzando con su mano la barbilla de una niña tímida

que no quiere mirar a la cámara. “¿Quieres hacer el favor de levantar esa cabeza, Nerea?”; O quizás esté en otro mundo, desconocido para mí, llamando a gritos a un tal Germán.

Algo pasa en la sección de política. De repente hay mucho movimiento. Llamadas, teletipos, faxes... Ha pasado algo grave. Oigo la palabra “coche-bomba” a un compañero que pasa por el pasillo y cierro los ojos instintivamente. Me tapo los oídos. No quiero oír más. No quiero saber dónde ha sido, ni contra quién, ni si hay víctimas. No quiero más peso en mi espalda, ni más imágenes en mi mente. Están Carlos, Fidel, mi madre... Y cuando parece que no hay sitio para más, entra ese coche-bomba, ese humo, ese fuego que imagino. A veces me gustaría escapar lejos de aquí.

Saldré antes de lo previsto de la redacción. La dirección restará páginas a la sección de sociedad para dárselas a la de política y poder dar así suficiente cobertura a la noticia de la explosión. Fotos del coche destrozado, una infografía del lugar de los hechos, declaraciones de políticos. Necesitarán espacio para las declaraciones de la clase política. Para recoger las mismas palabras de ayer, las mismas palabras huecas de siempre. Palabras vacías, ineficaces.

Finalmente, mi crónica de página se ha convertido en una columna y salgo antes de la redacción. El pez grande se ha comido al pequeño. La gran noticia se ha comido a las demás. Recojo a la tía en el hospital, y de camino a casa espero su pregunta. Espero que me pregunte por qué no le he dicho que mi madre ha hablado en sueños, llamando a un tal Germán.

–Tendremos que pensar dónde irá cuando salga del hospital –me dice, con un tono seco, cortante, inhabitual en ella.

Tenemos que pensar dónde vivirá mi madre cuando salga del hospital, es cierto. Estando como está no va a poder seguir viviendo sola. Mientras esté en el hospital no hay preocupación, sobre todo con Pili allí, noche y día. Nos es de gran ayuda, aunque no pare de hablar. La verdad es que cada día me da la sensación que su voz se va endulzando.

La tía no me pregunta nada, así que decido sacar yo el tema.

–Quería contarte lo de que *ama* ha hablado en sueños, pero se me pasó.

Asiente con la cabeza y no dice nada.

–¿Qué te ha contado Pili, tía?

–Lo mismo que te contó a ti, que habló en sueños.

–¿Te ha contado que gritaba un nombre?

–Sí.

–¿Y?

–¿Y qué?

–¿Te ha dicho que llamaba a un tal Germán?

–Sí.

–¿Y?

–¿Y qué? –me responde con rabia. Nunca antes me ha hablado así. Me ha parecido oír un hacha clavándose en un tronco. Ha cortado la conversación con un hacha bien afilada.

–Pues que me gustaría saber quién es ese Germán... –le digo, con suavidad.

–Bueno, es una historia muy larga, otro día te la cuento –me responde, sin levantar la mirada de la carretera.

–Tía... –le he rogado que hable, y me ha salido la misma voz que cuando de niña le pedía que por favor me enseñara lo que traía en la vieja maleta de cuero.

Me sorprende. La tía Dolores siempre está dispuesta a hablar y a contar historias, sobre todo si son historias del pasado. Son su especialidad, como el bonito con tomate lo era de Bittori en el restaurante Izaguirre. Sin embargo, no quiere contarme nada. Huye constantemente, como si tuviera miedo de hablar.

Pasamos unos minutos en silencio y, cuando ya no esperaba que saliera ni una palabra más de su boca, empieza a hablar.

Tiene la mirada perdida en la carretera y habla como si no estuviese en el coche, como si lo hiciera de un lugar muy lejano.

–Es como cuando pintas un viejo armario –se queda callada y yo no quiero decir nada para no interrumpirla, a la espera de ver por dónde sale–. Imagina que pintas un viejo armario. Por encima de la vieja capa de pintura blanca le das una capa de pintura marrón, por ejemplo. Pues, con el paso del tiempo olvidarás que en el fondo existe una capa blanca, te acostumbrarás al color marrón y creerás que el armario ha sido marrón siempre. Pero con los años, el armario sufre la humedad, los cambios de temperatura, los golpes, y la capa marrón se acaba descascarillando por algún lado, mostrando en el fondo su antigua piel blanca. Primero te sorprendes, pero luego te dices, es verdad, si este armario era blanco... A las personas nos pasa algo parecido. Con los años, nos vamos dando capas de distintas pinturas, una encima de otra, un acontecimiento encima de otro, y acabamos olvidando el color de la capa del fondo, o, por lo menos, creemos que lo hemos olvidado. Hasta que un día la vida nos da un golpe y, como el armario, la capa más superficial empieza a descascarillarse, se nos caen trozos de pintura seca al suelo y queda a la vista una capa de otro color, del color que un día tuvimos. Y entonces recordamos, igual que con el armario, que el fondo era blanco. Lo habíamos olvidado.

Sin duda, la tía aprendió mucho de la tía Bittori, a la que llamaban *La filósofa de la cocina*. Por un momento me ha parecido estar escuchando su voz. La tía me dice que a mi madre se le han quedado a la vista sus colores de origen y que por eso han aparecido ahora en su cabeza personajes y nombres de otra época, pertenecientes a aquella capa del fondo escondida durante muchos años y que creía olvidada. Como Germán. Baja la voz al citar a Germán, como si le entristeciera recordar viejas historias.

–¿Quién era? ¿Algún antiguo novio de *ama*? –me he atrevido a preguntar.

–Sí. No lo has sabido nunca, ¿no?

He negado con la cabeza y la tía ha empezado a resoplar. Repite una y otra vez que no lo puede creer, que no puede creer cómo después de tantos años ha aparecido otra vez el nombre de Germán. Que mi madre lo ha tenido guardado durante todos estos años en alguna vieja capa de pintura de su interior. Después de tantos años..., repite una y otra vez.

Me hubiese gustado preguntarle mil cosas más, pero llegamos a casa y mientras voy digiriendo la noticia, no tengo tiempo de reaccionar. En el ascensor intento imaginarme a mi madre con veinte años, riendo, cogida de la mano de un chico de su edad. No es mi padre. Y me siento mal, como si mi madre estuviera haciendo algo malo.

Encontramos a Lewis sentado en el borde de la cama de Maialen, contándole el cuento de Alicia. Alicia acaba de aparecer en un mundo maravilloso, extraño para ella, y está intentando aprender sus leyes. Ella no ha pedido estar allí, pero le ha tocado, y tendrá que acostumbrarse a ese nuevo mundo.

–Y Alicia se pregunta si algún día todo volverá a ser como antes. No entiende nada de lo que pasa en ese nuevo mundo –le cuenta Lewis a una atenta Maialen.

–Y ¿por qué no sale otra vez del agujero? –pregunta Maialen.

–Ya le gustaría, pero no sabe cómo hacerlo –le responde Lewis.

Acaricio el pelo de Maialen y le digo que ya es hora de dormir. Le doy un beso en la frente.

–¿Cuándo va a venir *amama*? –me pregunta por su abuela.

–Pronto. Para Navidad ya estará aquí. Vendrá junto con Olentzero, ya verás. Y prepárate, porque seguro que trae algún regalo para ti.

Vuelvo a besarle la frente y apago la luz. Al salir de la habitación, beso a su padre, quien durante la cena me cuenta todo lo que ha hecho nuestra hija durante el día. Tras cenar, y mientras Lewis se cepilla los dientes en el servicio, me siento sobre nuestra cama con la caja de las viejas fotografías en la mano. La he sacado del fondo del armario. Quiero hacer una selección de fotos para llevárselas a mi madre al hospital. Mirando las fotos en blanco y negro, me pregunto si mi madre guardará alguna junto a Germán. Si ha conservado alguna, seguro que la tiene bien guardada. Al dar la vuelta a la caja de fotografías, el polvo me hace estornudar.

–*Bless you* –me dice Lewis desde el servicio.

Me imagino su boca llena de espuma de pasta de dientes diciendo “*bless you*”. La boca llena de espuma, como el día en que lo conocí en aquel *pub* de Oxford.

–¡Así que eres tú la ladrona! –le dijo Dolores, sorprendida, a su hermana Luisa, al verle coger una de las flores del jarrón de cristal que estaba encima de la barra del restaurante Izaguirre.

Dolores no sabía entonces que Bittori se encontraba tan cerca, y que podía oír lo que decía. Si lo hubiese sabido, no habría hablado tan alto. Sin darse cuenta, había delatado a su hermana.

Bittori castigó a Luisa por robar flores de su jarrón. En un mes no podría salir a hacer recados como a ella le gustaba. Y para evitar que mientras estuviese en la cocina leyera aquellas novelas de amor baratas que solía esconder bajo el delantal, la castigó a escribir recetas que ella misma le dictaba. Tres cucharadas de azúcar, dos de harina... Bittori tuvo a Luisa escribiendo recetas sobre la mesa de la cocina durante un mes. Besugo en salsa, bonito con tomate... Mientras le dictaba las recetas, la miraba de reojo y se preguntaba qué iban a hacer con aquella joven que siempre estaba perdida en su mundo, como ausente. Bittori estaba convencida de que Luisa estaba contaminada por las novelas de amor que leía. Flan de huevo, intxaursaltsa, arroz con leche... Mientras escribía las recetas, a Luisa solo le preocupaba una cosa: que en aquella salida Germán no iba a encontrar las flores de la suerte que ella le enviaba tirándolas al mar. Con ese pensamiento atormentándole la cabeza y tras un mes sin apenas salir de la cocina del restaurante Izaguirre, Luisa adquirió el aspecto de una flor mustia y seca.

Qué fotografía enseñarle. Con cuál empezar. No sé. Hago un repaso mental de las fotografías que he elegido para enseñárselas a mi madre mientras llego a la habitación del hospital. Al entrar, la encuentro con los ojos muy abiertos y me asusta verla así. Esperaba encontrármela dormida. No hay nadie más en el cuarto. La cama de Pilar está vacía. Habrán ido a hacerle alguna prueba. Sin Pili y sin Pilar la habitación parece otra. Le falta algo. El sonido de la voz de Pili. Y sus palabras. Me pregunto dónde se habrán quedado las palabras con las que Pili ha inundado este espacio durante todos estos días. Quizá se hayan escapado por la ventana, o quizá no. Tal vez estén pegadas a las paredes, dispuestas a saltar de un momento a otro.

Me mira directamente a los ojos, aunque no sé si me ve. El silencio me incomoda.

–*Ama...*

Intento romper el silencio tenso llamando a mi madre, y repito la palabra:

–*Ama...*

Se me acelera el pulso. Aprovecho el momento de intimidad para sacar rápidamente las fotografías del bolso. Junto a la que aparezco de niña en la playa, sentada dentro de una muralla de arena, se encuentra la famosa fotografía de las chicas del restaurante Izaguirre. Seis mujeres miran a la cámara y sonríen, inmersas en un universo en blanco y negro. Acercó la fotografía a la mano de mi madre e, igual que los recién nacidos se agarran al dedo que les toca la mano, mi madre toma la fotografía en su mano, como por un acto reflejo, como por inercia. Igual que Maialen tomó mi mano al poco de nacer.

–Mira, *ama*, quiénes están aquí. Mira esa jovencita, mira quién es –le digo, señalándole su figura. Aprovecho que estamos solas en la habitación para hablarle más alto que otras veces, con más libertad.

Se queda mirando la fotografía. Y, mientras, yo la miro a ella. Me cuesta creer que la joven de la fotografía y la mujer que está tendida en la cama sean la misma persona. La de la fotografía es una hoja verde, la que está en la cama es una hoja seca que la fuerza de la corriente se lleva río abajo. Aunque, de repente, la hoja seca parece revivir al contacto con el agua. Mirando la fotografía, mi madre empieza a nombrar a las mujeres que allí aparecen, señalando cada una de ellas: Dolores, Luisa, Bittori... Los nombres me pellizcan la garganta y los ojos se me llenan de lágrimas. “Menos mal que estamos solas”, pienso, mientras intento secarme las lágrimas con la manga del jersey.

–*Ama* –le digo, con urgencia, esperando que al mirarme también diga mi nombre. Pero parece como si mi voz hubiese entrado violentamente en el mundo de mi madre. Se le cambia la cara en un momento. La sonrisa que había aparecido al ver la fotografía desaparece, y vuelve a quedarse sin expresión. Me mira, pero no a los ojos, sino a la frente y luego desvía su mirada a la pared blanca de enfrente. Se me vuelve a ir. Se me vuelve a escapar, como se escapa de entre los dedos el fino hilo que sujeta un globo de gas.

Me derrumbo. Apoyo mi frente en la almohada. La fotografía de la cocina del restaurante Izaguirre está sobre la sábana, caída de las manos de mi madre. La cojo y la meto en la agenda, al lado de otra en color. Es una fotografía de las primeras que se hacían en color, de esas tan artificiales que parecen coloreadas. Mi madre está planchando la ropa en la cocina de casa y a su

lado estamos Xabier y yo. No tendré más de ocho años. Mi madre tiene la mano alzada. Parece que ruega al fotógrafo, mi padre, que no saque la foto, por favor, que no la saque así planchando y sin prepararse, con la ropa de casa. Debe de ser una de las fotografías de prueba que hizo mi padre tras comprar la cámara en color.

Recuerdo que pasaba horas viendo planchar a mi madre, con mi barbilla sobre la vieja toalla que extendía sobre la mesa. Muchas veces, me ponía una hoja y lápices de colores sobre la parte de la mesa que quedaba libre y pasaba allí horas, dibujando al calor de la plancha y el olor a ropa limpia. *Damba, damba*, oía. Los golpes de la plancha sobre una camisa. Cojo aire con fuerza, para oler aquel aroma a limpio, aquel olor a familia. Y me veo dibujando lo que siempre dibujaba en cuanto me daban unos lápices y una hoja: unas montañas al fondo, un sol que sale de entre las montañas, dos nubes blancas en el cielo y, en medio, un caserío, con el tejado rojo, muy rojo. Tan rojo que dejaba el lápiz de ese color sin punta. Y, por un momento, me parece oír la voz de mi madre gritando a Xabier, que está en su habitación jugando con los indios y vaqueros de plástico. Le pide que no haga ruido, porque Xabier se lanza con ellos desde lo alto de la cama hasta el suelo. Suicidar vaqueros era su deporte favorito. Mi madre tiene la radio encendida, y mientras dibujo, escucho noticias, sorteos, la radio-novela... Mi madre toma un montón de ropa planchada entre sus manos y me pide que lo lleve a mi habitación. Y me veo recorriendo el frío pasillo, con las ropas recién planchadas en las manos, con la barbilla hundida en ellas, oliendo el aroma a limpio, el olor a familia.

Hasta que entra la enfermera no me doy cuenta de que tengo la barbilla hundida sobre las sábanas de la cama de mi madre. Me dice que tiene que hacer la limpieza y que salga, por favor, un momento. Recojo las fotografías extendidas sobre la sábana y, en el momento en el que intento levantarme, mi madre toma mi brazo con fuerza. Me asusto. Le digo a la enfermera que espere un minuto.

—¿Qué pasa, *ama*?

—¿Cuándo vamos? —me pregunta.

—¿Adónde?

Sé lo que va a responder.

—Al faro.

La enfermera me dice que no tiene todo el día y que tengo que salir al pasillo. Una vez fuera, con la espalda apoyada en la pared, me sujeto la frente con la mano. Me duele la cabeza. Tengo ganas de llorar, pero el frío blanco del hospital me lo impide. Es como si las lágrimas se me hubiesen congelado.

Pasan dos enfermeras empujando una silla de ruedas vacía. Una le dice a la otra algo de tres muertos, alzando los hombros. Tres muertos y una explosión. La otra mueve la cabeza en un gesto de desaprobación, de pena, y resopla con fuerza. Hablan del atentado de ayer. Tengo aún más ganas de llorar ahora.

—Puede entrar —oigo a mis espaldas. La enfermera ha terminado la limpieza.

Me gustaría entrar en la habitación diciendo “aquí estoy, *ama*”, pero me da miedo romper el silencio. Solo me atrevo a toser. Toso tres veces y parece que mi madre se da cuenta de que he vuelto.

—¿Ves el mar? —me pregunta, señalando la pared de enfrente.

–Sí, *ama* –le contesto.

Quizá debería pedir a las enfermeras una silla de ruedas. Estar tantas horas en esta habitación le produce alucinaciones. No le vendría mal salir de aquí. Pasar al menos la Navidad en casa para poder sentir el olor a familia, en lugar de este olor mezcla de puré y medicamentos.

Ayer por la noche sentí que a la casa le faltaba algo. No estaba Lewis y, acostumbrada a encontrarlo siempre allí al llegar, me pareció entrar en un hogar desconocido. Sentí su ausencia aunque ya sabía que no lo iba a encontrar en casa porque tenía cena con los del *euskaltegi*. Desde que vive aquí muy pocas veces ha salido por ahí sin mí. Alguna vez con Maite e Iñaki, cuando yo estaba embarazada, pero en muy pocas ocasiones. Lewis lo pasa bien en el *euskaltegi*. Ha hecho muchos amigos. Y amigas. La verdad es que tenía necesidad de relacionarse con más gente. Corría el riesgo de ahogarse, de quedarse mustio, siempre encerrado en casa. Y aunque soy consciente de ello, ayer me sentí mal al no encontrarlo en casa. Tuve esa sensación que se tiene cuando te acuestas y piensas que has dejado el grifo del lavabo abierto. No puedes dormir hasta que te levantas y compruebas que está cerrado. Lo mismo me ocurrió ayer con Lewis: hasta que llegó no me pude dormir. Y ayer llegó tarde, realmente tarde, y apestando a alcohol y a humo de tabaco. Se tropezó con la alfombra antes de meterse en la cama. Yo me hice la dormida.

Esta mañana lo he dejado dormido en la cama. De camino a la redacción, en el coche, pongo la radio, pero la apago en unos segundos, arrepentida de haberla encendido. Hablan de la explosión de ayer, de los fallecidos, de las investigaciones. Desde que Carlos desapareció no puedo escuchar estas noticias. Las siento en una parte de mi cuerpo muy profunda, como una herida abierta. Como si la onda expansiva me llegara hasta el estómago.

En la redacción, al primero que veo es a Fidel, leyendo el periódico en su despacho de cristal. Podría ir ahora a decirle lo enfadada que estoy porque publicara el otro día el reportaje con mi firma y su titular, contra mi voluntad, pero ya no tengo ganas. Se me ha vaciado la rabia. Mejor dejarlo pasar.

Ahora preparo un reportaje sobre la energía eólica, sobre los molinos de viento cada vez más numerosos en nuestros montes. Tengo que hacer unas cuantas llamadas a expertos y a algún ecologista, y al mediodía tengo que ir a una rueda de prensa. Fidel me ha dejado la convocatoria sobre mi mesa. Mi cabeza se revuelve pensando en todo lo que tengo que hacer. No me va a dar tiempo a hacer todas las llamadas antes de salir. Me pongo nerviosa, siento una especie de pitido en los oídos. Me mareo. Fijo la mirada en el paquete de tabaco que he dejado sobre la mesa. No tengo ganas de fumar. Realmente estoy mal si no tengo ganas de fumar.

Junto al paquete de tabaco hay un periódico del día. En la portada aparece un coche calcinado, y un número me salta a la cabeza: tres. Tres muertos. Recuerdo a las enfermeras diciendo “tres muertos” y alzando los hombros. No puedo evitar pensar qué le dirá esa cifra a la persona que ha puesto la bomba bajo el coche. Si tomará la cifra con frialdad, o le golpeará una y otra vez en la conciencia: tres, tres, tres, como un tambor. O al comprobar que ha causado tres muertos pensará en otros tres compañeros muertos, detenidos o golpeados, y esa imagen le impedirá que en su cerebro se active la piedad, el arrepentimiento. O quizá, aunque vea las imágenes de sus compañeros, puede que siga escuchando los golpes del tambor: tres, tres, tres.

Le doy la vuelta al periódico, como si poniendo la fotografía contra la mesa pudiera hacer desaparecer esa realidad. Porque lo que no se ve, no existe. Así me lo ha enseñado el periodismo durante todos estos años. En la contraportada aparece una familia sonriente, como si se tratara de

la otra cara de la moneda. Son de Murcia y muestran sonrientes el talón que han ganado en un concurso de televisión. Siento envidia. Y no por el dinero que han ganado, sino porque no tienen nada que ver con el coche calcinado que aparece en la portada. Yo tampoco tengo nada que ver, pero aun así, siento un gran peso sobre mi espalda. Yo tampoco quiero tener miedo de lo que los periódicos vayan a publicar al día siguiente, como la familia de Murcia. Vaya alivio nacer en Murcia. O en Oxford.

Necesito hablar con alguien. Llamo a Maite.

–¿Qué tal, guapa? –contesta con energía.

–Bien.

–¿Y tu madre?

–Bueno, ahí anda. Ha empezado a recordar algunas cosas, algunos nombres...

–Bien –dice Maite, y se queda callada, esperando que le explique la verdadera razón de mi llamada. Pero no me sale nada y Maite retoma la conversación.

–¿Y Lewis y Maialen? –me pregunta, por romper el silencio.

–Qué fuerte lo de ayer, ¿no? –le digo, sin hacer caso a su pregunta.

Necesito sacar el tema que me escuece por dentro. Y Maite lo comprende. Sabe que con la vuelta de Carlos aún me afectan más este tipo de noticias.

–¿La redacción estará a tope a cuenta del tema, no? –me pregunta.

–Ya puedes imaginarte.

Hablamos, como se habla ante algo inevitable. Como si lo ocurrido el día anterior fuese consecuencia de un fenómeno natural, una inundación, un terremoto. Como si fuera algo que siempre ha estado allí. Y así es, porque siempre ha estado en el decorado de nuestras vidas. Las personas de nuestra generación no conocemos otro escenario, no podemos imaginar una situación normalizada.

–¿Y tú cómo andas? ¿Necesitas ayuda? –Maite cambia rápidamente de tema.

–No, tranquila. Ya pasará –y al decirlo me tiembla la voz.

–Nere, ¿estás bien?

No. No estoy bien. Al igual que la bomba del coche, algo ha explotado en mi interior. El mundo se me viene encima, se me agrieta, y por las grietas sale agua, por aquí y por allá.

–¿Estás bien? –repite Maite.

No le puedo contestar. Siento que estoy en una zona de sombra, con una gran capa que me cubre. Todo se oscurece, como cuando las nubes tapan de repente el sol en un día soleado. Miro al ordenador y me parece ver en su pantalla una sucesión de imágenes: Maialen me llama desde su habitación y yo no llego, Lewis tropieza con la alfombra de la habitación y huele a bar, las manos de mi madre agarran una vieja fotografía, un coche arde, Carlos pasea por la ciudad...

–¿Sabes algo más sobre Carlos?

La pregunta me sale sin pensar. No quería preguntar por él.

–Poco, si quieres le pregunto a Iñaki a ver si...

–Deja a Iñaki en paz –le corto–. No le preguntes nada.

Sigo mareada. Me llevo la mano a la frente.

–¿Cuándo vas al hospital? –me pregunta Maite.

–No sé, cuando pueda, al mediodía seguramente.

–¿Quieres que quedemos allí?

–Si quieres comemos allí juntas, con mi tía Dolores.

Cuelgo y me veo desde lo alto de la redacción, como me vería un pájaro que entrara volando por la ventana. Veo a una mujer con los codos apoyados sobre la mesa y la cabeza posada en las manos. Tiene los ojos cerrados. Parece destrozada. Y me doy cuenta de que ando como mi padre, con el carné de conducir recién estrenado por la carretera de la costa. Paso una curva, y luego otra, y me digo “¡Otra que paso!”, mientras me caen gotas de sudor por la frente. Y como mi padre, les digo a los demás que estén tranquilos, que ya sé conducir. Pero la última curva se me presenta cuesta arriba y el coche casi no tiene ya fuerzas para subir. Tendré que pedir ayuda. Ahora sí. Creo que no me va a quedar más remedio.

Intentando llegar al flotador que bailaba entre las olas, a Germán todo se le oscureció.

–Vaya pelea que has tenido con el mar, chaval –le dijo el capitán, después de que Germán se despertara en un camarote del barco, sobre la cama.

Se incorporó sobre la cama, temblando de miedo aún, con los ojos bien abiertos.

–Tranquilo, chaval, tranquilo –el capitán intentó calmarlo mientras lo sujetaba–. Puedes estar tranquilo, que esta vez la pelea la has ganado tú. Has tenido suerte.

Al salir del camarote, el capitán informó al resto de la tripulación del estado del joven Germán. El pobre chico tenía aún el mar metido hasta los huesos, y en la cabeza. Los marineros, tras oír las explicaciones del capitán, siguieron con su faena, como si no hubiesen escuchado nada, como si escucharlo les trajera mala suerte, mientras miraban desconfiados al mar que los rodeaba, queriendo adivinar quién había ganado realmente la pelea entre el joven Germán y la marea.

Maite me ha oído muchas veces hablar de la tía Dolores, pero hasta hoy no la ha conocido en persona. Estamos las tres sentadas alrededor de una mesa de la cafetería del hospital, cada una con su bandeja de comida del *self-service* delante. Me he tranquilizado un poco en el camino al hospital, pero tengo los nervios destrozados. Siento una presión en el pecho, y algo golpea constantemente mi cerebro. No estoy bien, pero no quiero que la tía me vea con mala cara y hago un esfuerzo por sonreír. Aun así, cada vez que me miran Maite y la tía Dolores veo en sus caras reflejada la preocupación. Es como si con cada mirada me preguntaran: “¿Estás bien?”. A Maite la he dejado bastante asustada tras la conversación que hemos tenido por teléfono, y a la tía Dolores la noto también preocupada. Cuando le he preguntado por mi madre, no me ha contestado directamente. Creo que la ha visto hoy más baja que otros días y no me lo quiere decir. Pero las tres intentamos disimular nuestras preocupaciones, sonriendo. La tía Dolores empieza a contar historias de cuando yo era una niña.

–No me extraña que al final se hiciera periodista –le dice a Maite–. Siempre lo quería saber todo. Mira, cuando yo venía de Alemania tenía que registrarme la maleta, como si fuera a encontrar allí, qué sé yo, un tesoro. Yo creo que le hacía más ilusión ver la maleta que verme a mí.

–No será cierto... –dice Maite.

–¿Ya sabes cuál era el tesoro? El regalo que me traía –reacciono y nos reímos las tres.

–¿Estuvisteis juntas en Inglaterra, verdad? –pregunta la tía Dolores.

Asentimos con la cabeza, Maite con la boca llena y yo moviendo los guisantes de un lado al otro del plato con el tenedor. La tía nos cuenta que mi madre le habló muchas veces de que estaba con una amiga allí.

–Tu madre decía: “Menos mal que ha ido con una amiga, son tan tristes los inviernos de Inglaterra...”. Me contaba en las cartas que los inviernos de Inglaterra eran muy tristes, ¡como si ella hubiese estado alguna vez allí! Lo vería en alguna película o lo leería en alguna de esas novelas románticas que tanto le gustaban... Me hablaba mucho de ti en las cartas, Nerea. En aquella época la tenías preocupada, como preocupada la tenía por aquel entonces tu padre. Entonces supo lo de su enfermedad –se calla un instante, y tras un suspiro, sigue hablando–. Bueno, y con este menú, ¿quién quiere ir a donde el Arzak ese? ¿Es Arzak, no?

–Sí, tía, es Arzak. Un día de estos vamos –le digo.

–Sí, un día de estos. A ver si me invitas con los tesoros que has encontrado todos estos años en mis maletas.

Nos reímos las tres.

–Tía, antes he pensado que podíamos pedir permiso al médico para que *ama* pase la Navidad en casa. Por lo menos para la Nochebuena. Me gustaría que esa noche la pasáramos todos juntos como antes. ¿Crees que le darán permiso, aunque sea para una noche?

–Pues no sé, Nerea –me responde la tía chasqueando los dientes–. Quizá si es solo por un día... Habrá que preguntárselo al médico.

Me levanto de la mesa. Tengo que ir a trabajar. “Ya llego tarde”, les explico a la tía y a Maite. Pero nada más ponerme el abrigo, veo a Pili acercándose corriendo hacia nosotras. Llega con la respiración entrecortada y los ojos muy abiertos y nos dice que tenemos que subir a la habitación

cuanto antes, que mi madre ha empezado a hablar sin parar y que se ha puesto muy nerviosa, que la ve muy alterada, que tenemos que subir a calmarla. En el ascensor, Pili nos explica que mi madre habla y habla, pero que ella no entiende nada de lo que dice porque habla en vasco. En la puerta de la habitación, frenamos en seco.

–Tú primera –le digo a la tía Dolores.

–No, tú –me responde, y me empuja hacia el interior.

Entro en primer lugar, las tres mujeres tras de mí. Mi madre está sentada en la cama, con el cuello estirado. Los ojos parece que se le van a salir.

–*Ama* –le digo, mientras me acerco a ella.

Pero mi madre no me mira. Sus ojos están puestos en la tía Dolores, que se encuentra tras de mí. Se podría oír el vuelo de una mosca. El silencio es total en la habitación.

–Ven –le dice mi madre a su hermana, con un tono firme, totalmente desconocido para mí.

Al acercarse la tía Dolores, mi madre dirige su brazo hacia el cuello de ella, como si quisiera aproximar su rostro para decirle algo al oído.

–Vamos –le dice.

Y la tía Dolores, tras tragar saliva con esfuerzo, le responde.

–¿Adónde? –le pregunta tímidamente, casi sin fuerzas, como si no quisiera hacer la pregunta.

Y mi madre acerca más aún su boca al oído de la tía. Le susurra algo. No he oído lo que le ha dicho, pero sospecho que le ha dicho que quiere ir al faro, como me dijo a mí el otro día.

A la tía Dolores se le ha fruncido el ceño y los ojos se le han llenado de lágrimas. Traga saliva una y otra vez, mirando a su hermana, que la engancha por el cuello de la camisa, hasta que finalmente la tía Dolores tira el cuerpo hacia atrás para soltarse y sale corriendo al pasillo.

Nunca hasta hoy he visto a la tía Dolores fuera de control. Las palabras de mi madre le han sentado como una bofetada, como el golpe de un fantasma del pasado.

Tomo la mano de mi madre. Noto su pulso acelerado. Le pido a Maite que llame al médico, que le diga que mi madre ha tenido algo parecido a una crisis nerviosa, un ataque de ansiedad. Se va calmando poco a poco.

Maite llega con el médico, que nos pide que lo dejemos a solas con mi madre y cierra la cortina que separa las dos camas. En el pasillo, encuentro a mi tía tomando aire con fuerza, con la espalda apoyada en la pared.

–Tía, ¿estás bien?

–Sí, tranquila. Puedes ir a trabajar, ya me quedo yo para ver qué dice el médico.

No me mira a los ojos. No encuentro el brillo de los ojos de la tía Dolores por ninguna parte.

–Me llamas con lo que diga el médico.

–Sí.

–Pero, ¿estás bien?

–Que sí. Tengo que ir al servicio.

Mi tía desaparece por el pasillo, y Maite y yo vamos camino al aparcamiento, donde hemos dejado nuestros coches. Siento un nudo en la garganta. Estoy deseando llegar al coche para poder llorar allí a gusto, a solas.

–Mi coche está allí –le digo a Maite. Pero tras la última palabra que pronuncio, el nudo de mi garganta sale a flote y no puedo parar de llorar. Se ha abierto la compuerta del pantano. Maite me coge por los hombros.

–Tranquila, Nere.

–Lo siento, Maite, es que...

–Tranquila, llora tranquila.

–Es que no puedo más. Ya no sé ni con quién hablar, con quién desahogarme –siento una tamborrada en mi interior.

–Aquí me tienes, Nere.

–Menos mal que estás tú. A Lewis le cuento que estoy agobiada y sí, lo entiende, pero no sé si se da cuenta de hasta qué punto estoy agobiada. El otro día le conté que me había enfadado mucho con Fidel en el trabajo, que me ahogo porque no encuentro tiempo para llegar a todo, que la situación de mi madre me está destrozando por dentro... Y él me dijo que sí, que lo entendía, pero, haciendo gala de su sutileza inglesa, me dijo que yo por lo menos tengo la oportunidad de salir de casa y tomar aire, pero que él se pasa el día encerrado en casa, sin relacionarse apenas con nadie y que eso es también muy duro. No me lo dijo con estas palabras, claro, pero era lo que me quiso decir. Y al final acabé consolándolo. ¿Me entiendes, Maite? ¿Y quién me va a consolar a mí? ¿Quién?

–Tranquila.

–Veo últimamente a Lewis deseando salir de casa. Está ilusionado porque ha hecho amigos en el *euskaltegi* y yo lo entiendo pero... El otro día tuvo cena y llegó tardísimo, y borracho. No sé, lo noto distinto...

–¿No estarás celosa? Oye, que lo trajiste tú de Oxford, pero que los demás también pueden conocerlo...

–No es eso, Maite. Es la suma de todo. No puedo más, esa es la verdad. Voy sin ganas a trabajar, estoy cansada antes de empezar. Y paso en la redacción todo el día, y las horas que me quedan estoy en el hospital. Casi no veo a mi hija en todo el día. Sé de memoria cómo duerme. No sé, Maite, desde que *ama* está en el hospital me siento perdida. Antes también andaba a tope, pero ahora es diferente, siento que algo ha hecho crac en mi interior y estoy más sensible y vulnerable que nunca. Y lo peor es que la persona que me daba fuerzas para seguir, la tía Dolores, ha explotado también. Y solo me faltaba eso. Le estoy dando vueltas a todo, Maite, y a veces pienso que lo he hecho todo mal. Todo, desde el principio.

–¿Todo mal? Me dirás que dar vida a Maialen es hacer todo mal. Ya nos gustaría a Iñaki y a mí tener la suerte que tú y Lewis habéis tenido. ¿No te das cuenta de todo lo que tienes, Nere?

Me suena el móvil.

–Sí, sí, soy yo –me seco las lágrimas con la manga del abrigo. Mi tono de voz se transforma. Me llama un especialista en energía eólica al que había dejado un mensaje. Mientras sujeto el teléfono con una mano, registro con la otra el interior del bolso, en busca de la libreta y el bolígrafo—. Sí, le llamaré en una hora. Serán cuatro o cinco preguntas. Sí, esperamos publicarlo la semana que viene. Le mandaré un fotógrafo. ¿Cuál es la dirección?

Apoyo la libreta en el capó del coche y apunto la dirección. Mientras tanto, tengo una pierna levantada para que el bolso no se caiga al suelo. No puedo mover un solo músculo si no quiero que se vayan al suelo la libreta, el teléfono, el bolso... Maite me mira como a un bicho raro. Debo parecer un malabarista chino haciendo esfuerzos para que no se le caiga ningún plato al suelo. Maite me mira con la boca abierta. Parece que dice: “vaya equilibrio, vaya equilibrio”.

Luisa no reconoció la mirada de Germán. Después de tres semanas de espera, el joven pálido y cabizbajo que salió del barco Urkiolamendi le pareció un desconocido. Cuando pisó tierra, le dijo “Luisa”, con voz temblorosa, y Luisa pudo ver el miedo en sus ojos. Los compañeros ayudaron a Germán a salir del barco, asiéndolo de los brazos hasta pisar puerto, como si estuviera enfermo. Y a Luisa no le costó mucho tiempo darse cuenta de que así era, que Germán estaba enfermo. Su cabeza estaba llena de olas gigantes que lo mareaban y lo hacían temblar.

Luisa sintió la bofetada de una gran ola en la mejilla y, al instante, sintió el peso de la culpa. Quiso explicarle a Germán que intentó lanzarle al mar las flores que le iban a dar suerte en aquella salida, pero que no pudo, que estaba castigada y no había podido salir. Pero no le dijo nada. Vista aquella mirada perdida de Germán, comprendió que no iba a entender nada, y escapó corriendo hacia casa, llorando, con la esperanza de encontrar consuelo en una novela que tenía escondida bajo las sábanas de su cama.

Hojas blancas, fotocopias, páginas sueltas de periódico. Por las tardes los papeles toman vida propia en la redacción y caen de arriba abajo, como copos de nieve. Pueden quedarse sobre un cenicero lleno de colillas, sobre un vaso de plástico con restos de café, o sobre una foto de archivo de algún político, que alguien dejó olvidada encima de una mesa.

Llegan a mis oídos sonidos de teléfonos, faxes, trozos de conversaciones. El vaso de plástico que hay sobre mi mesa tiene restos de café reseco. Me he tomado un café para disimular el vacío de mi estómago, invadido por el humo de tabaco. La máquina no me ha devuelto los cambios. Hoy tampoco. Alguien debería llamar al técnico, pero como todos andamos de trabajo hasta el cuello, nadie lo hace. Dos tragos al café y ya me han entrado ganas de fumar otro cigarro. A veces tomo café, solo para tener más ganas de fumar, aunque luego el ardor es insoportable.

Mi compañero Santi me habla sin levantar la mirada del ordenador:

–En tu página va una publicidad de tres por dos.

–¿Me tengo que comer la publi yo otra vez? –le pregunto, sin soltar el cigarro de la boca, como lo haría un jubilado que juega al mus en el club social.

–Palabra de Fidel... –me dice, uniendo las palmas de las manos y mirando al cielo, como si estuviera rezando.

–Y ¿qué tengo que decir yo ahora? ¿Amén? –le contesto, mientras dejo el cigarro en el cenicero que tengo al lado del teclado. Colocado allí, parece la chimenea de una fábrica.

Las decisiones de Fidel me sacan de quicio. Tendré que recortar el reportaje de las eólicas para poder ajustar la publicidad. Siempre me toca la publicidad de última hora, y he pensado en quejarme muchas veces, pero no quiero acercarme a Fidel y tener que soportar ese olor a *after-shave* tan repugnante. Ya me da igual cómo salga la información. Lo que quiero es terminar cuanto antes para poder salir y volver a mi casa. Nada más. Terminar y escapar de aquí. Y hubo un día en que me gustaba mi oficio. El cigarro se ha consumido en el cenicero mientras tecleo. Lo apago aplastándolo con los dedos.

Últimamente ando corriendo de un lado al otro, siempre con prisa, como el conejo del cuento de Alicia, siempre pendiente y bajo la dictadura de las agujas de reloj. Y creo que ha llegado el momento en que he empezado a caer al vacío, como cayó Alicia. En mi camino hacia un mundo desconocido, veo imágenes, unas sobre otras: *ama* llama a Germán desde la cama del hospital, Carlos llega a una estación de autobús con una bolsa gigante, Lewis tontea con una compañera del *euskaltegi*, Maialen me llama desde la cama, la tía Dolores llora desconsoladamente... Siento como si me hubiesen lanzado a un mundo nuevo, como le ocurrió a Alicia, y busco la manera de salir de él, pero yo no encuentro, como Alicia, más de una puerta por la que salir. No tengo oportunidad de elegir entre puertas distintas, entre distintos caminos. Solo hay un camino. Una flecha que me obliga a seguir adelante.

–Nerea, ¿estás sorda o qué? El teléfono... –Santi me despierta. Sigue sin levantar la vista de la pantalla.

Es Maite. Me dice que le ha impresionado ver a mi tía así. A mí también me ha impresionado, aunque no me extraña que le hayan traicionado los nervios. Desde que llegó de Frankfurt no ha parado. Se pasa el día en el hospital y al llegar a casa sigue trabajando. Por un momento pienso

cómo me las arreglaría sin ella, pero he borrado esa idea de mi mente cuanto antes, agitando la cabeza de un lado al otro, como si quisiera quitarme de encima una mosca posada en mi cara.

–Iñaki ha estado con Carlos este mediodía.

Maite ha recuperado su capacidad de hablar directamente, sin rodeos.

–¿Dónde?

Se me calienta el estómago, como si hubiera tomado un vaso de vino de un trago.

–En el Casco Viejo. Me ha dicho que está bastante bien, aunque un poco envejecido, eso sí.

Me hierve el estómago. Soy incapaz de articular palabra. Me tiembla el labio inferior.

–Bueno, resulta que le ha preguntado por ti. A ver si nos seguimos viendo, a ver cómo andas...

Preguntas.

Me siento atacada. Como si un encapuchado me hubiese abordado en la calle con una navaja en la mano. Imagino un fantasma pronunciando mi nombre, preguntando por mí. ¿Y qué sabes de Nerea? Siento que un fantasma me persigue. Me ahogo. Quiero tragar saliva, pero se me ha secado la boca.

–Le ha explicado que de momento puede estar aquí, de momento por lo menos, aunque no puede estar tranquilo al cien por cien, que su futuro depende de la situación política. Y han hablado de la situación, pero sin entrar en profundidades. Han quedado para mañana. Dice que tiene que contarle muchas cosas.

–¿Qué le ha contado de mí?

–¿Quién? ¿Iñaki?

–Sí, claro.

–Pues no lo sé, no se lo he preguntado.

–¿No le habrá dicho dónde vivo ni le habrá dado mi teléfono, no?

–No sé, Nere. Ya me enteraré, pero no creo.

Le ruego que, por favor, no le cuenten a Carlos nada de mi vida, que no quiero saber nada de él, y con la excusa de que tengo mucho trabajo, le cuelgo el teléfono. No quiero oír nada más.

No sé qué demonios busca ahora en este mundo que ya no es el suyo. No es suyo porque un día lo abandonó sin avisar. No tiene derecho a preguntar ahora por mí, después de tantos años sin saber de él. Yo no existo. Yo ya no existo. No quiero verlo. No quiero ver cómo ha envejecido. No quiero saber cómo le han ido las cosas estos años. No quiero ver resucitar a Lázaro. Quédate en la tumba, Lázaro, quédate.

Vuelve a sonar el teléfono. El aparato sigue aún caliente. Es Xabier, está en el hospital con la tía Dolores. Me cuenta que han hablado con el médico y que ha intentado tranquilizarlos diciéndoles que la crisis que ha tenido nuestra madre entra dentro de la normalidad teniendo en cuenta su situación, pero que, a pesar de ello, no le ha gustado nada la cara de preocupación del médico.

–La tía le ha preguntado si podría pasar la Navidad en casa y le ha respondido rotundamente que no –me cuenta mi hermano–. Ha dicho que puede ser peligroso llevarla de un sitio a otro, que su situación es muy delicada y que lo mejor es que no se mueva del hospital bajo ninguna circunstancia.

Mi hermano parece preocupado. He notado una voz temblorosa desconocida hasta el momento.

–¿Sabes lo que le pasa a la tía? –me pregunta.

Llevo mi mano a la frente. Arde. Le digo que no sé nada, pero que es normal que esté rara, que la situación es muy tensa y que su relación con nuestra madre es muy especial, que siempre han

sido como uña y carne.

Me doy cuenta de que en la última semana solo hemos hablado por teléfono, que Xabier y yo no nos hemos visto, no hemos coincidido en el hospital.

–A ver cuándo nos vemos, ¿eh, *brother*? –le digo antes de colgar.

Hacía mucho tiempo que no lo llamaba *brother*. Cuando empecé a aprender inglés me dio por llamarlo así, cuando éramos unos chavales. Hacía tiempo que no lo llamaba así. La verdad es que en los últimos años tampoco hemos hablado mucho, ni nos vemos, siempre con la excusa de nuestros trabajos. Al volver a llamarlo *brother* me ha parecido recuperar algo perdido. Como si un soplo de aire fresco hubiera entrado de repente en una habitación llena de aire cargado.

Cuelgo el teléfono y cierro los ojos. Recuerdo un dibujo del cuento que Lewis lee a Maialen todas las noches. Alicia se asoma a una puerta muy pequeña y ve al otro lado un jardín lleno de flores.

–¿De cuánto era la publi? ¿Dos por tres o tres por dos? –le pregunto a Santi, y comienzo a cortar el texto del reportaje, sin saber dónde meter tijera.

Tendría que decirle a Fidel que estoy harta de que me encajen siempre a mí la publicidad de última hora, pero no le voy a decir nada. No quiero que el olor a *after-shave* contamine el jardín del cuento de Alicia que tengo ahora en mi mente.

Enciendo un cigarro y lo dejo en el cenicero. La chimenea ha empezado a echar humo de nuevo.

Entro en casa y me invade el olor a sopa. No es sopa de sobre, como la que hace Lewis. Es sopa hecha con el caldo natural que cocina la tía Dolores según la receta del restaurante Izaguirre. Igual que el que hacía mi madre. Huele como cuando de niña regresaba de clase. Entraba en casa, dejaba los libros en mi habitación, y me encontraba después a mi madre en la cocina, bajo el fluorescente blanco, secándose las manos con un trapo, esperando a que mi padre regresara del trabajo. Me cogía la barbilla con la mano y me preguntaba qué tal en clase, y yo aspiraba el olor de sus manos. Olían a ajo. La casa huele hoy como entonces. Tomo aire con fuerza antes de cerrar la puerta.

Entro en casa con ganas de saber más, con curiosidad, como en mis primeros años como periodista. Después de lo que ha pasado en el hospital y de cómo se ha puesto la tía, necesito saber más sobre el pasado de mi madre. Tengo que saber por qué la tía Dolores se ha puesto así, sin poder contener el llanto cuando mi madre le ha dicho que quiere ir al faro. Tiene que explicarme qué es eso del faro.

La puerta de la habitación de Maialen está cerrada. Estará ya dormida. Lewis está en el estudio, leyendo unos folios iluminados bajo el flexo, con las gafas en la punta de la nariz. Al verme junto a la puerta alza la mano, como pidiéndome que espere un segundo, hasta que termine de leer la última línea. Alzo el brazo y dibujo un círculo en el aire, para decirle que hablamos luego.

En la cocina me encuentro a la tía Dolores, de pie, frente a una cazuela. Se seca las manos en el delantal, como hacía mi madre, pero no me pregunta qué tal en la escuela, como ella. Sin mirarme a los ojos me pregunta qué tal en el trabajo. Está avergonzada por lo que ha ocurrido en el hospital. Ha sido la primera vez que la he visto llorar.

—¿Qué tal estás? —le pregunto, preocupada porque parece otra mujer. Le faltan las chispas doradas de Campanilla.

—Bien. Te he preparado un poco de sopa. Te vendrá bien para entrar en calor.

—Sí, gracias, pero ¿seguro que estás bien?

—Sí, seguro.

—¿Y *ama*?

—Hoy ha hablado mucho. Ha dicho muchas cosas sin sentido, algunas con un poco de sentido... No sé, a veces parece que vuelve a la realidad, pero de repente la cabeza le sale otra vez volando y empieza a repetir como un loro todo lo que oye.

Mientras me cuenta cómo está mi madre, no para. Pone los platos sobre la mesa, da vueltas a la sopa de la cazuela, llena la jarra de agua. Y sigue sin mirarme a los ojos. Me pregunto si lo que mi madre dice del faro está entre las cosas sin sentido de las que me habla mi tía. O si, por el contrario, tiene algún sentido, algo que ver con la realidad. Por la manera como ha reaccionado la tía Dolores, apostararía a que algún sentido tiene, algo de verdad.

—Ya me ha contado Xabier que el médico no le da permiso para que pase la Navidad en casa.

—Sí, nos ha dicho que es mejor que esté siempre en un lugar donde haya un médico cerca, por

si acaso.

Aparece Lewis. Me da un beso y se dirige al grifo a llenar un vaso de agua. Saca del armario una aspirina efervescente. Coge un plátano y se vuelve a ir al estudio. Ha comentado algo sobre un plazo que se acaba para entregar una traducción. Le he oído decir la palabra *deadline* y ha desaparecido. No le he entendido muy bien, no porque me lo haya dicho en inglés, sino porque estaba pensando en otra cosa, en que a mi marido no se le ha pasado aún la resaca de la cena con los del *euskaltegi*.

Ha sido probar la sopa de la tía Dolores y viajar en el tiempo. Me veo de niña, en la cocina, cenando. Mi madre nos sirve la sopa y el humo que sale de los platos me impide ver el rostro de mi padre, que está sentado frente a mí.

–Tía, ¿por qué *ama* dice que quiere ir al faro? A mí también me lo dijo. ¿Tiene algún sentido?

La tía Dolores limpia la cazuela en la fregadera. Veo su espalda. Ha oído la pregunta pero no se vuelve.

–Son cosas de juventud. Cosas que se le han quedado en algún rincón de la memoria. No es nada.

Está claro que no quiere seguir con la conversación. Se hace el silencio. Oigo caer el agua sobre la cazuela y la tos de la tía Dolores, que sigue de espaldas. Creo que a la tía Dolores también se le ha caído alguna capa de pintura, como al armario del que me habló para explicar la situación de mi madre. Se le caído alguna capa, pero no está dispuesta aún a mostrar el color del fondo. Vuelvo a la carga con más preguntas, como esos periodistas que insisten hasta conseguir la respuesta esperada.

–Tía, pero ¿por qué te has puesto así en el hospital? Si lo del faro no significara nada, no te habrías puesto de esa manera.

Se seca las manos con un trapo y se sienta frente a mí, lanzando el trapo a la mesa con fuerza, como queriendo mostrar que se rinde. Suspira y, sin levantar la mirada de la mesa, comienza a hablar. Sigue sin mirarme a los ojos.

–No te puedes imaginar cuánto le gustaba ir al faro y quedarse allí, mirando al mar. No te lo puedes imaginar. Con la excusa de hacer recados para el restaurante, cogía la vieja bicicleta que teníamos en el almacén y se escapaba al faro. Alguna vez fuimos juntas. Se quedaba mirando al mar de frente, de una forma en que no era capaz de mirar a las personas, y cogía el aire con fuerza. Parecía que le decía al mar: aquí estoy. Aquí estoy, preparada para enfrentarme hasta a la ola más potente. Y me decía que hiciera lo mismo, que cerrara los ojos, que cogiera aire con fuerza. Y me preguntaba entonces si no olía el salitre, si no sentía bajo mis pies los golpes de las olas contra las rocas, si no escuchaba correr el agua entre las rocas después de romper la ola... –ha vuelto a coger aire y por un momento se ha quedado callada, como si dudara entre seguir o no–. Imagínate si le gustaba, que una vez la tía Bittori la castigó un mes entero sin salir y sin acercarse al mar y parecía una flor mustia, como si le faltara aire. Tras un mes sin ir al faro, volvió luego, pero de repente un día dejó de ir, de la noche a la mañana. Le pregunté muchas veces por qué no volvía, y me respondía que estaba enfadada con el mar, que el mar le había robado a Germán. Se lo oí decir en más de una ocasión. Germán, que hasta entonces faenaba en un barco pesquero, también dejó de salir a la mar de la noche a la mañana, justo en esa época. De repente, como si él también se hubiera enfadado con el mar. Fue la época en la que, según contaban en el pueblo, tuvo un susto en alta mar. No sé realmente lo que pasó entre ellos en esa época, pero recuerdo que tu madre no quería volver a verlo. Oí muchas noches llorar en silencio a Luisa, en la cama de al lado, e incluso alguna vez llegó a nombrar a Germán en sueños, pero no como se nombra a un amante, sino enfadada, con rabia.

No muevo un pelo mientras habla la tía. Quiero evitar cualquier movimiento, mirada o palabra que pueda frenar la historia que me cuenta la tía. Casi ni respiro.

–Fue una mala época para Luisa y, la verdad, no sé si hice lo suficiente para ayudarla, justo entonces empecé a salir con tu tío Sebastián y no tenía demasiado tiempo para mi hermana... Y después de tanto tiempo... Casi no recuerda su propio nombre, y tiene que acordarse justamente de eso... No lo entiendo.

Aunque le ha costado arrancar, una vez que ha comenzado a hablar la tía Dolores no para. Me muero de sueño, pero mantengo los ojos bien abiertos. Y el tiempo vuela. Cuando Lewis aparece de nuevo en la cocina, el reloj de la pared marca ya las doce de la noche. La tía no ha dejado de hablar en las últimas dos horas, en las que he podido vislumbrar una parte desconocida de la vida de mi madre. Como una botella de champán, que no hay quien pare las burbujas una vez que se ha descorchado, la tía ha desbordado la cocina y mi mente de viejas historias.

Germán le dijo que no volvería a la mar en la siguiente faena. Que necesitaba un descanso. Y Luisa lo comprendió. Pero en la siguiente ocasión, volvió a poner otra excusa para no tener que embarcar en el Urkiolamendi, y en la siguiente otra. A la cuarta dijo que sí, que volvería a la mar. Así se lo dijo a Luisa y también al capitán del Urkiolamendi, pero por la mañana no apareció en el puerto. Los que fueron a buscarlo a casa lo encontraron tumbado en la cama, vestido de calle, apestando a alcohol.

No volvió a faenar en las siguientes salidas del pesquero. Se quedó en tierra sin querer reconocer el miedo que había cogido a la mar. Mientras Luisa seguía trabajando en el restaurante, Germán dedicaba el día a deambular de un sitio a otro, de taberna en taberna.

Un día en que los dos fueron paseando hasta el faro Luisa le dijo que no podía seguir así. Que tenía que hacer algo. Los ojos de Germán, entonces, se encendieron como dos llamas, como se enciende la mar de repente y pasa de estar en calma a generar un gran oleaje, y le gritó que lo dejara en paz. Luisa sintió el olor a alcohol de aquellas palabras que salieron de la boca de un Germán desconocido. Intentó tranquilizarlo, pero fue para peor. Germán se quitó de encima las manos de Luisa con violencia, y para cuando alzó su brazo a la altura de la cara de Luisa, esta supo que la mar le había robado a su Germán. Que aquel no era Germán, que el verdadero Germán se había quedado entre las olas de alta mar. El dueño de la mano que golpeó su mejilla no podía ser el mismo que aquel joven que conoció un domingo, en el baile, aquel que rodeaba su cintura con delicadeza. No podía ser el mismo a pesar de tener ambos las palmas de las manos igualmente ajadas por la mar.

En la época en que Carlos desapareció yo pasaba horas encerrada en mi habitación, tumbada en la cama, con la almohada sobre mi cabeza, o mirando por la ventana sin ver nada. Mi madre me rogaba que abriera la puerta, que abriera por favor. Y yo que no, que me dejara en paz. Nadie podía imaginar el dolor que sentía. Era lo que yo creía. Y menos que nadie, mi madre. Casi veinte años más tarde me doy cuenta de que mi madre sí sabía lo que era el dolor que produce la pérdida de un amor. Entonces le cerré la puerta y ahora haría lo que fuera para abrirla.

Miro una vieja foto y me duele, me escuece. Algo agrio llena mi boca, como si mordiera un limón. Es una fotografía tomada por mi padre en el aeropuerto el día en que yo partía para Oxford junto con Maite. Aparecemos mi madre y yo. Mi madre sonríe, pero tiene el ceño fruncido y sus ojos no corresponden a la sonrisa de la boca. Hasta hoy no me he dado cuenta de que en esa foto mi madre está disimulando el dolor y la preocupación por mi marcha. Hasta hoy no he mirado con atención la cara de mi madre. Ni en esa foto, ni en la realidad.

La tía Dolores me cuenta que mi madre le confesaba en las cartas que me echaba mucho de menos cuando estaba en Oxford. Dice la tía que mi madre estaba preocupada por mí, que le preocupaba mucho lo que me había ocurrido con Carlos.

Y ahora, mirando la foto, veo en los ojos de mi madre la preocupación de la que habla la tía Dolores. Sonríe con los labios, pero su mirada es triste. Para entonces ya sabía lo de la enfermedad de mi padre, pero no me dijo nada. No quería preocuparme mientras estuviera fuera de casa. Eso también se lo tuvo que tragar ella sola durante mucho tiempo. Eso también nos lo ocultó hasta que pudo, como hace ahora con la palabra *Ospitalea* estampada en la sábana de su cama.

Miro la fotografía y me arrepiento de no haber escrito más a mi madre desde Oxford, de no haberle llamado más, de no haberme acordado de ella ni de mi padre. Veo de nuevo a mi madre planchando en la cocina. *Damba-damba*. Pero no hay ninguna niña a su lado dibujando montañas y caseríos en un papel. No se oyen los saltos de mi hermano suicidando a los vaqueros. Solo se oye la radio. Su sonido rebota en las paredes de la cocina. Y un suspiro profundo de mi madre, mientras alisa con la plancha el cuello de una camisa de mi padre.

Quisiera volver a esa época, llamar a mi madre desde Oxford, decirle que estoy bien y que los echo mucho de menos. Preguntarle cómo está. Pero no existen máquinas del tiempo. Tengo que decirle ahora todo lo que no le he dicho. Quiero preguntarle cómo está, y decirle que quiero estar con ella, pero siento que se me ha pasado la vez, que he llegado tarde. Porque lo que no se dice a tiempo no se llega a decir después, porque los abrazos que no se dan en vida, es imposible darlos después.

Pero mi madre sigue viva y tengo la esperanza de tener una oportunidad todavía, de poder ofrecerle algo, de que mi madre sienta que le estoy ofreciendo algo.

“Venga, saca la foto ya, que voy a perder el avión”. Son las palabras que dije a mi padre, mientras mi madre me agarraba de la cintura para posar juntas. Siempre corriendo, es como he pasado la mitad de mi vida. Tengo la sensación de que no he vivido cada instante como se merece, que solo los vivo intensamente cuando los veo en una fotografía, muchos años más tarde. Tengo miedo de darme cuenta de todos los momentos de mi vida que he perdido así. Por eso temo mirar

algunas fotos.

Oigo el aviso del altavoz del aeropuerto. Tengo que embarcar, pero antes mi madre debe soltar su mano de mi cintura y yo me impaciento. Me gustaría volver a ese momento y quedarme atada a mi madre. Que salgan todos los aviones que quieran, que le den la vuelta al mundo si quieren, mientras yo percibo la mano de mi madre en mi cintura. Siento que aquel día perdí un avión. Y no era precisamente el de British Airways.

Desde niña he sabido que en la maleta de la tía Dolores tenía que haber un tesoro. Y creo que he empezado a descubrirlo, muchos años después. Es el tesoro del pasado que ella recuerda.

Cuando vuelvo a casa del trabajo me encuentro a Lewis y a la tía Dolores en la cocina. Acaban de cenar. Huele a peladura de naranja. Maialen duerme en la habitación. Lewis me cuenta que Maialen tenía unas décimas de fiebre al acostarse, que me ha estado esperando porque quería enseñarme un dibujo que ha hecho para mí. Me entrega el dibujo de mi hija y al ver que ha dibujado una casa delante de unas montañas, me he acordado de mi madre planchando y de la niña que dibujaba a su lado. *Damba-damba*, me parece oír la plancha y me llega el olor a ropa limpia.

–Es para ti –me dice Lewis, entregándome el dibujo.

Y así es. Es para mí. Bajo la casa, Maialen ha escrito AMA, en mayúsculas. AMA. Porque *ama* es una palabra que se tiene que escribir en mayúsculas.

Pienso en qué habrá pasado por la cabeza de Maialen al escribir la palabra *ama*. Qué madre es la que tiene en su cabeza. Una madre que aparece de vez en cuando, que no está en casa cuando se acuesta. Cuando yo era una niña decir “casa” o decir “*ama*” era prácticamente lo mismo. No se entendía una cosa sin la otra. La casa era el reino de mi madre, el lugar en el que encontrar su protección. Pero Maialen ahora no identifica la casa conmigo. Me pregunto con qué me identificará.

Lewis me da un beso y se va a la habitación. Dice que me espera allí, que está cansado porque hoy se ha despertado muy temprano para terminar a tiempo un trabajo. Si la tía no estuviese aquí le pediría que me diera otro beso. Le pediría otro beso para poder llenar el vacío que siento dentro. Suena a hueco en mi interior. Últimamente cada conversación que tenemos suena a hueco, como si toda aquella pasión que le hizo a Lewis venirse a vivir conmigo se hubiese vaciado por dentro. Como si yo tampoco encontrara nada nuevo que ofrecerle.

Miro a la tía y no la reconozco. Desde que ha salido a flote la antigua historia de mi madre no levanta cabeza. Creo que se siente culpable por no haber ayudado a su hermana en aquella época en la que tanto sufrió. Se siente culpable como yo. Yo también siento el peso de la culpa sobre mis espaldas por no haberle dicho a mi madre a tiempo muchas cosas, por no haberme dado cuenta antes de lo que le estaba pasando. Cada una de nosotras lleva una piedra sobre la espalda, y el peso de esa piedra es el que nos hace levantarnos por la mañana antes que nadie para ir al hospital, y ese peso es el que nos hace llorar cuando vemos a mi madre en la cama, entre sábanas blancas, con la mirada perdida.

Miro a la tía y no veo a la Campanilla del cuento. Sus ojos no brillan, son otros. Me dice que anoche no pudo dormir, mientras se prepara una taza de tila. Se me ha hecho raro oír a la tía quejarse. Creo que estoy a punto de ver el color del fondo de su armario.

–No puedes olvidar lo que te dijo ayer *ama*, ¿verdad? –le pregunto.

–Sí, no puedo quitármelo de la cabeza.

–Tranquila, tía, lo olvidarás poco a poco.

–No, no voy a poder olvidarlo. Las palabras de Luisa me han traído tantos recuerdos... Ahora

que lo veo todo desde la distancia, me doy cuenta de cuánto sufrió tu madre en aquella época... Y de lo poco que la ayudé.

–Pero ya no puedes hacer nada. El pasado, pasado está.

–El pasado, sí; pero el presente, no. Y lo que para nosotras es pasado, se ha convertido en presente para tu madre. ¿Te das cuenta? Es como si nos diera una segunda oportunidad.

–¿Una segunda oportunidad? ¿Para qué?

–Ya sé que me vas a decir que es una locura, y que pensarás que he perdido la cabeza. He pasado el día dándole vueltas y es posible, Nerea, es posible. Pero necesito tu ayuda. Quiero ofrecerle a tu madre la ayuda que no le ofrecí en su momento, cuando tanto la necesitaba.

–Pero, ¿cómo? No entiendo nada.

–Muy fácil. Atendiendo a su petición... Llevándola al faro.

–Pero, ¿hablas en serio, tía?

–Creo que no he hablado tan en serio en toda mi vida, Nerea, te lo juro.

Me ha parecido escuchar la voz de la tía Bittori al fondo diciendo “¿qué no llegaremos a ver...!”. No puedo creer lo que estoy escuchando. La tía Dolores se ha vuelto loca y yo no sé qué hacer, si reírme o llorar. Mejor que no haga ni una cosa ni la otra porque si empiezo a reír no paro, y si empiezo a llorar, tampoco. Llevar a mi madre al faro. Bien. Solo me faltaba eso. Solo me falta escribir en mi agenda con bolígrafo azul: “Llevar a *ama* al faro”. Definitivamente, la tía se ha vuelto loca.

–Tiene que hacer las paces con el mar. Se va a liberar, Nerea, y yo también.

–Pero es imposible, tía. No podemos sacar a *ama* del hospital tal como está. ¿O es que no te acuerdas de lo que nos ha dicho el médico? No nos deja ni siquiera llevarla a casa en Nochebuena, ¿cómo la vamos a llevar al faro, a kilómetros de aquí?

La tía Dolores se marcha al servicio. Me deja con la palabra en la boca. Me quedo mirando la taza que hay encima de la mesa. Oigo las toses de Lewis que me llegan desde la habitación. Creo que me está llamando. Dejo la taza en el fregadero y me voy hacia la habitación con la mano en la espalda. No falla. Una vez al mes los riñones parece que me van a estallar.

Me gustaría contárselo. Decirle: “¿Sabes lo que quiere hacer la tía?”. No te lo vas a creer, *brother*. Pero no me salen las palabras. Contarle a mi hermano lo que pretende la tía supondría tener que contarle toda la historia de nuestra madre oculta durante tanto tiempo. Y ¿cómo le cuento yo todo eso a Xabier? ¿Comprendería algo? ¿O se llevaría las manos a la cabeza, diciendo “pero qué andáis la tía y tú”? Diría “dejad a *ama* en paz”, seguro. He quedado con él para comer. Por fin nos vemos.

–Tenemos que tomar una decisión, Nere. Tenemos que pensar qué hacer con *ama* cuando salga del hospital. No podemos llevarla a casa. No puede estar sola. Quizá deberíamos mirar algún sitio, una residencia... No sé, creo que tenemos que hablar de esto con la tía también.

Me han dolido las palabras de mi hermano. Es la primera vez que hablamos con tanta crudeza y tan claro de la situación de nuestra madre. Me la imagino mirándonos, mirando cómo sus hijos hablan de qué hacer con ella, de adónde llevarla. Hablan de adónde llevarla aquella niña que dibujaba montes y caseríos y aquel niño que suicidaba a los vaqueros saltando con ellos desde la cama. Hablan de adónde llevarla. Como si fuera una vieja maleta.

–Ayer estuvo hablando y dijo algo de un faro y del mar. ¿Sabes de qué va eso? –me pregunta mi hermano, y añade que la tía se puso muy nerviosa al escuchar lo que decía.

–Es increíble, ¿verdad, *brother*? Cómo la cabeza puede de repente hacer clac –le digo, girando mi muñeca, como cuando se abre una puerta con llave.

–Sí, además de un día a otro. Porque yo entiendo que una persona mayor vaya perdiendo facultades poco a poco, pero que le pase como a *ama*, que parece que se le ha borrado el cerebro de la noche a la mañana... Sin darnos antes ningún aviso, perder la cabeza así...

No digas eso, *brother*, pienso. No digas que *ama* ha perdido la cabeza. Lo pienso pero no le digo nada, porque al contrario de lo que él piensa, nuestra madre sí que dio algún aviso, que no vio nadie más que yo, como el del día en que se le fue la cabeza mientras preparaba unas croquetas. Sí que dio señales, pero yo estaba demasiado ocupada para verlas y atenderlas. Y ahora, al escuchar lo que dice mi hermano, recuerdo las palabras del médico lamentándose de que nadie se hubiese dado cuenta de nada antes. Si lo hubiésemos cogido a tiempo...

Me quedo mirando cómo se aleja Xabier por la calle, una vez que nos hemos despedido. Me pregunto si seguirá jugando con su hijo a suicidar vaqueros lanzándolos desde lo alto de la cama. No sé si le habrá enseñado ese juego a su hijo, o si el pequeño preferirá la Nintendo o la Play Station. Seguro que sí. Y seguro que Xabier le dice: “Los de antes sí que eran juegos, y no estos cacharros”. Aunque, quién sabe, igual Xabier también se ha enganchado a estas alturas a la Play Station y juegan juntos.

Xabier ha dejado la pregunta en el aire: “Qué vamos a hacer cuando nuestra madre salga del hospital”. Y por la tarde, cuando recojo a la tía, el tema vuelve a salir a flote, como salen tras los naufragios los cuerpos sin vida de los desaparecidos.

–Al final, la veo en una residencia –ha dicho la tía, en el coche, mirando a la carretera. Ya no dice nada de la velocidad. Parece que se ha acostumbrado.

–¿Por qué dices eso, tía?

–Porque sí, porque, tal y como están las cosas, no veo otra salida. ¿Quién va a cuidar, si no, de

tu madre? ¿Tú? Tú no puedes... Si casi no tienes tiempo de cuidar de tu hija...

Siento una espina en el pecho. Se me clava. Me duelen las palabras de la tía Dolores.

–¿Quién la va a cuidar? Dime. Yo lo haría con gusto, pero ya tengo a quién cuidar en Alemania.

El tono de la tía Dolores se me hace totalmente desconocido. Campanilla se ha agriado. Campanilla se ha cansado. Ya no vuela dejando una estela brillante a su paso. Campanilla ha pisado tierra.

–Mira, Nerea, esté en una residencia o en casa, tu madre se va a quedar en adelante entre cuatro paredes, como en una cárcel. ¿Por qué no cumplimos antes su deseo? Hagámoslo, Nerea. Llévemola al faro, aunque parezca una locura. Dejemos que, antes de quedarse encerrada, el viento norte le pegue en la cara, se meta entre su cabello...

Aprovecho la recta para mirar a un lado y veo que la tía está llorando. Le tiembla la barbilla. Le daría un pañuelo, o un abrazo, pero no puedo soltar el volante.

–Dejemos que por una vez haga lo que quiera. Es su sueño. No somos nadie para impedir que se cumpla su deseo.

Ya en casa, acuesto a Maialen. Hoy he llegado a tiempo. Me pide que le cuente el cuento de Alicia, pero no tengo ganas. No me apetece contar cómo aquella pobre niña cae por un agujero. Solo de pensarlo me mareo. Lewis prepara la cena mientras acuesto a Maialen. Hemos cenado rápidamente, mucho antes que otras noches. La tía Dolores apenas habla durante la cena y se retira a su habitación sin siquiera probar el postre.

–¿Qué le pasa? –me pregunta Lewis mientras nos limpiamos los dientes en el servicio.

Alzo los hombros. No sé. Después me pregunta si me pasa algo a mí. Y le contesto que sí, que me pasa absolutamente de todo. “*Everything, Lewis, everything*”, le respondo con la boca llena de espuma. Y nada más terminar la frase me quedo dudando si está bien dicha en inglés. Aunque lo hable diariamente, nunca conseguiré hacerlo como él.

Al acostarnos, Lewis recuerda de repente que tenía un recado para mí. Ha llamado Maite a casa. Que me había llamado al móvil, pero que lo tenía apagado. Se me ha quedado esta tarde sin batería. Para que Maite me llame a casa es que tiene algo importante que contarme. Su llamada me ha recordado a los días posteriores a la desaparición de Carlos. Entonces también me llamó Maite a casa, a la de mis padres. En aquella época no había teléfonos móviles. Ella fue quien me anunció que Carlos había desaparecido junto a otros dos jóvenes. Y con esa escueta explicación, lo entendí todo. No necesité más explicaciones, y en caso de necesitarlas, tampoco hubiese encontrado a nadie dispuesto a dármelas. No quise decirles nada a mis padres, pero enseguida se enteraron. Para el día en que la policía apareció en nuestra casa, ya sabían que Carlos andaba desaparecido. Me hicieron mil preguntas, pero no tuve que pasar por comisaría como otros amigos de Carlos. Menos mal, porque lo que me contaron al salir de allí me puso los pelos de punta.

Me duermo pensando en Carlos y aparece en mis sueños. Me lo imagino en la puerta de casa, con barba. Parece un mendigo. Maialen sale conmigo a la puerta, y al ver a un barbudo desconocido me pregunta:

–¿Qué quiere, *ama*? –mirándolo de arriba abajo.

Me quedo sin respuesta. Precisamente eso es lo que quiero yo saber.

Igual que cuando se escucha una vieja canción, ha sido suficiente ver las fotos que tenía escondidas para recordar el olor de Carlos y oír su voz. Hoy por fin me he atrevido a abrir el sobre en el que guardo nuestras fotos de juventud juntos. Lo cerré justo después de su desaparición, antes de partir para Oxford, y hasta hoy no lo he abierto. Una vez que Carlos ha aparecido en mis sueños he sentido la necesidad de ver las fotos. Como si pudiera encontrar en ellas la respuesta a la pregunta que Maialen me ha hecho en el sueño. He cogido el sobre, lo he metido en el bolso y lo he abierto una vez que he llegado a la redacción. No quería que Lewis las viera. Con las fotos en las manos, ha ido desapareciendo de mi mente el ruido de fondo de la redacción.

Recuerdo el olor a hierba y humo de las ropas que vestía en aquella acampada en el alto de Urkiola. En la foto aparezco sentada frente a la tienda de campaña, sonriendo a Carlos que está al otro lado de la cámara, con mi brazo rodeando el cuello de un gran perro negro. Es Beltza, la perra de Carlos. La única que preguntó por él una vez que desapareció. Cuando la encontraba en la calle –el tío de Carlos se encargaba de pasearla tras su desaparición–, solía abalanzarse sobre mí, ladrando, como preguntándome “¿Dónde está Carlos?”. Pero no tenía respuesta para ella, como tampoco la tenía para mí, y me quedaba viéndola alejarse hacia casa, mientras el tío de Carlos le estiraba de la correa. Seguía oyendo desde lejos aquellos ladridos. Dónde está Carlos. Dónde está Carlos.

Recuerdo los suspiros y jadeos en aquella tienda de campaña. Allí sentí por primera vez el calor del cuerpo de un hombre sobre mi vientre. Recuerdo los paseos con Beltza en los bosques de Urkiola. Recuerdo el olor a musgo. Cojo aire con fuerza, olvidándome de que estoy en la redacción, como queriendo sentir aquel olor a humedad del monte. Entonces sí que éramos libres. Me vienen a la memoria recuerdos tan dulces... Casi los tenía olvidados. Casi había olvidado que una vez pasé una semana entera acampada en Urkiola, durmiendo en una tienda de campaña, calentando la comida en una fogata, cantando por la noche al son de una guitarra que trajo algún amigo. Me imagino en el mirador de Urkiola, y me veo riendo y gritando, mirando a ese pedazo de piedra que es el Amboto, con los brazos en alto. Y esa imagen me recuerda otra. Aparece en mi mente como un fotograma. Mi madre mira al mar y coge aire con fuerza, igual que hago yo frente al Amboto. Y siento un cosquilleo en el estómago. Mi madre, en el faro; yo, en Urkiola. No puedo imaginar mejores imágenes para representar la libertad.

Veo a Fidel entrar en la redacción y cierro rápidamente el sobre de las fotos. Abro el correo del ordenador y veo que tengo un mensaje de Maite. Recuerdo ahora que ayer anduvo buscándome. Me dice en el mensaje que está llamándome y que no puede dar conmigo. Que me quería avisar. Que no me preocupe, pero que Iñaki le ha dicho a Carlos dónde vivo y que le ha contado más cosas sobre mi vida. Que, de todas formas, no me preocupe, que si yo no quiero ver a Carlos él no va a aparecer sin avisar en mi casa.

–Mierda –digo en alto, aunque no me ha mirado nadie de la redacción. Es igual lo que diga, nunca mira nadie, nunca levantan la vista de sus ordenadores.

Recuerdo el sueño en el que Carlos aparece en la puerta de mi casa y me asusto. No sé por qué. Porque no temo a Carlos. ¿Cómo voy a temerlo? Pero tengo miedo de que el pasado caiga

sobre mí como cae la lluvia. Porque como cuando llueve, algunas veces una maldita gota se nos cuela por el cuello y un escalofrío se apodera de todo el cuerpo. Y no quiero sentir escalofríos. No puedo ver a Carlos. No ahora, por lo menos. Bastante tengo con la situación de mi madre.

Me llega el olor a *after-shave* de Fidel. Me ha dejado una convocatoria de prensa sobre la mesa. La rueda de prensa es dentro de una hora, en el centro. Tendré que ir en autobús. Es imposible aparcar a estas horas.

Miro a la calle desde la ventanilla del autobús y veo cabezas de gente que suben y bajan entre la multitud que recorre las aceras. Por un momento pienso que una de esas cabezas podría ser la de Carlos, e instintivamente me tapo la cara con la mano, para evitar que me reconozca. Recuerdo ahora lo que me ha dicho la tía Dolores, que mi madre se va a quedar encerrada entre cuatro paredes, y que antes de que lo haga tenemos que llevarla al faro, que tenemos una oportunidad para que se sienta libre. Libre, como lo fui yo un día en aquella acampada en Urkiola. Oigo los ladridos de Beltza, se aleja bosque adentro en busca del palo que ha tirado Carlos. Nadie le estira de la correa, como le estirará años más tarde el tío de Carlos.

Cierro los ojos y me imagino el faro que tantas veces ha citado mi madre. Es un lugar rocoso. Hay una mujer sobre una roca. Lleva las manos a los lados de su boca y grita. Pero aquella mujer no es mi madre, Luisa Izagirre. Aquella mujer soy yo. Soy yo la que grita al mar. Me parece sentir el olor a salitre, y por una vez en muchas semanas, me siento bien, aliviada. Desaparecen por un momento de mi mente los olores del hospital y el miedo de ver a Carlos. Por un momento, porque al sentir el frenazo del autobús me doy cuenta de que he llegado a mi destino y de que tengo que bajar.

No puedo prestar atención a lo que dicen en la rueda de prensa. Menos mal que he puesto la grabadora. Mirando a los que hablan, me imagino un coche avanzando por una carretera con muchas curvas, de camino a la costa. Se oyen risas de mujer en el interior del coche, y a medida que se aleja, el coche va dejando en la carretera una estela brillante, como si del tubo de escape saliera polvo dorado.

Luces de Navidad en el hospital. Un hombre vestido con un buzo azul y subido a una escalera de madera está colgando lucecitas del techo. Le grita al compañero que sujeta la escalera. La instalación no debe de estar bien hecha. Siempre me han gustado las Navidades, sobre todo porque era la época en la que la tía venía de Alemania a pasar algunos días con nosotros, pero creo que las cosas están cambiando. Creo que este año voy a sentir náuseas con el primer villancico que oiga. No estoy para turroneos, ni para regalos.

Al entrar en la habitación de mi madre, casi me choco con la tía Dolores que sale. Me dice que se marcha a tomar un poco de aire.

–Vienes temprano –me dice la tía.

–Sí, hoy he terminado antes.

Siempre me ocurre lo mismo. Siempre llego tarde a los sitios debido a los horarios de mi trabajo. Tarde a casa, tarde a la cena con los amigos, tarde al hospital... Y ya todos los que me rodean se han acostumbrado a que llegue tarde. Es normal que llegue al café de las cenas, que llegue a casa cuando Maialen está ya dormida. Y cuando termino temprano –nunca sé a qué hora voy a terminar– me da la impresión de que nadie me espera, y me miran con cara de sorpresa cuando me ven, como me ha mirado ahora mismo mi tía. “Ah, has venido”, me dicen, y ponen un plato más en la mesa de la cena, como cuando llega un invitado no esperado. “Ah, has venido”, me dice Lewis, y lo pillo en medio del cuento que le está contando a Maialen, y parece que le he estropeado el momento. No me esperaban.

La tía se queda fuera, en el pasillo, dice que hace demasiado calor dentro. Y tiene razón. Nada más entrar me pongo a sudar. Mi madre está despierta, con los ojos bien abiertos, mirando la televisión, respondiendo afirmativamente, moviendo la cabeza de arriba abajo a todo lo que dice el presentador del programa. La veo más despierta que otras veces.

–Hola, ama –le digo, y le cojo de la mano.

Me mira y me sonríe, mientras señala con el dedo a la pantalla del televisor, como si quisiera decirme que me estoy perdiendo el programa del año. Parece una niña. Actúa con total libertad, como lo haría una niña. Pili dice desde el otro lado de la habitación que el programa está muy bien. No hace falta que lo jure, teniendo en cuenta la atención con la que miran la televisión. Hasta su madre Pilar mira la televisión, con la mirada fija, igual que mira otros días a la ventana. Y como todos los días, sigue en silencio. A Pili le ha faltado poco para ponerse a aplaudir cuando se acaba el programa. Suspira y dice “en fi n”, pensando seguramente que ella nunca llegará a ganar el dinero que se ha llevado el concursante.

Al lado de la cama de mi madre está el bolso de la tía Dolores, abierto. Puedo ver el borde de una vieja fotografía. Quizá sea una fotografía secreta, alguna de las que mi madre se sacó con el tal Germán y por fi n pueda ver cómo era. Pero no. En la fotografía aparecen mi padre y mi madre cuando eran novios. Están cogidos de la mano y a sus espaldas se ve el mar. Se ven algunas rocas y el blanco de las olas. Mi madre sonríe. El viento que viene del mar le revuelve la melena. Intenta quitarse el pelo de la cara con la mano, con un gesto tímido. Y mi padre la mira, sonriendo también. Parece estar elogiando su belleza. Parece que le dice “qué *beautiful* eres”, como me dijo a mí Lewis una vez en un oscuro *pub* de Oxford. Mi madre está de espaldas al mar, al mismo mar

que ahora quiere mirar de frente. Así nos lo ha pedido. Y sin darme cuenta, me sale una pregunta, sin soltarle la mano:

–¿De verdad quieres que te llevemos al faro, *ama*?

Mi madre me mira pero parece que no me oye. Sigue sonriendo, como sonreía hace unos minutos al televisor. Y no me doy cuenta de que la tía Dolores entra en la habitación cuando le vuelvo a preguntar:

–¿Quieres ir al faro, *ama*?

Al escuchar la pregunta de mi boca, a la tía Dolores le salen chispas de los ojos. Parece que el cuerpo se le llena de burbujas de Coca-Cola. Puede explotar en cualquier momento. Me coge del brazo y me pide que salgamos fuera. Me lleva al pasillo casi volando. Ya fuera, las burbujas de Coca-Cola inundan el pasillo.

–¿Por qué se lo preguntas?

Intento soltar el brazo de su mano, pero parece una tenaza.

–¿Estás dispuesta, Nerea?

Intento alejarme hacia la zona de los ascensores, pero la tía me sigue por detrás.

–Tía, sigo pensando que es una locura. El faro está muy lejos y ya sabes lo que nos ha dicho el médico, que es mejor que no salga del hospital y que siempre tenga un médico cerca. Y además, ¿de verdad crees que *ama* se enteraría de algo?

–Estoy convencida de que sí. No se le ha podido olvidar el olor del salitre. Tiene que tenerlo guardado en algún rincón de su cerebro. Lo va a recordar nada más olerlo, estoy segura. Y puede recordar más cosas.

Me imagino a mi madre mirando al mar embravecido, con el cabello en danza, las manos a los lados de la boca, gritando. Gritando con todas sus fuerzas. Y siento envidia. Yo también necesito gritar así para quitarme de encima todos mis miedos, todos los fantasmas que me persiguen.

–Tía, pero ¿no entiendes que es imposible?

No me vuelve a hablar en toda la tarde. Cuando salimos del hospital y nos metemos al coche camino a casa tampoco abre la boca. Hasta que llegamos a las puertas del garaje. Al llegar allí me llevo un susto de muerte. Piso el freno con fuerza y la tía se sobresalta:

–Pero, ¿qué haces? –me pregunta. Menos mal que llevaba puesto el cinturón de seguridad...

He visto a un hombre barbudo en la puerta del garaje y me he asustado, por eso he frenado con fuerza.

–No, no es nada... Un susto, nada más –le explico con la voz entrecortada.

Me pregunta qué me ha pasado, a ver si he visto un fantasma o algo así. Y la verdad es que me ha parecido ver un fantasma. El hombre barbudo ha mirado sorprendido y algo asustado. Casi lo atropello. Hasta que no compruebo que es el vecino que bajaba la basura, no respiro tranquila.

–Ya te digo yo que vas demasiado rápido...

–Que no, tía, que ya sé conducir.

–Eres igualita a tu padre. Que ya sé, que ya sé...

La tía sigue recriminándome hasta que aparco el coche.

Tengo que hacer más maniobras que nunca, como si el hueco para aparcar se hubiese estrechado

de un día para otro.

Busco el calor de Lewis al meterme a la cama. Está sentado, apoyado en unos cojines, y sostiene en sus manos unos cuantos folios y un bolígrafo rojo. Me dice que tiene que terminar unas correcciones. Y ahí anda, tacha aquí una palabra, escribe allí otra; introduce una palabra en un círculo rojo y lo manda de una parte de la frase a otra; una flecha aquí, otra allá. Y vuelve a leer la frase, la misma que ha leído ya mil veces. Se pasa así el día, con las narices metidas entre letras. A veces me parece que se le está quedando cara de folio, con ese color tan pálido que tiene. Me agarro a su cintura y él sigue con lo suyo. Se levanta las gafas con el dedo, las tenía ya en la punta de la nariz, y luego se rasca la coronilla con el bolígrafo.

Nos dejamos todas las energías en nuestros trabajos. Dejamos para nuestra relación las sobras del plato. Nos dedicamos el tiempo en el que ya estamos cansados, tras una jornada de trabajo. Siempre es tiempo de sobra, energía de sobra, sonrisas de sobra. Para cuando nos vemos, estamos casi vacíos, como si alguien nos hubiese robado el contenido.

Me gustaría hablar más con Lewis. Sentarme a hablar con él. No hablar mientras hacemos algo, sino sentarnos a hablar. Me gustaría contarle todo lo que he descubierto del pasado de mi madre, por ejemplo. Cuántas cosas me han pasado desde que mi madre está en el hospital. Cuántas cosas he descubierto sobre mi madre y también sobre la tía Dolores. Me gustaría contárselo todo y terminar con un suspiro y con la frase: “Cómo es la vida, Lewis”. Me gustaría detener el tiempo y poder vivir ese momento. Parar el tiempo como se detiene en una fotografía. Me gustaría contarle que mi madre tuvo de joven un novio que se llamaba Germán y que al final no pudo hacer realidad el sueño que construyó junto a él. Y me gustaría preguntarle dónde quedan esos sueños. Si se pierden para siempre, o si acaban saliendo a flote cuando menos nos lo esperamos. Sentarnos en una mesa y hablar. Con Lewis. Decirle que la tía Dolores no soporta el peso de la culpa porque cree que no ayudó a su hermana cuando debía, y que ahora quiere solucionarlo todo llevándola a la orilla del mar. Me gustaría decirle: “Cómo es la vida, Lewis”. “*That’s life*”, me contestaría él. Y le hablaría de Carlos. Nunca le he hablado de él. No le he contado que su fantasma me ha perseguido siempre y que ahora, de repente, se me ha plantado delante, como una pesadilla. Me gustaría contárselo, pero no me atrevo, como tampoco me atrevo a contarle la historia secreta de mi madre.

Le digo que tenemos que pensar adónde va a ir mi madre al salir del hospital. Que he hablado de ello con Xabier pero que no hemos llegado a ninguna conclusión. Me dice que sí, moviendo la cabeza de arriba abajo, y sigue con sus correcciones, tachando palabras, cambiándolas de sitio con su bolígrafo rojo.

–La tía Dolores quiere llevar a *ama* al mar –le cuento.

–¿Al mar? –me pregunta sorprendido.

–Sí, al mar. *Ama* lleva unos cuantos días pidiéndonos insistentemente que la llevemos al faro. La tía me ha contado que cuando mi madre vino a vivir a la ciudad, al principio no lograba acostumbrarse a no ver el mar, que se ahogaba y que buscaba y buscaba entre las calles espacios abiertos, pero no los encontraba. Quizá no le haría mal ver el mar... –la última frase la digo sin darme cuenta casi de lo que estaba diciendo.

–Pero, ¿ya se enteraría tu madre de algo? –me pregunta, en inglés, subiéndose de nuevo las

gafas desde la punta de la nariz—. ¿Ya se entera de algo?

—Claro que se entera —le respondo, ofendida—. Claro que se daría cuenta de dónde está. El olor a salitre, el sonido de las olas golpeando las rocas, el viento del norte recorriendo su frente... Claro que se daría cuenta.

Lewis deja los folios en el suelo, sobre la alfombra. Se quita las gafas y se tumba. Lo beso y apaga seguidamente la luz. Su respiración es cada vez más profunda. Me duermo escuchándola y su sonido me recuerda al de las olas que suben y bajan y que golpean las rocas.

Dolores vio a Luisa en una esquina de la cocina, como escondiéndose.

–Germán está fuera. Pregunta por ti –le dijo Dolores a su hermana, sorprendida por su cara tan pálida.

Luisa le pidió que callara, llevándose el dedo índice a los labios. Le dijo que no quería ver a Germán. Que le dijera que había salido de recados. Así lo hizo Dolores, y Luisa no salió de la cocina hasta que sintió marchar a Germán a la calle. Todavía temblaba.

–¿Dónde estabas? –le preguntó Bittori cuando la vio, y acto seguido puso en sus manos el jarrón lleno de flores que estaba sobre la barra y le ordenó que lo llevara a la mesa de al lado de la ventana, en la que se sentaba un joven.

–¿Quieres hacer el favor de levantar esa cabeza? –le dijo Bittori– y sonríele o algo al chico, por favor.

Con las manos aún temblorosas, Luisa cogió el jarrón y al intentar posarlo sobre la mesa, se le resbaló y cayó sobre el joven. Lo empapó de arriba abajo y las flores se extendieron sobre su mesa. Luisa, ruborizada, le rogó que la perdonara. En ese momento conoció el nombre del joven que comía en el restaurante dos veces por semana. Le dijo que se llamaba Paulo, Paulo Etxebarria, mientras ella le secaba los pantalones con un trapo de cocina.

Me ha ocurrido una cosa curiosa con Pili. Al llegar al hospital me la he encontrado frente a la zona de los ascensores dando vueltas, muy nerviosa. Al verme se me ha acercado corriendo. Me ha dicho que han llevado a su madre, Pilar, a hacer unas pruebas y que no le han dejado acompañarla. He intentado tranquilizarla cogiéndole las manos. He pensado entonces que la mujer que tengo enfrente no dejaría sola a su madre nunca, y nada más pensarlo, se me ha venido a la cabeza la conversación que mantuvimos mi hermano Xabier y yo sobre qué hacer con nuestra madre cuando salga del hospital. Me ha dado asco pensar que hemos hablado de dónde colocar a mi madre. Pili nunca haría eso, la acompañaría hasta el final, fuera adonde fuera.

Se ha tranquilizado un poco y hemos entrado a la habitación. Allí me ha contado que cuando salgan del hospital se van a ir a Galicia, al pueblo de su madre, que cree que le hará bien volver allí, que siempre ha estado pensando en su pueblo, en todos los años que ha pasado aquí, siempre con ganas de volver. Ha sido la primera vez que Pili me ha hablado sin palabras de sobra. Solo han aparecido palabras de oro en el tamiz del buscador. Y esas palabras de oro son las que me han impulsado a tomar la decisión.

He pensado que es una locura sacar a mi madre del hospital, llevarla en coche y hacer tantos kilómetros hasta la costa, simplemente para que pueda ver el mar. He pensado que es una locura, sobre todo teniendo en cuenta lo que nos ha dicho el médico, pero que estoy dispuesta a hacer una locura.

Salgo corriendo del hospital, camino a casa para estar con la tía y contarle que estoy dispuesta a hacer una locura, y que, como a todo el que es consciente de que va a hacer una locura, siento que mis piernas no pesan, que vuelan. Y que, como le ocurre a todo el que es consciente de que va a hacer una locura, siento corrientes de agua en mi interior, de un lado al otro, siento olas golpeando contra mi corazón, y me da la impresión de que la espuma que crean me va a salir por la boca en forma de palabras. Y, de repente, todo lo que me rodea adquiere formas redondeadas, no hay bordes, no hay esquinas. Que, como todo aquel que va a hacer una locura, me veo en el borde de un acantilado, dispuesta a saltar, y no siento miedo, porque sé que acabaré cayendo al agua y yo no soy más que eso, agua que corre por mis venas y que crea corrientes en mi interior.

Al entrar en casa me encuentro a la tía Dolores dormida en el sofá. La casa se me hace desconocida a esta hora del día. Pocas veces estoy a estas horas en casa en un día de labor, me extraña la luz que entra por la ventana. Esa luz es para mí la del fin de semana. Lewis tenía hoy comida con el editor y la tía está sola, tirada en el sofá, rendida. Hay una taza de manzanilla en la mesa. Se le ha quedado fría sin darle un solo trago. No me extraña que se haya quedado dormida, no ha pegado ojo en toda la noche. No me espera a estas horas del día en casa, así que espero que no se asuste demasiado al verme. Va a empezar a hacerme preguntas, una detrás de otra, en cuanto me vea, seguro. Que a ver qué ha pasado, que a ver por qué no estoy trabajando. Y yo trataré de explicarle que me he montado en el coche, y que este en vez de llevarme al trabajo me ha traído hasta aquí como impulsado por una fuerza oculta.

Pocas veces he visto a la tía Dolores tan quieta como ahora, con una mano sobre la otra encima de la tripa. Así se parece a mi madre, quieta como ella en el hospital. Las manos ascienden y descienden, al ritmo de la respiración. El abdomen se le llena de aire y se le vacía.

Esas manos. Cuánto han trabajado esas manos durante todos estos años, cuántas maletas han preparado, cuántas cartas han escrito. No habrá sido fácil para la tía Dolores acostumbrarse a vivir tantos años lejos de casa. Se fue con el tío Sebastián a Alemania buscando algo que no encontraban aquí, y el viaje, que en un principio era de ida y vuelta, se convirtió en un viaje solo de ida. Su hija creció allí como las semillas que caen en tierra fértil y les ha ocurrido lo que les ocurre a los barcos cuando lanzan el ancla al mar: se han quedado atados a aquella tierra. Supongo que como todos los que algún día abandonan su tierra, la tía Dolores sentirá un vacío. Igual que el que seguramente siente la madre de Pili, Pilar, lejos de su Galicia natal.

Viéndola así, hundida en el sofá, nadie me creería si dijera que esta mujer es capaz de volar, aunque si vieran el brillo de sus ojos acabarían creyéndome. Creerían que la tía Dolores es muy capaz de volar y hasta de dejar un rastro de polvo de color oro a su paso.

Toso y la tía salta como un muelle. Como preveía, se asusta al verme en casa a estas horas.

–Pero, ¿qué haces aquí? ¿Qué ha pasado? –grita asustada, al tiempo que salta del sofá y se pone de pie frente a mí.

–Siéntate, tía –le pido.

–¿Pero no tendrías que estar en el trabajo? –me pregunta, mirando al pequeño reloj dorado que lleva en la muñeca.

–Tenemos que hablar, tía.

Y se vuelve a sentar. Mis primeras palabras son torpes, me cuesta encontrar el camino para contar lo que quiero contar, como si no supiera por dónde empezar. Pero una vez que empiezo, una palabra sale tras otra por mi boca, como resbalando una con otra, igual que resbalan los peces, unos con otros, cuando son liberados de la red sobre la cubierta del barco. Le doy las gracias por todo lo que ha hecho desde que vino de Frankfurt y luego le hablo de mi madre. Siguen resbalando las palabras, como peces. La garganta me escuece y el corazón me late con fuerza.

–Tía, me he dado cuenta de que no podemos negarle nada a *ama*. No podemos decirle que no.

La tía me mira intensamente y me agarra con fuerza las manos. Me fijo de nuevo en esas manos que han preparado mil maletas, que han escrito mil cartas. No me dice nada, pero no hace falta. Veo en sus ojos un gesto de agradecimiento.

–Si *ama* pudiera oírnos, nos diría que estamos locas –le digo sonriendo.

La tía vuelve a levantarse del sofá de un salto. Se me queda mirando un rato, moviendo la cabeza de arriba abajo, y me abraza con fuerza. Lloramos y reímos a la vez, mientras ambas sentimos en nuestro interior corrientes de agua que suben y bajan por nuestros cuerpos. Son las corrientes que siente todo aquel que está dispuesto a hacer una locura.

Salgo de la redacción sonriendo. No recuerdo la última vez que salí así del trabajo. Hasta me veo más joven y más guapa en el espejo del ascensor. He pedido permiso para unos días argumentando razones personales. Fidel no se ha atrevido a negármelo. En la calle, llamo a Xabier. Tenemos que hablar.

–¿Ahora?

– Sí, ahora –le respondo.

Quedamos en una cafetería del centro, cerca de su oficina. Aparece allí con una corbata azul y lo primero que me dice es que tiene poco tiempo. Luego me pregunta si pasa algo grave, a ver qué tal está *ama*. Que sí, que está bien, le digo, pero que tengo que contarle algo urgentemente. Siento corrientes de agua que van a toda velocidad por mis venas.

–Ya sé que vas a decir que estamos locas de atar, *brother* –le cuento, ya sentados en la cafetería, a la mesa, junto a la ventana–. Es una historia muy larga para contártela así de repente. Sé que te va a sonar raro, pero, resumiendo, hemos pensado llevar a *ama* a la costa, a que vea el mar.

–¿Qué es esto? ¿Una broma o una locura de esas que le dan a la tía? –me pregunta con las cejas como dos arcos. –No es una historia de la tía, es una historia de *ama*. Xabier frunce el ceño. No entiende nada.

–A ver, no entiendo. Pero, ¿es que no recuerdas lo que nos dijo el médico? Si ni siquiera nos ha dado permiso para que venga a casa una noche, cómo la vamos a llevar a la costa, a hacer kilómetros en un coche...

El tono de Xabier se endurece. Con la última frase golpea la mesa y las tazas tiemblan.

–Ya sabes que *ama* está diciendo que quiere ir al faro. La tía me ha dicho que quizá si cumplimos su deseo, eso la ayudará...

–Pero, ¿no te das cuenta de que *ama* no sabe ni lo que dice?

Las palabras de mi hermano se me clavan como espinas y me duelen. Igual que la última vez que hable con él y nos pusimos a pensar qué hacer con nuestra madre cuando salga del hospital. Estamos un rato callados, hasta que Xabier suspira y se lleva las manos a la cara, estirándose la piel.

–Mira, Nere, no puedo con estas cosas, de verdad. Estoy desbordado con mi trabajo, no puedo quitarme de la cabeza cómo vamos a solucionar lo de *ama* cuando salga del hospital, y ahora me vienes con ese cuento de que la queréis llevar de excursión. Por favor, ¿es que os habéis vuelto locas? ¿Pensáis que sabéis más que los médicos? Que le va a hacer bien... ¿Pero qué sabéis vosotras?

–*Ama* se da cuenta, más de lo que nosotros pensamos.

Xabier vuelve a taparse la cara con las manos. Creo que se arrepiente de haber dicho que nuestra madre no se da cuenta de nada. Y ahora no sabe qué decir.

La camarera se acerca a recoger las tazas. Se le cae una cucharilla al suelo. Xabier la recoge y se la da.

–La cucharilla suicida... –le digo, sonriendo–. ¿Te acuerdas de los vaqueros suicidas que lanzabas desde lo alto de la cama hasta el suelo?

Xabier no puede resistirse y sonrío, a pesar de que sigue con el ceño fruncido.

–¿Y cómo me chillaba *ama* desde la cocina? “¡Que van a subir los vecinos...!” –la frente se le destensa.

Se queda mirando por la ventana a la calle, pensativo. Pasa gente corriendo bajo la lluvia.

–Pero, ¿de verdad es tan importante que vea el mar? –me pregunta, más relajado.

–Sí.

–Pero, ¿de verdad sabéis lo que estáis haciendo?

–Sí.

–No sé, Nere, no sé...

Las corrientes de agua siguen recorriendo mi interior. Miro a mi hermano esperando una respuesta. Xabier llena el cuerpo de aire y lo lanza con fuerza.

–Pero... –sonrío sin terminar la frase–. Pero, vosotras estáis un poco locas, ¿no?

–Un poco sí, *brother*, pero solo un poco –le digo y reímos los dos, como lo hacíamos de pequeños cuando hacíamos alguna travesura.

Me gustaría explicar a Xabier cómo me siento, cómo se siente una persona que está a punto de hacer una locura, pero me dice que tiene prisa y que tiene que volver al trabajo.

–Yo no lo entiendo ni lo comparto, pero si crees realmente que es tan importante para *ama*... –me dice al salir de la cafetería, después de recordarme que no olvide el paraguas dentro.

Al despedirnos, por un momento me parece ver en sus ojos la mirada de aquel niño que suicidaba los vaqueros de plástico tirándolos desde lo alto de la cama. Hacía tiempo que no veía esa mirada.

De camino al coche, marco el número de Maite. Tengo que contarle urgentemente que vamos a llevar a mi madre al faro, a que vea el mar.

–¿Maite?

–Nere...

Por la manera en que me contesta, me parece que la he pillado fuera de juego.

–¿Todo bien? ¿Puedes hablar? –le pregunto.

Me responde que sí, que puede hablar, que está con Iñaki y unos amigos... Pero no termina las frases. Le cuento que vamos a llevar a mi madre al faro. Que no, que aún no le han dado el alta, pero que la vamos a sacar del hospital de alguna manera, sin que se den cuenta, que preferimos hacerlo así, porque si empezamos a pedir permisos, se va a complicar nuestro plan. Maite me responde con monosílabos. Pero en una de estas, me corta y me habla sin tapujos.

–Está aquí, Nere. Está con nosotros.

No necesito preguntarle de quién habla. Es Carlos. Está con Maite e Iñaki. El corazón se me pone a latir a toda velocidad y en un momento en el que se hace el silencio y no oigo al otro lado del teléfono la voz de Maite, siento pavor, pensando que de un momento a otro va a ser Carlos el que me hable. Pero no. La respiración que se oye al otro lado del teléfono es la de ella.

–¿Estás ahí, Nere? –me pregunta Maite.

Me cuesta articular palabra.

–¿Dónde estáis?

–Tomando algo, en el Aritza.

–¿Cómo está?

–Bien, diferente, pero bien. Me está mirando desde dentro, por la cristalera del bar. Nere, creo que se ha dado cuenta de que estoy hablando contigo.

Siento la mirada de Carlos, como si saliera del teléfono. Y se me clava en el pecho.

–¿Quieres hablar con él? –me pregunta Maite.

No me salen las palabras. Quiero responderle que no, pero al mismo tiempo que sí. Quiero oír su voz y no quiero oírla. Tengo miedo de que al oír su voz se me caiga a mí también una capa, como al armario que se descascarilla, y deje a la vista un fondo que he tratado de esconder todos estos años, desde que Carlos desapareció. Me tiemblan las piernas. Me siento en un banco de la calle, aunque está empapado.

–No, Maite... Pero dile que hablaré con él, algún día. Ahora mismo no, pero que nos vamos a ver, seguro. No voy a escapar más.

–¿De verdad?

–Sí, Maite, de verdad que lo quiero ver. Lo veré. Díselo. ¿Está solo?

–Ha venido solo, pero ha dejado en el otro lado mujer y un hijo. Hasta que decida qué van a hacer, si quedarse allí o venir, no se van a mover de allí. Por seguridad.

–Dile que nos veremos. Que me dé un poco de tiempo, y que nos veremos.

–Se lo diré. ¿Sabes, Nere? Me está sonriendo desde dentro del bar... Creo que te sonrío a ti. La sonrisa no se le ha cambiado. Es la misma de siempre. Es la sonrisa de Carlos.

Nada más colgar, y con la sonrisa de Carlos en mi mente, me parece percibir un olor conocido, a humedad, a musgo. Veo a Carlos en un bosque, lanzando una rama a Beltza, y se ríe sin parar, porque Beltza trae entre los dientes una rama mucho más grande que la que él ha lanzado. Respiro profundamente. Huelo el musgo del bosque de Urkiola, a pesar de que estoy en pleno centro de la ciudad.

No sé cuánto tiempo ha pasado desde que he colgado el teléfono. No sé cuánto tiempo he pasado sentada en este banco. Hasta que se ha puesto a llover otra vez no me he levantado. Llego a casa con el pelo mojado. No he abierto el paraguas en el camino, como si hubiera olvidado que lo llevaba. Encuentro a Lewis preparando la cena. La tía Dolores aún no ha llegado del hospital. Maialen devora con la mirada los dibujos animados de la televisión. Me siento junto a ella en el sofá, pero nada más empezar a hablar me dice que me calle, que no oye lo que dice Doraemon, y que no la toque, que estoy mojada. “Vale, vale”, le digo y salgo del comedor.

Veó la espalda de Lewis en la cocina, me abalanzo sobre él y le rodeo la cintura con mis brazos, como el náufrago al tronco.

Apoyo mi cabeza sobre su espalda. Lewis dice *mmm*, al probar con la cuchara un poco de sopa de la cazuela, aunque sea sopa de sobre. Oigo los latidos de su corazón. Me pregunto a qué velocidad latiría ese mismo corazón aquella noche en la que nos conocimos en un *pub* de Oxford. Seguro que se le aceleró el pulso cuando me dijo que era muy *beautiful*.

No puedo quitarme de la cabeza a Carlos. Es como si acabara de hablar con él. Así lo he sentido y tengo la sensación de haberme quitado un peso de encima. Tengo la sensación de que el fantasma de Carlos ha desaparecido de mi cabeza. Creo que ha llegado la hora de que le hable a Lewis de Carlos. Tengo que contarle esa parte de mi vida, porque me he dado cuenta de que, al igual que ocurre con las palabras mágicas, me bastará con pronunciar el nombre de Carlos delante de Lewis para que desaparezca definitivamente el fantasma que me ha perseguido todos estos

años. Como por arte de magia.

Cuando llega la tía Dolores y nos ponemos a cenar todos juntos, la escena me recuerda a las cenas de cuando era una niña, con mi madre, mi padre y mi hermano, todos alrededor de la mesa. Veo a mi padre intentando abrazar a mi madre, alcanzarla por la cintura, pero mi madre se escurre, avergonzada, como pidiéndole que no haga eso delante de los chicos. Con ese recuerdo en mi mente, sonrío. Y Lewis me pregunta de qué me río. De nada, le digo y cojo a Maialen de la mano para llevarla a la cama. Es hora de acostarnos, le digo.

–¿Me vas a contar el cuento, *ama*? –me pregunta mientras avanzamos por el pasillo hacia la habitación.

Más que el cuento de Alicia, me gustaría contarle qué se siente cuando una va a hacer una locura, pero ya tendremos tiempo para eso.

–Sí, Maialen, hoy sí. Hoy te contaré la conversación de Alicia y el gato. No era un gato cualquiera, aparecía y desaparecía...

Y así, igual que el gato desapareció del árbol, desaparecemos mi hija y yo por el pasillo, camino de la habitación.

Ya no está el viejo Telefunken en el comedor. Hace tiempo que otro televisor ocupa su lugar. Lo compramos Xabier y yo en la época en la que nuestro padre estaba enfermo. Mis padres pasaban entonces muchas horas en casa y decidimos comprarles uno más moderno que aquel antiguo ante el que merendábamos de niños.

Nada más abrir la puerta de casa de mi madre siento el olor a cerrado. Desde que mi madre está en el hospital he venido varias veces a regar las plantas o a coger alguna ropa, pero hasta hoy no he percibido este olor a espacio cerrado, casi claustrofóbico. Al mirar al televisor me he acordado del viejo Telefunken y de la fotografía que solía estar sobre él. Una fotografía en blanco y negro en la que la mano de mi madre me alzaba la barbilla. Ya no hay nada sobre el televisor y la fotografía está sobre una balda del armario junto a otras: la de la boda de mis padres, las comuniones de Xabier y mía, la de un cumpleaños de Xabier... Son instantes robados a la vida que ahora posan olvidados en una balda del armario, llenos de polvo, delante de la enciclopedia.

Los geranios están cabizbajos tras la ventana. La abro y toco las hojas de la planta. Parecen muertas, pero no lo están. El geranio es una planta muy fuerte, y cuando le falta agua se queda como hibernando y parece muerta, pero una vez que la riegas se recupera de nuevo. Espero que a mi madre le ocurra igual, confío en que sea tan fuerte como el geranio, y que también reviva. Que acaben floreciendo palabras por su boca.

En la habitación de mi madre, busco en su armario ropa de abrigo para nuestro viaje al faro. El silencio es total en la casa, pero al entrar en su cuarto me parece escuchar una vieja canción. Es su voz, que se ha quedado pegada en las paredes. Tengo que tragar saliva antes de abrir el armario. Al mover los abrigos que están colgados, me invade el olor a alcanfor y, con él, me viene una imagen: una niña se esconde dentro del armario y su madre pregunta en alto desde fuera: “¿Dónde está Nerea? ¿Dónde está Nerea?”, a pesar de que ya sabe dónde se esconde su hija. De un momento a otro, la hija saldrá de allí y su madre pondrá cara de sorpresa y le dirá: “¡Vaya susto! Pero ¿dónde estabas?”.

Saco un abrigo y lo dejo sobre la cama mientras sigo buscando en el armario. Saco un fular de uno de los cajones y lo pego a mi nariz. Pensaba que olería a mi madre o al perfume que usaba los domingos, pero no. Ha pasado tanto tiempo en el armario, que huele a alcanfor. En el mismo cajón hay una carpeta pequeña. La abro y encuentro en su interior hojas cuadriculadas escritas a mano. En la primera se explica cómo se hace el pastel de manzana. Es la letra de mi madre. Detalla cuánta harina, cuánto azúcar, cuántos huevos son necesarios. El tiempo ha amarilleado la hoja. Son recetas escritas por mi madre en la época en la que trabajaba en el restaurante Izaguirre. Besugo en salsa, bonito con tomate, arroz con leche. Algunas de las hojas tienen manchas de aceite. Salsa americana, salsa verde... Me parece estar oyendo la voz de la tía Bittori dictando a mi madre estas recetas. Flan, *intxaursaltsa*. Algunas palabras se han difuminado con las manchas de aceite. Podrían no ser manchas de aceite sino lágrimas de mi madre que lloraba castigada. Lágrimas que iban cayendo al cuaderno mientras escribía: dos cucharadas de azúcar, tres de harina... Siento un pinchazo en el estómago, como si el dolor de mi madre hubiese traspasado el tiempo y el espacio.

Dejo la carpeta en su sitio, salgo de la habitación y me voy acercando a la puerta. Antes de salir echo un vistazo a la cocina. Me acuerdo por un momento de la mesa que había en la vieja

cocina, donde planchaba mi madre. Ahora no se parece en nada. La renovó hace unos años y donde estaban los fogones de gas hoy hay una cocina de vitrocerámica. Allí encontré a mi madre no hace tanto tiempo intentando hacer unas croquetas, sin poder acertar con los ingredientes. ¡Quién y una Izagirre! Seguro que la tía Bittori la obligó también a escribir la receta de las croquetas.

No quiero salir sin echar un vistazo a la que fue mi habitación durante tantos años. La conozco como si fuera parte de mí. Los cojines de encima de la cama, todo lo que fui pegando en el corcho de la pared: entradas de conciertos, la pegatina antinuclear, una chapa que dice "*Don't step on the grass, smoke it*". Les ha pasado como a las viejas fotografías, se han quedado congelados. También son instantes robados, cada uno de ellos me recuerda algo. Supongo que volver a ver a Carlos será algo parecido a entrar en esta habitación. Carlos es también una habitación que ha permanecido cerrada durante muchos años.

Con el abrigo y el fular colgados del brazo salgo a la calle, y mientras cierro la puerta pienso en las palabras de la tía Dolores: "Vaya donde vaya, tu madre se va a quedar encerrada entre cuatro paredes". Y siento una sensación de ahogo. Bajo las escaleras corriendo. Necesito tomar aire fresco, ahí dentro el aire está caducado.

Si no hubiese tomado la decisión de llevar a mi madre al faro, ahora mismo estaría en la redacción, refunfuñando mientras dejo el cigarro encendido en el cenicero. Pero estoy en casa. He acompañado a Maialen a la parada del autobús y he vuelto tranquilamente andando a casa, con dos cruasanes que he comprado en la panadería. Voy a volver a desayunar con Lewis. Té para él, café para mí. La tía Dolores se ha marchado a primera hora al hospital. Me ha dado un beso en la frente antes de salir, como si fuera una niña, y he sentido alivio.

Con Lewis frente a mí desayunando, me acuerdo de la imagen que tantas veces he soñado en la que Lewis y yo nos sentamos a hablar. Estamos frente a frente, sentados a la mesa. Y el sol entra por la ventana. La situación se parece bastante a la ideal. Me río porque a Lewis el cruasán se le ha deshecho y se le ha sumergido en el té. Le pregunto si se le ha suicidado el cruasán. Se ríe, y yo, muy seria, le digo que no se ría, que en mi familia hemos sufrido mucho con los suicidios. Se queda serio por un momento, pero pronto se da cuenta de que estoy bromeando y le cuento que mi hermano Xabier era un experto suicidando vaqueros de plástico, tirándolos desde lo alto de la cama al suelo. Me imagino que para Lewis será muy difícil imaginarse a Xabier, al que en su día conoció con traje y corbata, suicidando vaqueros de plástico.

–Ya me gustaría acompañaros mañana –me dice.

–¿De verdad?

Lewis ni se imagina lo que me emociona escucharle decir eso.

–Sí, no sé exactamente qué significa para vosotras llevar a tu madre a ver el mar, pero desde que lo decidisteis te veo muy cambiada, a mejor.

–¿Cambiada? ¿Cómo estaba antes?

–Bueno, has andado un poco tensa, ¿no? Desde lo de tu madre no hemos tenido ni oportunidad de hablar tranquilamente.

Lewis me dice que lo ha intentado alguna vez, pero que ha sido como hablar a una pared, que estaba en mi mundo, que no escuchaba, cuando yo creía que era él el que no quería escuchar. Que parecía que si me tocaba iba a explotar.

Me levanto de la mesa y le digo que espere un segundo, que hay algo que le tengo que enseñar. Saco de mi bolso el sobre de las fotos de la acampada de Urkiola con Carlos, las fotos que he tenido tantos años escondidas.

–Mira, ¿ves esta chica que abraza a un perro negro? –le digo, señalándole la foto que tengo en mis manos.

Lewis mira cada una de las fotografías con mucha curiosidad. Es la primera vez que las ve.

Al salir de casa, me siento ligera, como si me hubiese desprendido de un gran peso, como si me hubiese librado de unas cadenas. Después de hablar de él con Lewis, siento que me he liberado por fin del fantasma de Carlos.

Al llegar al hospital, me encuentro a la tía Dolores tiñéndole el pelo a mi madre en el

servicio. Se asusta al verme entrar. Ha pensado que era una enfermera y se imagina que está totalmente prohibido hacer algo así, aunque nadie se lo haya dicho. Mi madre tiene los ojos abiertos como platos, el pelo mojado. Parece una niña que acaba de salir del agua y a la que su madre ha puesto una toalla encima. Tirita con la mirada perdida en el mar. En cuanto termine con el tinte, tenemos que charlar un rato para ver la mejor manera de sacar mañana a mi madre del hospital sin que nadie se entere. Mejor hacerlo así, sin que nadie se dé cuenta.

Me despierto antes de que suene el despertador. He estado esperando a que suene, despierta, entre las sábanas revueltas. Me he movido mucho esta noche y también Lewis. Apenas he podido dormir, aunque me he pasado la noche bostezando.

El servicio está ocupado, sale luz de debajo de la puerta. Es la tía. Ella también se ha levantado antes de lo previsto. Seguro que tampoco ha podido dormir. Me lo confirma en el desayuno. Me dice que los nervios no le han dejado dormir. Bueno, los nervios y el viento que ha golpeado toda la noche la persiana. *Clac, clac, clac*. Dice la tía que se ha pasado la noche escuchando ese ruido, *clac, clac, clac*. Y que así no hay quien duerma.

Lewis aparece en la cocina en el mismo momento en el que el café comienza a salir de la cafetera. Dice que vayamos tranquilas, que él se queda con Maialen y que le llamemos nada más llegar. Que le llamemos y que le contemos cómo va todo, por favor. Me parece que Lewis también está nervioso a cuenta de nuestro viaje al faro.

Maialen aparece en la puerta de la cocina, descalza, frotándose los ojos con las manos. Nunca se despierta tan temprano.

—¿Qué pasa, Maialen? —le pregunto.

Se acerca corriendo hacia mí y salta a mi regazo. Menos mal que me ha dado tiempo a dejar la taza de café sobre la mesa. Todavía está medio dormida. Apoya su cabeza sobre mi pecho, como si quisiera escuchar mis latidos. Se hace un nudo sobre mí, como cuando estaba dentro de mi cuerpo.

—¿Te hemos despertado, cariño? —le pregunta la tía, mientras le acaricia la mejilla.

Pero Maialen no responde. Levanta la cabeza y se me queda mirando fijamente. De abajo arriba, como Alicia miró al gato. Y como aquella, ella también pregunta.

—¿Adónde vas?

Iba a decirle que voy a trabajar, pero la respuesta me sale sin pensar, desde muy adentro.

—A ver el mar.

—Yo también quiero ir.

Le sonrío y le respondo mientras le retiro el pelo del fl equillo de la frente:

—Tú también vendrás, pero otro día ¿vale?

—No, *ama*, ahora... —me ruega.

—¿Sabes lo que vamos a hacer? Voy a sacar una foto al mar y luego te la traigo, ¿sí?

No se queda conforme, pero en cuanto la tía Dolores le dice que tiene en su habitación una cosita para ella, se olvida del mar, y sale corriendo hacia allí.

Es sábado, no hay mucha gente en la calle. La tía Dolores y yo caminamos hacia el coche. Ayer lo aparqué fuera. Hay veces que el garaje me da claustrofobia. El cielo está despejado y sopla un viento fino, del norte. Va a ser uno de esos días soleados, aunque fríos. Menos mal que no llueve.

Arranco, y en cada semáforo en que paro, me quedo mirando afuera y todo lo que veo me parece nuevo, como si lo viese por primera vez. Como si lo mirase de otra manera. Freno con el semáforo en ámbar. En otro momento de mi vida me lo hubiese saltado sin esperar al rojo. Abro la ventanilla y el aire fresco me reconforta. Hay un kiosco en la acera, empapelado de portadas de periódicos y revistas, y, en un momento, de detrás del kiosco, sale un hombre. Casi ni lo

reconozco, si no es por los andares.

Es Carlos. El corazón me da un vuelco, pero no pierdo el control como pensaba que me iba a ocurrir en ese momento. Mi tía sigue hablando sentada en el asiento del copiloto, pero no escucho nada de lo que dice. Carlos está a punto de cruzar por delante de mi coche ojeando el periódico abierto. Son sus andares, pero es como si no fuese él. No he podido pasar media vida pendiente de que apareciera este hombre al que ya no conozco, no es posible. Lo miro, mientras se aleja ensimismado en su periódico, y sorprendentemente, no siento nada. Me digo a mí misma que es Carlos, una y otra vez, pero mi cuerpo no responde. No reacciona.

–Lo tienes en verde... –me dice la tía.

Y arranco. Arranco y me alejo otra vez de Carlos, pero siento que esta vez lo hago de verdad, definitivamente. Hablaré algún día de estos con ese hombre que ha pasado por delante de mi coche, así se lo he dicho a Maite y así lo haré, pero no voy a volver a encontrarme a Carlos nunca más, no al que yo conocí. Alzo la vista al retrovisor y me veo la frente y los ojos. Él tampoco volverá a estar nunca con la Nerea que conoció. Estará con esta mujer, con otra Nerea distinta. La que guarda en su recuerdo ya no existe.

Llegamos al hospital. Después de ver a Carlos, me siento renovada, con fuerzas, como si me hubiese quitado un lastre de encima. Ha llegado el momento de poner en marcha el plan que preparamos ayer con la ayuda de Pili para sacar a mi madre del hospital sin que los médicos se enteren. Vestimos a mi madre, le peino el cabello recién teñido por su hermana. La transformación es increíble. Sin el camión y arreglada, mi madre parece otra.

–Estás guapísima –le digo, mientras la siento en una silla de ruedas.

Pilar nos mira constantemente. Es como si ella también quisiera salir del hospital, como va a hacer mi madre. Pero no dice nada. Antes de salir de la habitación, me despido de Pili y de Pilar. Les deseo mucha suerte y me quedo muda. Quiero decirles algo más, pero las palabras no fluyen. Tampoco dice nada Pili, que ya es extraño. La abrazo, y después tomo la mano a su madre Pilar.

–Adiós –le digo.

No me contesta, solo me mira fijamente. Pero cuando me doy la vuelta para dirigirme a la puerta, oigo a mis espaldas su voz profunda.

–Suerte –me dice y, como cada vez que habla, me parece que la palabra que ha pronunciado debe de tener el peso de una piedra.

Me doy la vuelta y le sonrío. Me gustaría darle las gracias, pero se me clava algo en la garganta y no me salen las palabras. Salgo de la habitación con un punzón en la garganta. Empujo la silla de ruedas hacia la zona de los ascensores, lentamente, como si estuviese paseando. Allí me espera la tía Dolores, que mira a un lado y al otro, y me señala con el brazo que avance, que me acerque. Al llegar a los ascensores oímos la voz de Pili, llamando a las enfermeras desde la puerta de la habitación. Se le acerca una y, tras escuchar lo que dice, levanta los hombros, como diciendo que ella no sabe nada. Mira hacia atrás y llama a otra enfermera.

Pili mueve los brazos arriba y abajo mientras da explicaciones a las enfermeras.

–Ayer me dijisteis que mi madre tenía que empezar hoy con una nueva medicación y aquí no ha traído nadie nada –se queja Pili.

Las enfermeras le preguntan quién le dijo eso y ahora es Pili quien levanta los hombros. Mira al techo y hace como que intenta recordar el nombre de la enfermera:

–¿Cómo era?

Llaman a una tercera enfermera y es cuando, aprovechando la situación, entramos rápidamente en uno de los ascensores con mi madre. No puedo evitar reírme en el ascensor pensando en la

inventiva de Pili. Ayer solo nos dijo que estuviéramos tranquilas, que ya se encargaba ella de entretener al personal.

Cuando empezamos a meter a mi madre en el coche, me siento fatal, como si estuviera haciendo algo prohibido, como si estuviera robando. ¿Se estará dando cuenta de algo? Tiene los ojos muy abiertos. Creo que siente que pasa algo raro. Nota la velocidad con la que nos late el corazón a la tía y a mí. La sentamos junto a mí, en el asiento del copiloto y por un momento pienso que va a salir todo mal recordando las palabras del médico, sus advertencias. Tal vez estemos haciendo algo muy peligroso para mi madre.

Arranco. Ya no hay marcha atrás.

–Nos vamos –digo en alto, intentando soltar el nudo que tengo dentro. –Nos vamos, *ama*, al faro, por fi n.

Mi madre mira por la ventanilla a la calle, a la gente que aparece y desaparece rápidamente, a los coches que pasan fugazmente. A medida que avanzamos, dudo constantemente de lo que estamos haciendo. Me imagino a la tía Bittori del restaurante riñéndonos, preguntándonos a ver qué estamos haciendo, que no tenemos más que pájaros en la cabeza. Miro por el retrovisor a la tía Dolores. Sonríe mirando por la ventana. De vez en cuando se acerca a su hermana y le dice, susurrando, que por fi n vamos al faro, que por fi n va a poder oler el mar.

Tras unos kilómetros de autopista, entramos en una estrecha carretera llena de curvas. Así es el camino hasta la costa. Hasta ahora he mirado de vez en cuando a mi madre, pero con las curvas no puedo levantar la vista de la carretera. Y al entrar a una de las curvas, escucho una frase que me deja helada.

–¡Otra que pasamos!

Por un momento he pensado que ha sido la tía Dolores, pero al mirar a esta por el retrovisor y ver su cara pálida y sus ojos llorosos, me doy cuenta de que ha sido mi madre la que ha hablado. Por un momento recuerdo la escena de mi padre, mi madre y mi tía, de jóvenes, avanzando por la carretera de la costa. Y se me pone carne de gallina en todo el cuerpo. Miro a mi madre y la veo igual que hace un momento, con la mirada fija en la carretera, como si no hubiese dicho nada.

Y a partir de ahí siento que el coche avanza solo, como si conociera el camino hasta el faro. Y recuerdo una imagen que un día soñé. Un coche avanzaba por una carretera llena de curvas dejando una estela dorada a su paso. Miro por el retrovisor para comprobar si dejamos una estela dorada, para ver si de nuestro tubo de escape salen los polvos dorados de Campanilla, y veo algo que brilla. Pero quizá no sea más que el reflejo del sol en el metal.

Si miras desde el mar, desde una pequeña embarcación, por ejemplo, verás tres mujeres junto al faro, mirando al horizonte. Están quietas frente al acantilado, posadas como las gaviotas en las rocas, y tienen el cuerpo tan adelantado que parece que van a saltar al agua de un momento a otro. La mujer del medio está sentada en una silla de ruedas. Somos mi madre, mi tía y yo.

Si miras desde tierra, desde mis ojos, por ejemplo, verás de frente el amplio mar lleno de pequeñas barquichuelas que se mecen como cunas sobre el oleaje, y a un lado, verás a mi madre. El viento le ha retirado el pelo de la cara y por su cuello sale una especie de serpiente que parece querer escapar. Es el fular que le hemos puesto para que no se enfríe, el mismo que ayer me llevé a la nariz en casa en busca del olor de mi madre. Después de tanto tiempo entre bolas de alcanfor, ha revivido y parece querer escaparse moviéndose en *zigzag*.

Estamos quietas, como las rocas, hasta que vemos acercarse una gran ola. Cuando la ola golpea contra la tierra, las gaviotas saltan de las rocas y empiezan a hacer un ruido ensordecedor. En ese momento siento la mano de mi madre tomando la mía. Una segunda ola golpea las rocas y, junto con la mano fría de mi madre, siento cómo retumba la ola bajo mis pies. Y cuando la tercera ola, la que siempre es la más fuerte, se ha convertido en espuma, mi madre me aprieta la mano con fuerza, y justo entonces me parece oír su voz, a pesar de que no ha abierto la boca. Me dice: “Levanta esa cabeza, Nerea”, y recuerdo su mano alzándome la barbilla. Obedezco a la voz que no sé muy bien de dónde llega, y miro al horizonte, con la cabeza alta, la barbilla alejada del pecho. El gesto me recuerda al de Bittori en la fotografía tomada en el restaurante Izaguirre. Al igual que ella miraba a la cámara, miro desafiante al ancho mar. Y en ese preciso instante me doy cuenta de que no he mirado así, de frente, al mar desde que era una niña. Desde la época en la que levantaba murallas de arena en la orilla para hacer frente a las olas que me amenazaban. Entonces, dentro del barco de arena construido con mis manos, me enfrentaba al mar sin miedo, a pesar de saber que las olas acabarían llevándose todo. A pesar de ello, defendía mi pequeño reino con uñas y dientes. Con los dientes apretados. Igual que lo defiendo hoy aquí, con la cabeza bien alta, gracias a mi madre.

Mi madre suelta mi mano y suspira, como se suspira cuando se termina un trabajo. Recorro con la mirada sus manos, apoyadas ahora sobre sus rodillas, y sus venas, que parecen carreteras llenas de curvas, y sonrío, porque siento que por fin, de tanto mirarlas, las manos de mi madre me han hablado, tal y como un día creí que iba a llegar a ocurrir.